

NUMERO EXTRA

HA MUERTO JUAN BELMONTE



SEMANARIO GRAFICO DE LOS TOROS

NUMERO 929 • 12 ABRIL 1962

Precio: 8 ptas.— Dirección y Redacción: Serrano, 21, 3.ª dra. Tel. 236 84 89
"EL RUEDO", WEEKLY, MADRID, SPAIN.— ENTERED AS SECOND
CLASSES MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK N. Y.

*El
Ruedo*



"EL CORDOBES"

Buscando el Triunfo

(Foto Carretero)

Campana

DEBUTANTE EN EL PRIMER TERCIO

EL salto del trascuerno fue una de las suertes primitivas del toreo. Perteneció el alarde a la edad de hierro de la fiesta, cuando la destreza del torero de a pie prevalecía del arte del caballero rejoneador. Eran los tiempos en que Beaumarchais oponía el pícaro ingenio de «Figaro» a la altivez de la aristocracia en decadencia. El público de toros se sentía ya, como en una Convención revolucionaria, dispuesto a proclamar el valor supremo de los héroes de la plebe. Por eso, los espectadores del siglo XVIII no podrían contener el alarido de angustia cuando el navarro Martinho iniciaba la suerte denodada. El diestro avanzaba inermé hacia el toro acosado, se detenía a distancia prudencial, provocaba la embestida y, cuando el bicho humillaba para el derrote, el torero saltaba limpiamente sobre el cuerno agresivo.

El torero de a pie y estado llano ganó su preponderancia a fuerza de valor desnudo, pero pronto complicó su trabajo con una técnica difícil y artística por su incesante estilización. Tenía que ser así, porque el toreo no ha sido nunca una fiesta popular, sino una manifestación pública de valores humanos ponderados en altas especulaciones sociales y estéticas. Torear no es simplemente burlar la cornada, sino encelar al bovino y domarlo para la belleza de la estocada. El salto del trascuerno era, pues, un desplante inferior. Siempre ha sido arte menor el de acercarse a un problema para sobrevolarlo en un brinco. Pero más de una guerra se han ahorrado los hombres solo con saltar sobre la realidad en el último segundo.

El director de EL RUEDO me invita a escribir en estas columnas con la condición de no sentar cátedra. No vengo aquí a torear los problemas, sino a verlos y dejarlos a la espalda con la posible gentileza. El director de EL RUEDO sabe que yo no soy un aficionado castizo y de solera, devoto de los rituales y apasionado del purismo de la lidia. La suerte que pide EL RUEDO a mi modesta pluma es el salto del trascuerno: dejar venir el tema y saltarlo alegremente. Y aunque el menester no sea de artista, sino de simple diestro, lo asumo con la esperanza de cumplirlo con aseo.

En la fiesta de toros no todo ha de ser ciencia inspirada de templar y mandar; también hay que dejar sitio para el alarde de la vista y los pies ligeros. Si el toro de nuestro tiempo es grande o chico, escurrido o regordío, veletto o abrochado, ya lo arreglarán los revisteros con su mucho saber, buena mano izquierda e influencia suficiente. En esta lidia solo me corresponde bregar a cuerpo limpio, ver al bicho cómo es y saltar sobre su pitón buido.

Después de la del Tancredo, no hay tarea más humilde en la corrida literaria de este ruedo de tinta y papel. Porque saltar al trascuerno no es torear —templar y mandar—, pero sí es irse al toro y volar sobre su embestida.

J. M. BUGELLA

HA MUERTO JUAN BELMONTE

SEVILLA.—En el cortijo «Gómez Cardaña», del término de Utrera, falleció en la noche del domingo Juan Belmonte García.

*Para "El Ruedo" que
más favorece y esti-
mula la afición.
y agradeciamente
Juan Belmonte
7 orero*

EN el archivo de EL RUEDO se hallaba este autógrafo del gran maestro desaparecido. Era un elogio para nuestra revista. La que «más favorece y estimula a la afición». Hay que agradecerle estas palabras, a la vez que, ante su muerte, rezamos una oración.

Erik en EL RUEDO

HEMOS tenido la satisfacción de recibir en EL RUEDO la visita de Mr. George Erik, fundador y presidente del Club Taurino of London —que tan admirable obra de amistad hispano-británica cumple en Londres— y colaborador frecuente de nuestra revista, a la que aporta el punto de vista personalísimo e interesante de un nutrido sector de la naciente afición extranjera.

La rápida visita de Erik a Madrid ha sido tan grata como cordial. Pudimos charlar con él de la afición británica, de la gran acogida que nuestra publicación tiene entre los miembros del club de Londres, su propósito de publicar en breve plazo un libro explicando al público neófito de las islas lo que es la corrida de toros, libro para el cual ha hecho unas inteligentes y bellas ilustraciones, y sobre todo tuvimos el gusto y el honor de conocer personalmente a nuestro cordial amigo.

Erik asistió al homenaje a Antonio Bienvenida, visitó el Museo Taurino, vio el apartado y asistió a la novillada de Madrid del pasado domingo. Y el pasado martes volvió a Londres por vía Barcelona, donde ha gestionado la visita oficial del Club durante este verano a España.

Vaya para Erik y todos los aficionados británicos y extranjeros un cordial y amistoso recuerdo de EL RUEDO. En la foto, Mr. George Erik explica sus proyectos a nuestro director, don Alberto Polo, y al secretario general, señor Abad Ojuel. (Foto Trullo.)



JOSELILLO DE COLOMBIA

SENSACIONAL TRIUNFADOR EN AMERICA, QUE VIENE A CONFIRMAR UNA VEZ MAS EN LOS RUEDOS ESPAÑOLES SU CLASE, SU VALOR Y SU ARTE



A LA LLEGADA

Después de actuar en Méjico pletórico de triunfos durante la temporada 1961, en la que «Joselillo de Colombia» batió el número de actuaciones cosechando los más preciados trofeos, el singular matador de toros fue la figura señera del toreo en CALI, MANIZALES, MEDELLIN, BOGOTA... y sus éxitos resonantes y envidiables se multiplicaron y crecieron en popularidad y simpatías.

Y de vuelta a la Patria, donde se le hizo un recibimiento elocuente y grandioso, del que son parte la manifestación juvenil que con pancartas le esperó a su llegada al aeropuerto de El Dorado (Bogotá) —la expresiva prueba gráfica así lo demuestra—, la figura torera de «Joselillo de Colombia» cobró perfiles jamás igualados por artista alguno.

Y EN LA PLAZA...

Esa multitud congregada, delirante de entusiasmo por las victoriosas faenas repetidas una y otra vez ante esa legión de aficionados que ven en el paisano triunfador el signo y la meta de todas sus devociones, dicen más que otro cualquier ditirambo justo el grado de plenitud admirativa que el magnífico matador de toros goza ante todos los públicos americanos, donde grabó las mejores esencias de su personalidad valerosa y artística.



Y EN LA CALLE, INTERRUMPIENDO Y ALBOROTANDO EL TRAFICO

«Joselillo de Colombia» pone de manifiesto la raíz y el esplendor de su popularidad, bien ganada, al considerársele como torero sin par de Colombia, pronto a reanudar su ascensión histórica en los principales ruedos hispanos.

El Domingo de Resurrección inicia su temporada en Málaga, según nos informa su apoderado, Pepe Ordóñez —teléfono 247 18 25 de Madrid—, el cual le tiene ya numerosos e importantes compromisos de corridas que hacen presagiar la más completa y responsable de las temporadas.



NI UNA CORRIDA DE TOROS

DURANTE la semana no se celebró ninguna corrida de toros en las Plazas españolas. Hubo, sí, muchas novilladas y en ellas abundancia de cortes de orejas y, la cruz de la moneda taurina, abundancia de avisos.

En la Plaza madrileña de las Ventas un lleno de los que hacen época y engordan las arcas de los empresarios. De lo otro, nada. Y en Carabanchel el público promovió un escándalo porque salió al ruedo un novillo mogón del izquierdo. Sin razón alguna, pero el escándalo fue grande; el resto de lo ocurrido en Vista Alegre no tuvo importancia. En San Sebastián de los Reyes fueron pasaportados, que no lidiados y toreados, seis novillos muy bravos de doña Francisca Sancho, viuda de Arribas. El público de Zaragoza salió del coso taurino con mal sabor de boca. La novillada de la capital del Ebro duró más de tres horas, y ni "Rafaelillo", ni "El Cordobés", ni el mejicano Guillermo Sandoval, que sustituía a Vicente Perucha, lograron triunfar. Se inauguró la temporada en Alicante, y "Orteguita" y Chucho Peralta cortaron oreja. El peón Miguel de la Rosa, de la cuadrilla de "Orteguita", resultó herido de gravedad. Andrés Vázquez cortó una oreja en la novillada celebrada en Córdoba. Lo mejor de la novillada de Barcelona fue el toreo con el capote de "El Caracol". En Granada, Curro Montenegro cortó una oreja. En Valencia hubo el sábado día 7 novillada, en la que resultó herido de gravedad Vicente Perucha. "El Suso" cortó una oreja y "El Cordobés" dos; ambos salieron a hombros. En Jaén hubo espectáculo taurino modesto, en el que "tuvieron su oportunidad", después de mes y medio de permanencia a las puertas de la Plaza de toros, Ramón Rodríguez "el Mere" y Pedro Mengual "el Carloteño".



Para los tres espadas que torearon en las Ventas surgió el cartelito de «Se autoriza...» El nuevo reglamento dice algo sobre esto...

Pero... ¿no será que vamos a saltarnos a la torera? ¿Estaría bueno? (Dibujos de Antonio Casero para EL RUEDO)

Novillada en la Monumental de Madrid Un empresario feliz

Lo más completo de la tarde, la entrada. Para hacer feliz a un empresario. Y esto sin haber comenzado a llegar el grueso de la invasión turística que vamos a disfrutar este año. Tarde feliz para el empresario, y no tanto para el respetable con el resultado artístico de la novillada, respetable que de respetado tiene poco en infinidad de ocasiones. Chitón. En boca cerrada... El ganado de los herederos de Flores Albarrán, «superior». Con un poco más de fuerza, no queda en la Plaza ni el apuntador. Uno, el sexto, pan de rosa, ai

que Medina hizo las únicas cosas aceptables de la tarde, aunque con la espada lo degollara de mala manera. Al tercero lo desbarató el picador por aquello de atinar siempre en el mismo boquete. Una pena, Medina, en este caso, estuvo como su enemigo, apagado. El público, descontento. Entre la cuadrilla y el matador marearon irremisiblemente al segundo novillo, que concluyó por no hacer demasiado caso a «El Espontáneo». Negros se vieron los peones para llevarlo y que se iniciara la faena de muleta. Conseguido, vimos mucha carreritas del espada y muchas más de sus subalternos, que alternaron de una manera descarada en la faena. Es posible que, de no haberlo así, Cipriano hubiera tenido que visitar la enfermería. Dos avisos, uno antes de pinchar. Este chico pre-

gunta demasiado a su cuadrilla a la hora de enteadérselas a solas. Los dos novillos que tenían más que lidiar fueron el primero y cuarto. Al que abrió plaza se vieron y desearon para colocarle las banderillas. Cabeceaba lo suyo. Al llegar a la muleta volvió a repetirse la escena. Y sin lidia adecuada nos quedamos sin faena de muleta y suerte de matar. Lo ocurrido es fácil de suponer, no enmendó Alviz tampoco en el cuarto. Vimos muchos capotes en el suelo, y banderillas y estoques. Resumiendo: mucho público, mucho tiempo en la Plaza, mucho novillo para estos chicos de ahora, mucho turista, mucho estoque de madera, mucha banderilla sin clavar, mucho desconcierto. Un poco de paciencia. Y al final, todos felices.—d. R.



El actor Stewart Granger en la barrera de la Plaza de las Ventas (Foto Cifra)

Bronca sin razón en Carabanchel.

MENUDA trapatiesta la que se armó en el sexto toro el domingo en Vista Alegre, amigos. En los años que llevo de cronista de Carabanchel —y va para la decena— no he visto nada parecido. Pero la gente —que cubría dos tercios de Plaza— estaba aburrída de ver toros mansos y toreros que no saben el oficio, y el malhumor se desfogó en lluvia de almohadillas. —¿Y el motivo?

—Que el sexto novillo era mogón del izquierdo. —Entonces no tenía razón el público; sino la presidencia. —En este caso concreto, sí. Pero ganaría mucho más el prestigio de la presidencia si con sus criterios cambiantes y sus tolerancias no dejase que el público se desconfiara. —¿Por ejemplo? —Con la concesión de trofeos, con los avisos, con los estoques de palo... El domingo último, Ramón Sánchez y «Serranito» prolongaron la faenas hasta doce minutos. Es decir, en el primer novillo y

en el tercero debieron de oírse los avisos correspondientes, y no sonaron. Sin embargo, el domingo anterior, los trompetazos llegaron a los diez minutos exactos; y no es justo que el triunfo o el fracaso de los muchachos esté pendiente de qué presidente les ha tocado en suerte. La interpretación del Reglamento debe ser única y constante. Entonces el público tendría confianza en las decisiones presidenciales; si se viese atendido en sus derechos legítimos, no pediría cosas injustas, como exigió el domingo. —Es que al sexto le faltaba medio cuerno.

—El Reglamento está claro, y ser mogón de una de las astas está admitido cuando la novillada se anuncia como defectuosa. Pero el público no es de aficionaditos y no conoce lo que debe saber. Que aprovechen la promulgación del nuevo Reglamento para leerlo y comprenderlo. La invasión de almohadillas fue un acto incivil, necio, inhumano, puesto que «Serranito» fue puesto en riesgo de tropezar y caer ante el toro por la estúpida protesta. —¿Y los otros cinco novillos?

NI UNA CORRIDA DE TOROS

(Viene de página anterior)

Bien criados. Pero no tuvieron más que fachada. El primero, un negro listón «regordío», se doblaba de manos, aunque embistió bastante bien. Fue el segundo un cárdeno levantado de cuerna, que hizo una pelea interesante con los caballos; se arrancaba de lejos, recargaba en cuatro varas y salía suelto como un rayo después. El tercero, corniacho y gordo, estuvo añorando el heno de Pravia...

—Eso ¿es publicidad?
—Eso es una carreta cargada de hierba para tirar de ella unido al yugo. Era un buey que hubiera hecho pareja con el quinto, mulato y bizzo, que huía hasta de su sombra. El cuarto, astifino y nervioso, fue un poco mejor. En conjunto, un encierro de los que encantaban a Rafael el Gallo.

—¿Y cómo le gustaban?
—De toros mansos. Decía: «¡Pues no va diferencia, amigo, entre pasarte la tarde corriendo delante del toro a correr detrás del toro!»

—¿Y hubo que correr mucho?
—Como en el Cross de las Naciones. Los novillos, gordos y mansos, tomaron muchas varas volviendo la cara y saliendo de naja. No fueron bien picados. No se les dio un capotazo con idea. No se les sujetó ni en un muletazo. Y se escapaban a vivir su vida. Como los novilleros no sabían por dónde meterles mano, ni cómo quitárselos de en medio, la cosa duró dos horitas y cuarto largas. Pero vimos cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?
—Que la cruz —en este caso, cruceta— viene a poner a los toreros en su sitio; que tiene que haber un rápido reajuste del tercio de varas y del toro de capa; que los matadores tienen que aprender a lidiar; que se vieron unos treinta puyazos y apenas dos o tres intentos de quite; y que los toreros que no tienen afición harían mejor con quedarse en casa. Aparte de que estoy enfadado con los tres novilleros.

—¿Por qué?
—Porque los tres brindaron al público unos bichos con los que no se podía hacer nada. Y una de dos: o no tenían idea de los enemigos que estaban delante, o no tienen idea de lo que es un brindis. Un brindis es un regalo, una gentileza, un obsequio; y nadie debe obsequiar con toros que se caen durante la lidia, como hizo Ramón Sánchez en el primero, ni con toros mansos de solemnidad, como hicieron luego «Higares» y «Serranito». ¿Y para qué? ¿Para recoger la montera molinos y en ridículo?

—¿Quita hierro, hombre!
—No lo quito, porque el brindis es una cosa voluntaria, no forzosa. Y yo no tolo que brinden al público y no haya luego oreja. Debe de ser así, y de ahí no me apea nadie.

—Pero algo habría de bueno.
—Los deseos de Ramón Sánchez. Dio algunos pases estimables a su primero y los «villamelones» hicieron sonar la música, que —a lo largo de la faena— resultó intempestiva. Abusó el muchacho de irse lejos a citar al toro para acortar luego distancias y, en definitiva, pasar el tiempo lejos de la cara. Mató mal. Por querer matar mejor en el cuarto, fue cogido con una cornada grave en el muslo. ¿Cuándo se enterarán los voceros de que en la verónica, el natural y la estocada está el peligro?

—¿Qué le anotaste a «Higares»?
—Unas verónicas buenas al quinto. Y para de contar. Mejor dicho, le apunté una cosa digna de ser destacada. Fue el único que —salvo en el brindis al público— se dio cuenta de que el mérito de un matador con ese ganado es el de estar breve. Sus faenas duraron ocho minutos. Para éste no pasó el plazo de los avisos. Mató con tendencia a dejar el acero tendido; con poca idea.

—¿Y el de Colmenar?
—«Serranito», al que por rara casualidad le tocaron los dos toros más conocidos de cabeza —el gacho y el mogón—, lo cual hace pensar en la poca vista de los que hicieron los lotes, se pasó la tarde corriendo tras el tercero, al que mató a

pellizcos y navegando en el proceloso mar de almohadillas del sexto. Recordará como tarde aciaga esta de Carabanchel.
—Aciaga para toda la historia del toro.
—Murió Juan Belmonte.
—Y acabó el siglo de oro. ¡Toreros, vestid de azabache! ¡Qué pena tan grande! ¡Qué pena!

DON ANTONIO

En San Sebastián de los Reyes. Los ángeles, al quite.

HAY que pensar, forzosamente, que en este Domingo de Pasión, soleado y espléndido, han estado los ángeles al quite en la Plaza de San Sebastián de los Reyes... Porque de no contar con la Providencia, esos tres muchachos modestos que hicieron el paseillo estarían a estas horas en el Sanatorio de los toreros. Y es que los novillos de doña Francisca Sancho, viuda de Arritbas, del Escorial, salieron muy bravos en general y, aparte de hacer una buena pelea con los caballos, se mostraron muy codiciosos ante el engaño. Estuvieron siempre encima, achuchando... hasta que cayeron derribados por el cachetero. (Aun después de ser derribado por una estocada, el cuarto novillo se levantó y atropelló al matador, Curro Gómez, y a punto estuvo de calarlo.) La Plaza se había llenado casi en su totalidad; el sol, al menos, ofrecía el completo. Había muchos americanos con sus niños. Pero, como siempre, el grueso del llenazo lo había dado la afición local y la gente que se desplazó de Madrid. (Hay aficionados que desertan de las Ventas y de Vista Alegre y se van a San Sebastián de los Reyes, quizá porque combinan el regusto de una tarde de toros con el placer de tomar el sol...)

Curro Gómez, de tabaco y oro, fue de los tres espadas del cartel, el que se mostró más enterado. El muchacho maneja bien la capa. En verónicas y quites (en particular en unas gaoneras) se lució. En cambio con la muleta estuvo más vulgarero. En realidad se limitaba a ofrecer el trapo rojo a la acometida de la res y a levantar la mano. Lo que se dice embarcar y llevar al toro, no lo consiguió ni una sola vez. Claro está que el chico está empezando y no se le puede pedir más. A su primero lo pasaportó después de cuatro viajes con la espada. Cayó el novillo y Curro no llevaba puntillero, fue un peón quien hizo de «matarife». En el cuarto, después de una faena de muleta más ajustada, y tras entrar a matar dos veces, el toro se puso tonto y el tiempo reglamentario se consumió. Sonaron los tres avisos y... al corral. (Esta vez el presidente debía tener un reloj más riguroso que el pasado domingo.)

Rogelio Llorente, de Madrid, nuevo en esta Plaza, que vestía de verde y oro... tampoco hizo nada de particular. A su primero lo recibió —o intentó recibirlo— de rodillas, con una larga, pero por poco se queda allí. Tras unas verónicas medianejas, Rogelio fue cogido aparatadamente en el tercio de quites, quedando conneclonado. No obstante se mostró valiente con la muleta, aunque sin dar un pase a derechas. Mató mal —tres veces saltó rebotado por los aires—, pero escuchó algunos aplausos. En el quinto escuchó un aviso por demorarse demasiado con el pincho.

Juan Muro, de Córdoba, de negro y oro, es un torerito adscrito al tremendismo. Por ese camino puede llegar lejos, porque si bien no sabe torear, si domina los trucos para irse del toro después de pisar un terreno inverosímil. A su primero lo recibió a diez metros de los toriles, de rodillas. Pasó el novillo como si fuera una locomotora, sin enterarse de que allí, en medio del redondel, estaba un hombre

que le desafiaba. Puso banderillas de las cortas ¡de rodillas! —las puso como pudo— y comenzó su faena de muleta sentado en el suelo, sin respeto alguno para su enemigo. Resultado: que la minoría de Minesota y de sus alrededores aplaudió muchísimo y hasta hubo «boys» que pidió la oreja. Porque Juan le ha cogido también el tranquilo a la suerte suprema. En el sexto abundaron los apuros y estuvo peor.

DON PACO

En Barcelona, novillada mansurrona, y los duendes gitanos.

EL pasado domingo se celebró en la Monumental de Barcelona la anunciada novillada. Se lidiaron cinco reses de don Abdón Alonso Velasco, de Salamanca, con divisa azul, rosa y caña, y uno de doña María Lourdes Martín Pérez Tabernero, de Salamanca, con divisa encarnada y amarilla. Hicieron el paseillo los diestros Andrés Hernández, Carlos Corbacho y Vicente Fernández «Caracol».

La novillada, que sobre el cartel ofrecía muchos abyectos, se vino abajo por el mal juego de las reses. Los novillos de don Abdón Alonso Velasco hicieron pelea de poca casta, saliendo de las varas coceando. Embistieron con mal estilo y todos tuvieron la tendencia a entablararse; además, fueron duros y llegaron reservas a la muleta. El único bicho que se dejó torear fue el salido en tercer lugar, que pertenecía a otra divisa. En cuanto a presentación, no tenían nada que objetar: con kilos y con buenas defensas.

Hernando se encontró, en su primero con un novillo gordo, negro, bragado. Lo lanceó con unos capotazos vulgares. El burel tomó hasta siete varas y un refilonazo y le clavaron tres pares de banderillas.

Llegó el bicho bronco y muy peligroso a la muleta. Hernando le hizo un traqueo por bajo, pretendiendo ahormarle la cabeza; el novillo achucha, sobre todo por el derecho. Más pases por bajo sin poder dominar a su enemigo, que le tira pavorosos hachazos. Decide quitarse el regalito de encima y lo consigue de media perpendicular, un metisaca, cayendo descubierto, en la cara del bicho, y una delanterilla. Hubo división de opiniones.

El cuarto, grande y cornalón, que había sido muy bien banderilleado por la cuadrilla de Hernando, llegó al último tercio refugiándose en las tablas. Dándole sus querencias pudo sacarle Hernando algunos pases por alto, que se aplaudieron. Mató de una pescucero y otra delanterilla; como se puso pesado a la hora de descabellar, ya que el bicho se tapaba, oyó un aviso.

Corbacho tampoco pudo redondear un éxito debido a las malas condiciones del ganado. A su primero, colorado oscuro, enmorrillado y con dos buenas perchas, lo veroniquéo aguantando las tarascadas de su enemigo. El novillo, mansurrona, tomó dos puyazos al hilo de las tablas.

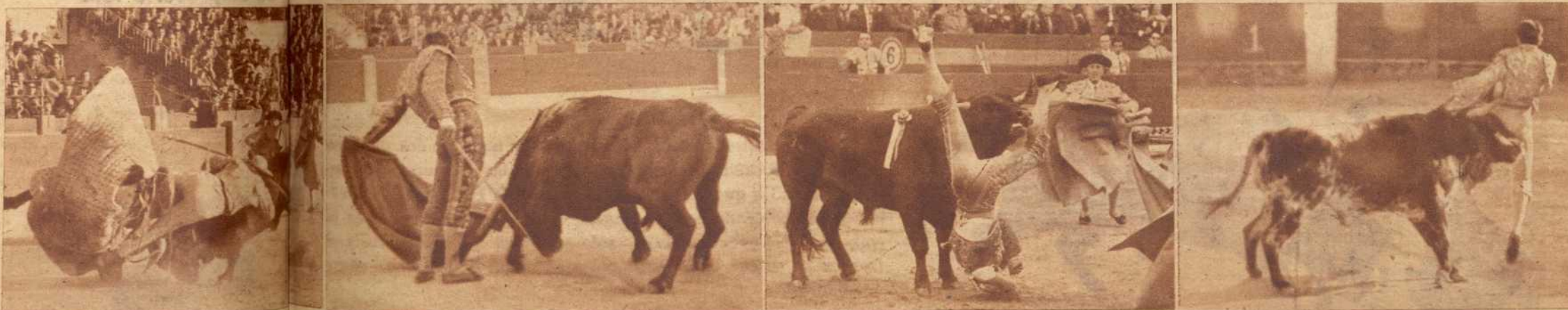
Brinda al respetable. Corbacho sacó al burel de la querencia de las tablas. A continuación ligó una faena iniciada con ayudados por alto, redondos y un paso cambiado con la derecha, naturales y de pecho. Redondos y un pase circular. La faena ha sido medida y de mérito. Tres envíos antes de agarrar una estocada hasta las cintas. Saludó desde el tercio.

Nada pudo hacer en el quinto de la tarde, que ya al salir hizo cosas de manso: no se arrancaba a las pañosas, tomó hasta seis varas, entrando con mal estilo y saliendo de la suerte coceando. Aunque Corbacho intenta torearlo, desiste pronto, ya que era un manso ilidable y no cogía el engaño. Lo pasaportó de un pinchazo escupido, otro arqueando el brazo y una hasta la bola, bien colocada.

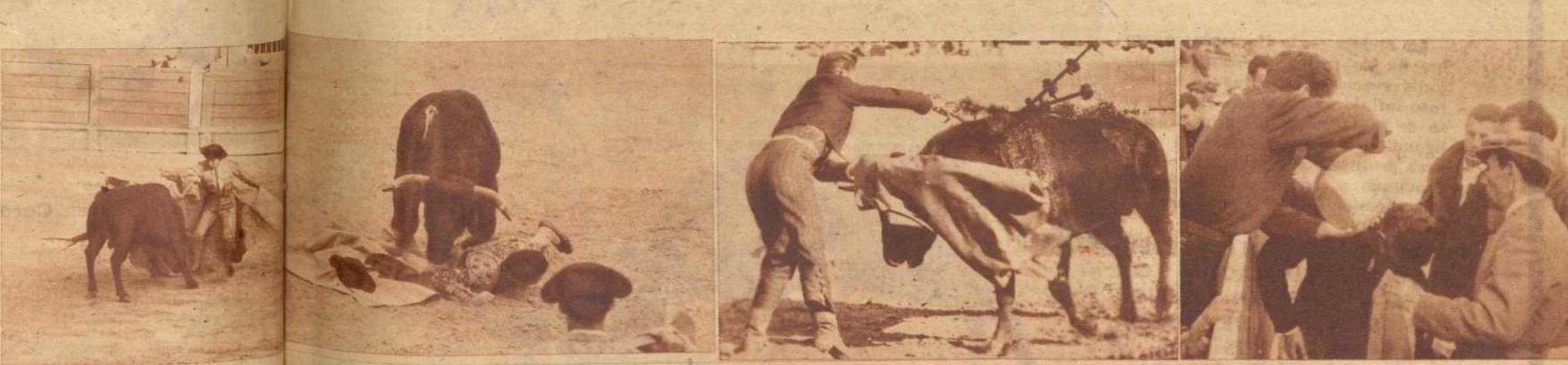
A punto estuvo la tarde de alumbrarse con candelas gitanas, pues empezó llameando con unas verónicas soberbias y una media, superior, de «El Caracol». El remate, con el capotillo en alto, tuvo mucho sabor. Animado por los aplausos volvió a lancear a su enemigo con unos magníficos delanterales, que terminó con una revolera. Hay algo en este novillero que recuerda a la estampa de «Cagancho».



Vista Alegre, de Madrid. Lluvia de almohadillas sobre el ruedo (Foto Diego)



En Zaragoza, el domingo, los novillos de suyo. — «El Cordobés», en un natural. — En Valencia, el día anterior, fue cogido así, sin quebranto grave. — Pereañe de «Orteguita» en Alicante



Vázquez II galleando y un susto paco en Palma de Mallorca. — Del festival celebrado en Logroño: Una estocada de Paquito Muñoz y una «ducha» a «Mondeño» (Fotos Marín, Vidal y García)

SIGUE

PEPE CACERES

RESTAURADOR DEL BUEN TOREO EN COLOMBIA

SE LE ESPERA CON IMPACIENCIA EN ESPAÑA,
DONDE INICIARA SU GRAN TEMPORADA EL
DOMINGO DE RESURRECCION EN CORDOBA

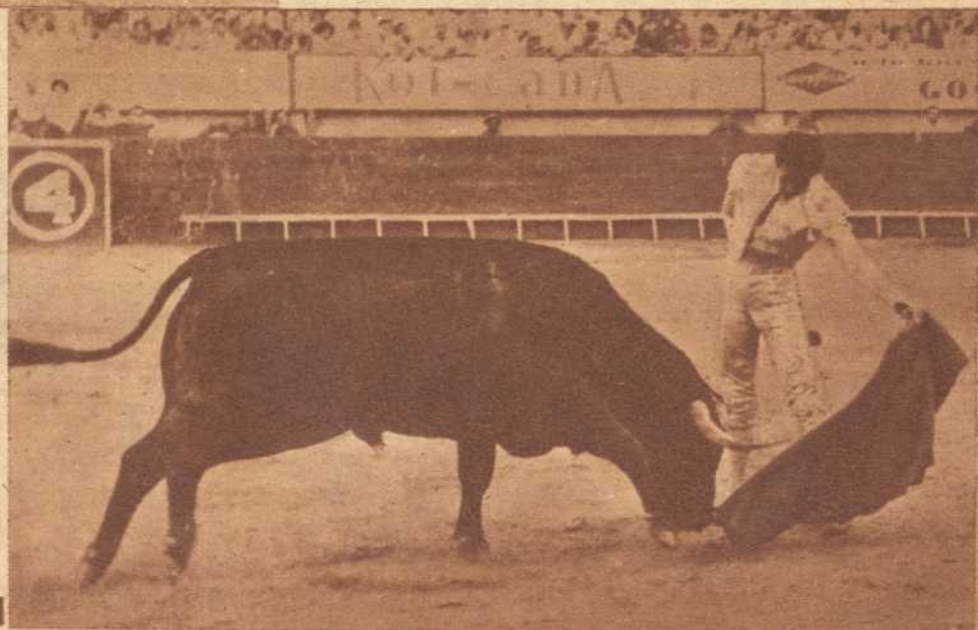
PEPE CACERES, revolucionario de la fiesta de toros en su país, al lograr con su arte imponer su gran personalidad torera ante las grandes multitudes que le aclaman a diario en los ruedos colombianos, considerándole como el torero preferido de América, luce en alto ante la admiración de todos el testimonio de sus trofeos conquistados. Ellos son sus poderes. Dentro de unas horas es esperado en España con su séquito de laureles para iniciar la gran temporada que le aguarda. El restaurador del toreo serio y verdad en Colombia se dispone a confirmar en nuestros medios los cimientos de su positivo arte.



No es un interrogante; es nada más y nada menos que una afirmación rotunda y clásica. Parar, mandar y templar son los tres postulados que defiende en el toreo PEPE CACERES. Vedle aquí embebiendo con su mágica muleta para recrearse en la embestida del enemigo, sujeto solo a la docilidad de su arte y al frenazo de su corazón, que impulsa en mano derecha con ritmo de silencios.

La muleta en la izquierda —cumbre de sus éxitos— inspira sus mejores creaciones artísticas y a su amoroso influjo va creciendo en el reposo de la faena su bella inspiración, ligando a la manera clásica el muletazo meditado y sentido con el improvisado y arrebatador adorno en una sucesión de bellas emociones.

LOS TRIUNFOS SIN PRECEDENTES CONQUISTADOS POR PEPE CACERES EN AMERICA LES SERVIRAN DE SOLIDA BASE PARA LOS QUE LE AGUARDAN EN ESPAÑA



NI UNA CORRIDA DE TOROS

(Viene de la página anterior)

En su quite volvió a lucirse toreando al delantero.

Este novillo fue el más dócil al engaño del encierro: gordo y coragacho. Pertenece a la divisa de doña María Lourdes M. P. Tabernero. El tercio de quites resultó muy lucido: Hernando lo hizo por verónicas, rematando con una tijerilla, y Corbacho, por "gaoneras".

Brindó "Caracol" al concurso. Inició la faena con unas dobladas por bajo, magistral: se estira en unos redondos muy buenos, con duende gitano en las bambas del engaño, naturales; al ceñirse en un pase con la zurda, lo enganchó sin consecuencia; el novillo se le queda, y perfilándose bien, deja una estocada hasta la cruz, de la que dobla su enemigo. Saludo desde el tercio y vuelta al ruedo.

Al que cerró plaza, un novillo negro, carretón, "El Caracol" le paró los pies con unas serie de verónicas lentas, mayestáticas y media de antología. Los aplausos echaron humo. Volvió a lanzar a su enemigo por delanteros.

Su faena de muleta la inició por cante grande, después de brindar a una familia "calé" del tendido 9: ayudados por alto, pases en redondo, llevando muy torado a su enemigo. El bicho se descompuso y empezó a embestir echando la cara arriba y lo que empezó por martinetes terminó con cante de levante. A toro arrancado, dejó una estera ladeada, que risió al burel.

En resumen: una novillada de detalles es lo que estuvo a punto de asomar el duende gitano.

JUAN DE LAS RAMBLAS

Un lote de Pérez Angoso, de trapío excepcional, en Valencia.

La nota más sobresaliente de la novillada celebrada el pasado sábado en Valencia fue el trapío del encierro salmantino de don Antonio Pérez-Angoso. Con pleno merecimiento, fueron todos los novillos aplaudidos en el arrastre, y dos de ellos, el segundo y el quinto, obtuvieron los honores de la vuelta al ruedo, ordenada por la Presidencia. Los seis embistieron con bravura y nobleza y aguantaron el castigo sin volver la cara ni venirse abajo, incluso el que cerró Plaza, a pesar de haberse quebrado el cuerno derecho por la cepa en su primer ataque a los penceos.

Con este hermoso lote se las entendieron Jesús Murciano «el Suso», Manuel «El Cordobés» y Vicente Perucha, y la Plaza registró una buena entrada, rayando el lleno. No es extraño que, salvo en el que cerró Plaza —el toro de los penceos—, sonara la música para acompañar todas las faenas.

Aun a trueque de romper el orden de la corrida en esta crónica, digamos de antemano lo que ocurrió con este último novillo, que, como queda dicho, se partió un cuerno en el primer tercio. Perucha inició una serie de naturales y al dar el tercer muletazo fue alcanzado por el pitón entero, sufriendo una herida en el triángulo de Scarpa, que, interesando piel y tejido celular, llegaba hasta el pubis, siendo inmediatamente intervenido, bajo anestesia general, en la enfermería y calificando de grave su pronóstico.

«El Suso» se hizo cargo del novillo, al que despachó, de inmediato, de una estocada y descabello.

Salvo estos incidentes, la novillada se desarrolló dentro de una tónica normal, congruente con la extraordinaria calidad del ganado y la personalidad de los lidiadores.

«El Suso», que en sus dos novillos no hizo nada meritorio con el capote, dio en cambio unos finos lances en el tercio de quites del tercero de la tarde.

Con la muleta, hizo dos faenas con arte y mando, especialmente la segunda, en la que abundaron los naturales y adornos con mucho sabor. Tres pinchazos y media estocada, de la que salió «rodas» el novillo, pusieron fin a su primera faena, que fue ovacionada. A su segundo lo tumbó de una estocada, entrando por derecho, y fue premiado con la oreja.

«El Cordobés» renovó con creces sus reconocidos alardes de valor. Fueron, por otra parte, sus dos novillos los mejores de la tarde —que ya es decir—, y «El Cordobés» pudo no solo apretarse con los toros, como le es habitual, sino incluso torear con auténtico garbo en ocasiones. Así lo hizo por verónicas en ambos novillos, especialmente en su segundo, echan-

do las manos bajo y cargando la suerte. Más baja calificación merecen esos sus lances con el capote a la espalda, más forzados, aunque en esta ocasión acertara a rematarlos más airoosamente que de ordinario.

Su primera faena de muleta tuvo por nota más destacada el valor. Toreó con la diestra y con la zurda en un terreno realmente inverosímil, con pasmosa quietud y sangre fría, pero apenas hubo muletazo en que el bravo y noble novillo no le engatillara el engaño, lo que fue óbice para que cundiera el clamoreo en el graderío. Mató de un pinchazo, una estocada tendida y trasera, entrando con coraje, y descabello al tercer intento, oyendo al final ovación y dando la vuelta al ruedo.

La faena al segundo de su lote fue igualmente valerosa, pero por añadidura toreó con temple y mando en ocasiones, como en unos naturales casi redondos y pases de pecho, que tuvieron auténtico sabor. Una estocada ladeada y delantera y un certero descabello a toro vivo fueron el colofón de la faena, que se premió con las dos orejas.

Con muy buen criterio, «El Cordobés» desoyó los requerimientos del público en ambos toros para que banderillara el maestro.

Vicente Perucha, que se lució toreando por verónicas a su primero, realizó una bella faena de muleta, templando y mandando extraordinariamente en dos series de muletazos con la diestra y especialmente en unos pases en redondo. Pero la deslució en parte por varias razones. La primera fue un rudo golpe que le dio una banderilla en la cara al dar los primeros muletazos, que incluso le hizo sangrar. Por esta razón, intentó en varias ocasiones arrancar los rehiletes y hurtarse al paloteo. Además, prolongó excesivamente la faena y por último clavó cuatro pinchazos, media estocada y aún hubo de intentar el descabello, lográndolo al tercer intento. Pese a todo ello, perduró el sabor de la primera parte de la faena y hubo de saludar desde el tercio correspondiendo a los aplausos.

De su breve actuación en el segundo de su lote ya se hizo mención al comenzar esta crónica.

«El Cordobés» salió a hombros, y «El Suso», al que también intentaron sacar a hombros los habituales del transporte taurino, fue cortés pero energicamente, desmontado por los agentes de la autoridad antes de trasponer las puertas de la Plaza.

Tras el arrastre del cuarto novillo, acompañaron al «Suso» en la vuelta al ruedo el mayoral y el propietario de la vacada, que oyeron una gran ovación.

LEAFAR

En Zaragoza, novillada larga y con abundancia de avisos.

El público salió con mal sabor de boca, ya que no tuvo ocasión de ver las faenas que al singular torero de Palma del Río le han hecho ganar nombradía por otros ruedos. Su primer novillo —que, como los otros cinco lidiados, pertenecía a la ganadería de don Baltasar Iban, y sacaron casta de la buena— lo derribó, después de darle un lance muy ajustado. «El Cordobés», resentido, al parecer, de una lesión que sufría en la muñeca derecha, quedó metido de facultades y sin fuerza para sostener la muleta ni la espada. Intentó y hasta logró dar algún paso bueno, parándose con valentía y metiéndose temerariamente en el terreno de su enemigo. Pero nada más. Y eso era muy poco para lo mucho que de él se aguardaba. Además, impedido por la lesión, tardó en matar y le dieron dos avisos. Mientras los espectadores exteriorizaban su decepción, pasó a la enfermería, de la que salió para enfrentarse con el quinto novillo. Tampoco en este —molestado encima por el viento, que había ido arreciando a medida que la tarde y el festejo declinaban— pudo «El Cordobés» hacer otra cosa que poner de manifiesto ese valor suyo, rayano en la temeridad. Hubo un momento en que, con una quietud pasmosa y encelando al novillo en la presa de su cuerpo, provocó el entusiasmo. No pasó de ahí. Se apagó pronto la mecha encendida. Y después de matar al novillo, con algo más de rapidez que al anterior, lo único que quedó en los graderíos fue el rescoído de las discusiones.

De primer espada en esta larga novillada, que duró más de tres horas, figuró Rafael Ataide «Rafaélillo». Su actuación en el novillo que abrió Plaza alcanzó el punto más brillante al colocar banderillas, suerte en la que se ganó ovaciones, que se repitieron durante el segundo tercio del quinto y sexto novillo, en los que rivalizó con el mejicano Guillermo San-

doval. Con el capote y la muleta, la labor de «Rafaélillo» fue discreta en sus dos novillos. Al primero tardó menos en matarlo que al cuarto, durante cuya muerte escuchó un aviso.

También el novillero, recién venido de Méjico, Guillermo Sandoval, y que efectuó su debut sustituyendo a Vicente Perucha, cogido el día anterior en Valencia, oyó un aviso en el tercer novillo, no obstante haber entrado muy bien a matar las repetidas veces que se vio precisado a hacerlo. Lo hizo bien con la capa. Con la muleta hizo faena en la que abundaron pases de excelente factura. Al sexto novillo lo lanceó vistosamente en un quite espectacular, y entre fuertes ráfagas de viento lo trasteó brevemente, despachándolo sin tanta brevedad.

JARANA

En Córdoba, homenaje al Córdoba Club de Fútbol

Con motivo del reciente ascenso del Córdoba Club de Fútbol a la Primera División, la Empresa organizó una novillada matinal, que fue, al propio tiempo, la de inauguración de la temporada, en festejo con picadores. Los tres espadas hicieron entrega al capitán, Martínez-Oliva, de un lujoso capote con el escudo del Club bordado en sedas. En el coso hubo media entrada.

Actuaron los diestros «El Campero», Rafael Chacarte y Andrés Vázquez, que se las hubieron con seis novillos de don José de la Cova Benjumea, con kilos y con cuaje, bien hechos de pitones, con casta y con nervio. Además, las cuadrillas —salvo la de Andrés Vázquez— no estuvieron que digamos muy hábiles en su cometido, cosa que contribuyó a una mayor dificultad para los espadas.

«El Campero» puso valor y voluntad en cuanto hizo. Con el capote estuvo cerca, ceñido, en los lances iniciales de la lidia de su primer enemigo. Con la muleta se mostró decidido, pues el novillo no había tomado las varas de reglamento —por lo que se le condenó a banderillas negras— y llegó muy entero al tercio final. Lo mató de una estocada y dió vuelta al ruedo. A su segundo lo recibió con una larga cambiada de rodillas y le prendió dos pares de banderillas, buenos. El bicho, al derrotar contra las tablas, se partió el pitón izquierdo y se acabó en la embestida. Mató de dos medias estocadas y descabello al segundo intento.

Rafael Chacarte puede decirse que tuvo una actuación gris, sin destacar apenas en nada de lo que intentó ejecutar. Después de faena incolora, mató a su primer enemigo de una estocada caída y escuchó pites. En el quinto, que iba bien a la muleta, aunque con nervio, aguantó varias embestidas en sendos muletazos por alto y mató de una estocada.

Andrés Vázquez demostró ser un torero completo, que, con otra clase de ganado, puede lucir en toda su plenitud. Tiene buen estilo con el capote, cosa que se apreció en unos lances y media superior verónica en su primer enemigo. En la faena de este novillo hubo garbo y empaque, valor y estilo. Y, al matar de una estocada y descabello al primer intento, le fue otorgada una oreja y dió la vuelta al ruedo. Andrés Vázquez, en el sexto de la tarde estuvo cerca y valiente en pases fundamentales y efectistas. Mató de una estocada.

J. L. de C.

Inauguración de temporada en Alicante. Generosidad en los trofeos.

Con una entrada algo más que regular, se inauguró la temporada taurina en Alicante, celebrando la novillada que por causa del mal tiempo se aplazó el día 19 de marzo pasado. El cartel, compuesto por Antonio Ortega «Orteguita», Chucho Peralta y José García «Mondeño II», quienes se las entendieron con seis novillos de Escudero del Asmesnal, que resultaron excelentes, tenía una destacada nota de novedad, puesto que los tres eran debutantes en esta Plaza, y así, el público respondió en las taquillas.

La corrida tuvo la característica más acusada en el tono mediocre de la lidia, pues aunque se concedieron dos orejas por aquello de la estimación por parte de la

Presidencia de una mayoritaria petición, hubo excesiva generosidad en la demanda.

Antonio Ortega «Orteguita» demostró, ante todo, su conocimiento de los terrenos y la consiguiente colocación. Toreando con el capote lo hizo con temple y mando. «Orteguita» se banderilló los novillos, tres pares en cada uno, con estilo espectacular. La faena de muleta a su primero, que fue el único que acusó mal estilo en las arrancadas, aunque solamente por el lado izquierdo, se desarrolló entre muletazos vistosos para aprovechar el costado bueno y coladuras y achuchones por el otro. De todos modos, no le perdió la cara al enemigo, y cuando se deshizo de él de dos pinchazos, el segundo con hondura, se le aplaudió y rodeó la arena. En el otro, faena en la que hubo excelentes series de muletazos sobre ambas manos, pero no llegó a calentar los entusiasmos. Al matar de una estocada entera, algo caidilla, pero de efectos rápidos, se le concedió oreja.

Chucho Peralta puso voluntad de agradar, pero no pudo evitar que saltara a la vista su desconocimiento de la colocación, manteniéndose en pugna de terrenos con los novillos durante toda su actuación. Con el capote toreó con precipitación y sin temple, y con la muleta, en su primero, realizó una faena en la que su oponente le llevó por la calle de la amargura, defendiéndose él a mantazo limpio. Mató a este de dos estocadas, tendida una y delantera y calda la otra, y en la Plaza hubo silencio. En el otro trató de desquitarse y hubo algo más de torero propiamente dicho, pero sin calidad ni dominio, al extremo de salir cogido un par de veces por mala colocación. Pero, como mató con decisión de una buena estocada entera que impresionó al público, se pidió la oreja y, con sorpresa por parte de otro sector menos entusiasta, se le concedió.

José García «Mondeño II» mostró estilo, temple y garbo toreando con el capote y con la muleta, aunque con la espada estuvo más que flojo. Con el capote se le aplaudió en sus dos enemigos, especialmente en los lances suaves y mandones. Con la muleta, en su primero, llevó a cabo una faena en la que predominó la mano izquierda. Pero alargó excesivamente el repertorio y ello, unido a su desacierto y falta de coraje para empujar la espada, pues mató de tres pinchazos, le valió sólo vuelta al redondeo. Al novillo, inmejorable, también se le aplaudió en el arrastre, pidiéndose la vuelta para él. En el otro, último de la corrida, la faena tuvo las mismas características. Nuevamente perdió lo ganado toreando con su mal estilo para entrar a matar. Esta vez fueron cuatro viajes espada en ristre y siete intentonas de descabello, oyéndose algunos pitos mientras tanto. Las cañas se volvieron lanzas.

Hubo algunas incidencias en la lidia y frecuentes cogidas, que tuvieron su consiguiente reflejo en la enfermería, donde se asistió al banderillero de «Orteguita», Miguel Polo de la Rosa, de una herida en el tercio medio, cara posterior, del muslo derecho, con una trayectoria ascendente de cinco centímetros, que interesa piel, tejido celular y aponeurosis. Otra herida en el hueso popliteo izquierdo, con trayectoria ascendente de cinco centímetros, que interesa piel, tejido celular y aponeurosis. Pronóstico menos grave. También recibió asistencia «Orteguita» de heridas incisas en los dedos celular y medio de la mano izquierda y Chucho Peralta, de un puntazo corrido en la región inguinal izquierda; «Orteguita» y Peralta se clasificaron como leves.

Y así queda escrita para la historia la corrida inaugural del ciclo taurino 1962 en Alicante, aunque esas dos orejas dan una falsa idea de la realidad.—M. M.

En Granada, novillos de don Diego Romero para «Monfegron», Antonio Martín Trujillo y «Rafaélino»

TARDE espléndida. Media entrada. Cinco novillos y un toro, bravos y con poder. Un torero de la montera a las zapatillas. Y un presidente a punto de provocar un conflicto de orden público.

SIGUE

AFICIONADOS A NUESTRA FIESTA

No dejéis de leer la última obra publicada del conocido escritor y orador taurino

RAFAEL CAMPOS DE ESPAÑA QUE ES TOREAR

(Historia crítica de la Filosofía del Toreo)

Adquiérala en su librería o solicite su envío contra reembolso de su importe, 85,00 ptas., a «EXCLUSIVAS C. DE E.», Avda. José Antonio, 56, MADRID

NI UNA SOLA CORRIDA DE TOROS

(Viene de la página anterior)

La entrada, pese al interés local de un cartel con dos espadas de la tierra, quedó reducida a la mitad por indudable influencia de los precios. Los componentes del encierro de don Diego Romero, cinco novillos y un toro el corrido en quinto lugar, que sembró el pánico en la plaza, menos para «Montenegro», que lo descubrió— bien presentados en general, bravos y con poder, se han dejado torear sin mayores dificultades. El mejor, sin duda, el primero, pero, también sin duda, porque fue a manos del mejor torero, que supo sacarle el máximo partido a lo largo de una lidia adecuada, justa, medida. Y el quinto, como decíamos antes, un toro de preciosa lámina, con cuajo, trapío y poder que, tras haber mansurroneado en los primeros capotes que le ofrecieron, se enmendó y fue a más, entrando hasta cinco veces a los caballos, arrancándose de lejos, con alegría y con fuerza asonibrosa, para romanear y desmontar con estrépito y peligro para el piquero de tanda.

«Curro Montenegro», dos faenas de muleta, recias, justas en su medida. La primera, coronada con una estocada en el hoyo de las agujas, donde hundió el acero hasta la empuñadura, marcando los tres tiempos del volapié y dejándose ver. El novillo sale muerto de la suerte y rueda sin puntilla. Oreja. En su segundo, «Montenegro» bise el triunfo, con capote y muleta, pero pincha en hueso tres veces, deja media estocada en su sitio y descabella al primer intento. Vuelta.

Antonio Martín Trujillo hubo de luchar con el peor lote de la corrida, lo que no arredró al muchacho. Valiente. Su primero se vence y busca por ambos pitones. Al quinto, le aguantó «tarascadas» pelgrosísimas por todas partes. En su primero pincha cuatro veces para media estocada y descabello al quinto golpe. Y en el quinto, tras una faena de mucho valor, deja media estocada honda, a toro levantado, y descabella al segundo intento. Vuelta.

«Rafael», que no ha tenido esta tarde su toro, el toro pastueño, despacha a su primero de media y descabello al segundo intento. En el que cierra plaza, tras varias tandas de redondos y naturales, ligados al de pecho, pisa una banderilla, arrojada por el toro segundos antes, y se la clava en el pie izquierdo. En brazos de las asistentes pasa a la enfermería, y «Curro Montenegro», que en el quinto había realizado el único quite que vimos, toma espada y muleta, y después de igualar, en eficaz trasteo para fijar la cabeza de la res, señala un pinchazo en lo alto, para media estocada honda y descabello al segundo intento.

En la enfermería nos fue facilitado por el doctor Pulgar Ruiz, los siguientes partes facultativos:

«Durante la lidia del sexto novillo, ha ingresado en esta enfermería el diestro Rafael Lozano "Rafael" con el arpón de una banderilla clavado en el borde interior del pie izquierdo, a nivel de la base del dedo gordo, alcanzando la región plantar, a la que perfora. Se le extrae bajo anestesia general en pentolal. Se le pone suero antitetánico y antibióticos. Pronóstico leve, salvo complicaciones.»

«También fue curado en la enfermería, durante la lidia del quinto novillo, el picador José Bazán, que presenta erosiones y confusión en ambas manos y región frontal. Pronóstico leve, salvo complicaciones.—C.

La primera del año en Palma de Mallorca. «Vázquez II» cortó una oreja

Resultó entretenida la novillada celebrada el domingo en Palma de Mallorca. Se lidiaron novillos de don Pio Taber-

nero de «Vilvis», de Salamanca, que acusaron buena casta. «Vázquez II» cortó una oreja en su primero y dio dos vueltas al ruedo; en su segundo fue premiado con otra vuelta. Ricardo Izquierdo estuvo valiente en su primero, escuchando palmas; en su segundo fue cogido, pasando a la enfermería. «Vázquez II» remató la res. «Espanaco», que es un torero valiente de verdad, escuchó aplausos en su primero, y cerró la lidia con otra ovación. El banderillero «Andaluz» resultó cogido. Sufrió una herida de pronóstico menos grave en el muslo izquierdo.

«El Mere» y «El Carloteño» en Jaén, o «pobre porfión, saca mendrugos»

Hace poco más de mes y medio que Ramón Rodríguez «el Mere» y Pedro Mengual «el Carloteño», se estacionaron a las puertas de la Plaza de toros. Allí han permanecido hasta que se les ofreciera una «oportunidad». Los dos muchachos acusan una gran falta de entrenamiento. «El Mere» toreó con más voluntad que acierto, pero tuvo la suerte de terminar con su enemigo de una estocada. Cortó las dos orejas. También «El Carloteño» hizo lo que pudo—colocó un par de banderillas, de las cortas, al quiebro— y realizó faena, con pases mirando al tendido. Pinchazo hondo y estocada. Dos orejas.

José Arias «el Espontáneo de Madrid» fue aplaudido al lancear a su lote. Escuchó palmas en su labor muletera. Dio la vuelta al anillo en su primero; en su segundo—manso, saltó al callejón cuatro veces seguidas—, faena valentona, a base de pases en cadena y manoleínas, para pinchazo, otro y estocada. Escuchó un aviso.

Gómez Hueso «Gallito de Jaén» desafortunado con el pincho, en su primero. Oyó los tres avisos, el último cuando el novillo se echaba. En el que cerró plaza—manso de solemnidad—, faena de alifio para metisaca, pinchazo y estocada. Hubo un lleno. El ganado perteneció a la vacada de don Leoncio Sorando, de baños de la Encina.—RAFAEL ALCALA.

En La Línea torearon «El Inglés» y dos más

Con tiempo espléndido, se lidiaron en La Línea seis novillos de los Hermanos Goizueta, de Los Barrios, para Douglas «el Inglés», que hacía su presentación, y repetición de la triunfal pareja juvenil Juanito Jimeno y Rafaelín Valencia.

Para presenciar la actuación de «El Inglés», acudieron gran cantidad de súbditos británicos, vecinos de Gibraltar, que animaron a Douglas con los gritos de «¡Very good, Douglas!» En uno de los tendidos, ocupado totalmente por ingleses, fue desplegada una bandera de la Marina británica.

«El Inglés» demostró saber manejar la muleta. Toreó a sus enemigos con el capote, iniciando el lance con la pierna contraria adelantada. Con la franela estuvo bien en su primero, al que mató de media y descabello. Oreja. A su otro enemigo lo toreó como pudo y tuvo mala suerte con el acero. Vuelta, entre gritos mezclados de «¡Very good!» y «¡Olé!»

Juanito Jimeno, valiente, fue muy aplaudido al torear a la verónica, en banderillas y con la muleta. Pinchó varias veces. Vuelta, por su voluntad. En su segundo, el garbanzo negro del encierro, estuvo valiente y torero; aguantó los derrotes que le propinaba el novillo.

Rafaelín Valencia es una figura en miniatura; está fácil en el manejo de los trastos y conoce su oficio. Toreó bien a sus dos enemigos con la capa. Con la muleta, a su primero, le hizo una faena a base de derechazos, naturales y giraldillas; mató bien y le concedieron las orejas. También al último le cortó los apéndices.—C.

LOS CARTELES DE LA SEMANA

VIERNES 13

Cartagena.—Novillos de Laurentino Carrascosa para Antonio Ortega «Orteguita», Andrés Vázquez y Manuel Benítez «el Cordobés».

SABADO 14

Guadalajara.—Novillos de María Teresa Oliveira para Andrés Herando, Andrés Vázquez y Manuel Benítez «el Cordobés».

DOMINGO 15

Alcalá de Guadaíra.—Novillos de Garrido Domínguez para José García «Palmeño», José María Aragón y otro.

Ciudad Real.—Novillos de Félix Bartolomé para Armando Suárez, Carlos Corbacho y otro.

Lunel (Francia).—Toros de Yonnet para Dámaso Gómez, Rafael Girón y Luis Alfonso Garcés.

Málaga.—Novillos de Laurentino Carrascosa para Antonio Ortega «Orteguita», Andrés Vázquez y Manuel Benítez «el Cordobés».

Madrid.—Novillos de don Diego Romero Gallego, de Jerez de la Frontera, para Alfredo Sánchez, Antonio Medina y «El Satélite», de Calahorra, nuevo en esta Plaza.

Marsella (Francia).—Novillos de Pierre Pouly para Jesús Murciano «el Suso», José Simoens y Clemente Antolín «el Millonario».

Monóvar.—Toros de Tomás Frías para Vicente Blau «Tino», Francisco Antón «Pacorro» y Victoriano de la Serna.

San Sebastián de los Reyes.—Novillos de Bernaldo de Quirós para el mejicano Rafael Bejarano, Paco Moreno y Adrián Ramos.

Toledo.—Toros de Salustiano Galache para Fermín Murillo, Juan García «Mondéño» y Santiago Martín «Viti».

Valencia.—Novillos de Escudero Calvo para Amado Ordóñez, Carlos Chaves y otro.

Vista Alegre.—Novillos de Gerardo Ortega para Agapito García «Serranito», Julio Molina «Algabéño» y Diego Francisco, de Segovia.

AQUI, BARCELONA

BARCELONA Y LA MUERTE DE BELMONTE

Ha causado enorme impresión entre los aficionados de Barcelona la muerte de don Juan Belmonte, el «Pascmo de Triana». El Club Los de «Gallito» y Belmonte ha enviado un telegrama de pésame a la familia, recordando el sentir unánime de la afición taurina de la ciudad.

UN HERMANO DE PACO CAMINO TOREARA EN VICH

Con motivo del famoso Mercat del Ram, que se celebra todos los años en la hermosa ciudad de Vich, se ha organizado una novillada. Figuran en la terna Valentín del Caso, el novillero que fue procesado en Francia por matar una res; «El Soni» y Joaquín Camino, hermano de Paco Camino. El ganado será de Vaciamadrid, seleccionado por Marcial Lalanda.

Con esta novillada se inicia la temporada taurina en la ciudad de don Jaime Balmes.

UN NOVILLERO QUE SE HACE RICO... COMO CANTAOR DE FLAMENCO

Se acuerdan mis lectores de aquel novillero de Huelva, que adquirió cierto renombre en Barcelona por su valor seco y tremendista? Me refiero a «El Tano». El muchacho, muy simpático, no tuvo suerte y cosido a cornadas, sin alcanzar la gloria, empezaba a entrar en un peligroso declive...

Pues bien; me informan que «El Tano», en Colombia, ha triunfado... pero como cantaor de flamenco. Cosas de la vida.

NO HABRA MIURAS EL DOMINGO

Contrariamente a lo que informé en mi última, no se lidiarán Miuras el próximo domingo en Barcelona. El mismo don Pedro Balañá me ha dicho que él quiere el encierro miureño con peso y presencia, ya que en ese cartel lo que atrae al aficionado son los toros de la trágica divisa. Y que prefiere esperar hasta que estén en condiciones.

De ahí, el compás de espera... Veremos quiénes serán los valientes que hacen el paseillo en tal ocasión.

J. DE LAS R.

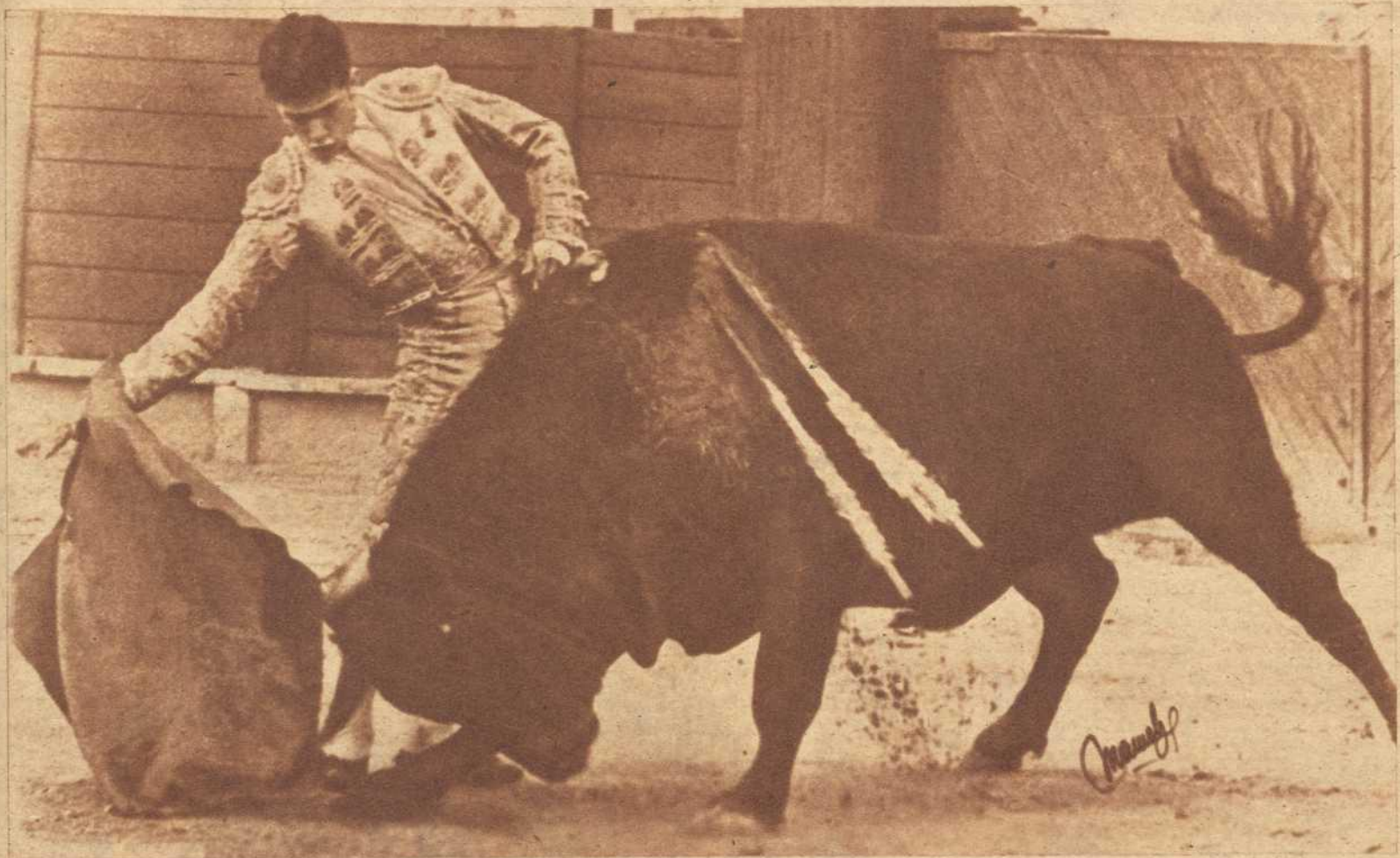
SUFRAGIOS POR JUAN BELMONTE

El martes, funerales en Madrid en la iglesia de San José

La Peña «Los de José y Juan» costearán el próximo martes, día 19, un funeral en sufragio del alma de su presidente de honor, don Juan Belmonte García (q. e. p. d.), funeral que se celebrará en la iglesia parroquial de San José, a las doce de la mañana. Ese mismo día, a las ocho de la noche, tendrá lugar en el Casino de la Unión Mercantil una velada necrológica en memoria del gran maestro desaparecido. Intervendrán en ella sobresalientes figuras de las letras, las artes y la taurería.

ARMANDO CONDE

EL AGUILA DE LOS ANDES



¿Es así cómo
se torea?

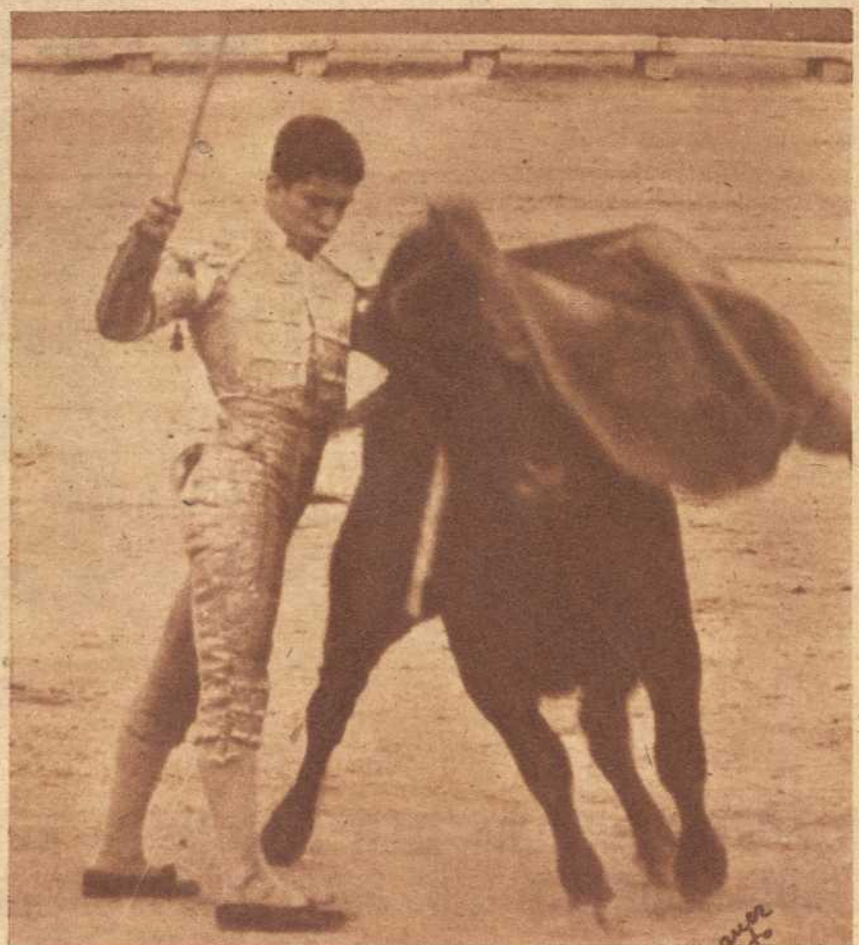
¡SI! POR ELLO ES
FIGURA DE EXCEPCION
ARMANDO CONDE

APODERADO:

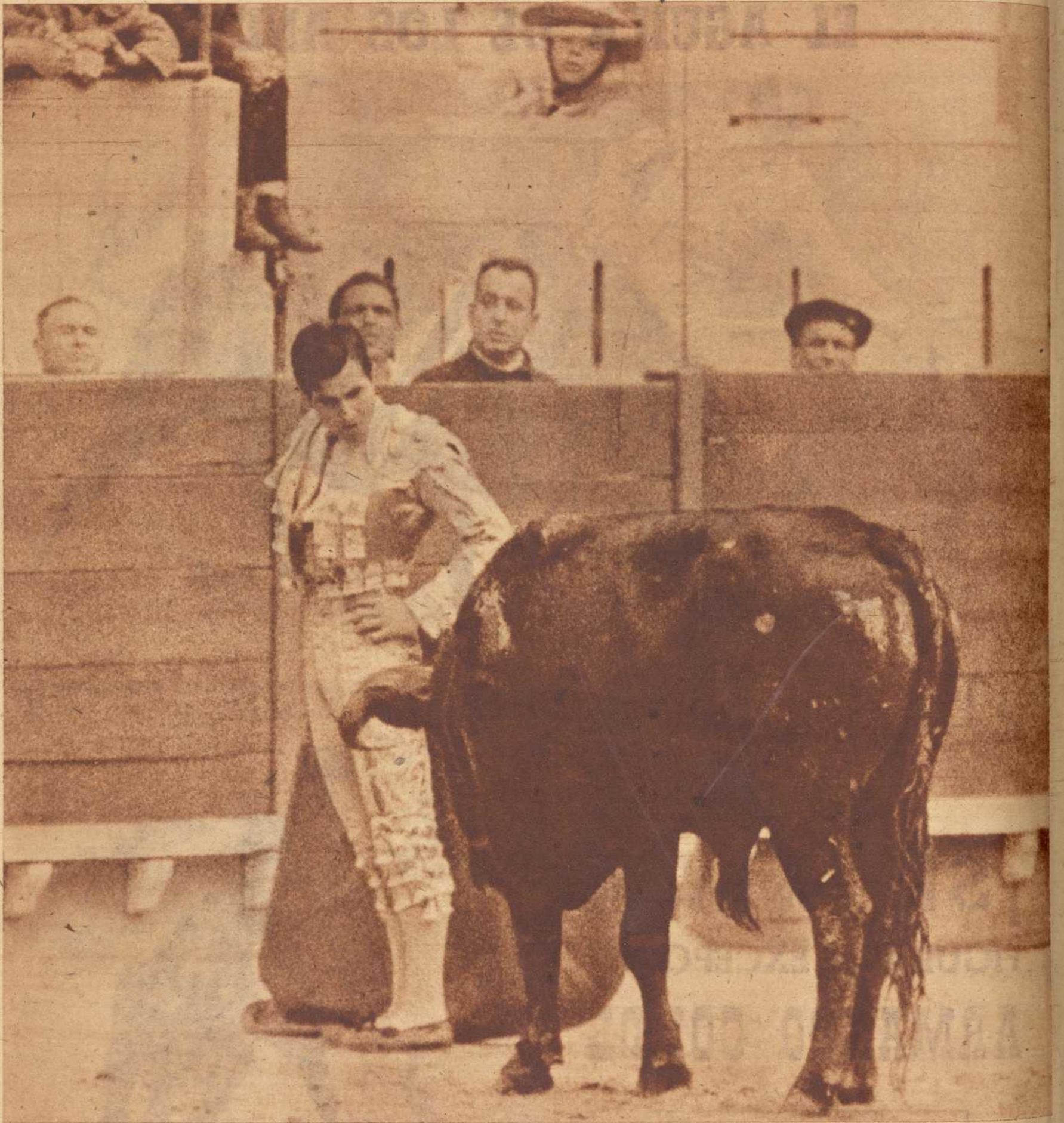
José Gómez Sevillano

Teléfono 16107

SEVILLA



“LUGUILLANO”



EL TORERO DE CASTILLA QUE SE HA REVELADO EN ANDALUCIA CON UNA FUERZA ARROLLADORA Y QUE PRONTO INTERESARA EN TODOS LOS CARTELES DE ESPAÑA

— Apoderado: JOSE GOMEZ SEVILLANO. Teléfono 16107. SEVILLA —



Siendo

GARVEY

es exquisito



El Puerdo

**SEMANARIO
GRAFICO
DE LOS TOROS**

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ-CUESTA. - Dirección y Redacción: Serrano, 21, 3.ª dcha. Teléfono: 236 84 89. - Administración: Puerta del Sol, 11 - Teléfono 222 64 56. - Año XIX - Madrid, 12 de abril de 1962 - N.º 929. Depósito legal: M. 882 - 1958

«SE HARA LO QUE SE PUEDA»

HACE mucho tiempo que la muerte había empezado en Juan Belmonte su torva labor de azada. Se leía en el hieratismo de su perfil, más mineral y más mito de sí mismo que nunca y en una cierta tristeza impávida en lo hondo de los ojos. Los médicos le habían advertido de la insuficiencia de un corazón, que había trabajado demasiado. El viejo torero trataba de sobreponerse; pero su andar se hacía fatigoso y lento. No hace mucho —nos lo contaba Luis Bollain, su fiel biógrafo de guardia—, por no funcionar el ascensor, subió al piso por un milagro de voluntad. Cuando llegó arriba tuvo una de esas ocurrencias con que su cabeza —uno de los espectáculos del ingenio humano más completo que se hayan podido ver— solía iluminar, como una llamarada, el bache oscuro de cualquier contratiempo. Tartamudeando, dejando caer las palabras a peso, gozándose en la broma, irónico, comentó:

—Valle Inclán dijo que «no me faltaba nada más que morir en la Plaza». En la Plaza, no; pero en la escalera, sí...

Sin embargo, tal como quería aquel gran don Ramón María, el de las barbas de chivo, de Rubén Darío, Belmonte ha muerto prácticamente en la Plaza. Y lo que faltaba para la gloria redonda, lo tuvo el torero más grande de todos los tiempos.

Porque Belmonte ha muerto, en verdad, en la Plaza, inmolado a la bravura de los toros. Sucumbió a ellos, después de una larga jornada de primavera, en la que, como los enfermos que van a morir, mejoran, él se había sentido, por última vez, joven. A cinco días de los setenta años, Juan pasó horas y horas sobre la silla vaquera, acosando y derribando, como en las horas en que estrenaba «Gómez Cardaña» y realizaba el sueño dorado de su afición: una ganadería. Una ganadería para él, para su diario capricho del toro que toda su vida al fin fue con, de, en, por, sí, sobre, tras el toro.

La jornada última en la finca amada, sobre el caballo amado, solo —lejos los afectos, los amigos y la familia—, fue el más sencillo y también el más hermoso canto del cisne de un arte impar. Morir en la Plaza era el final apetecido por la exaltada dramaturgia valleinclanesca. Pero Juan Belmonte, para esta muerte en la Plaza, entre los toros, quiso la sencillez, la soledad, el cara a cara de su verdad desnuda, como en las faenas solitarias a los toros de Tablada, que cantara Gerardo Diego:

«La arrebolada en sus rubores luna
se asoma, presidenta, a su baranda.
Un toro y Juan Belmonte.»

La misma noche de su muerte acudimos presurosos a «Gómez Cardaña» y rezamos por su alma. Una calma inmensa caía del cielo estrellado sobre la cal del cortijo que él hizo santuario de su fe de artista. De artista doble del toreo y de la vida. Todo estaba como si nada hubiera ocurrido o como si todo hubiera esperado que ocurriera: los libros, los muebles, la chimenea entrañable, los cuadros, los recuerdos de su larga gloria, que tanto parecía pesar sobre sus hombros... Y en medio, como un desafío, la figura del torero erguida, como la inmortalizó Zuloaga, como fresca aún la sangre del toro que acababa de matar.

Ni un grito ni una queja. A Belmonte se le llora en silencio. En la ganancia algún hombre fuerte tiembla para hurtar sus lágrimas. Los amigos, los fieles amigos de las mañanas de Los Corales —Bollain, Sánchez Capral, Vaquerizo, Muñoz...—, no saben qué decir, como si el gesto frío y mortal de aquel gran hombre de tertulia les impidiera ya reanudar la charla. Nadie quiere arrancar a este último momento la sencillez, la naturalidad de las cosas que cumplen, lisa y llanamente, su destino.

Alguien, ante dos óleos con personajes del siglo XIX, nos recuerda, tal vez para desviar el torrente del horror, la anécdota sabrosísima. Un señor, americano por más señas, preguntó una vez a Belmonte:

—¿Son estos sus antepasados?

Belmonte contestó:

—No, hombre, no. Mis antepasados son estos otros— y le mostró un cuadro con bandoleros de la Sierra de Ronda.

La verdad es que Belmonte era su propio antepasado. El genio nació y terminó con él.

Dicen que cuando Valle Inclán indicó al torero que sólo le faltaba morir en la Plaza, que Belmonte contestó, zumbón: «Se hará lo que se pueda.»

Cuando le veíamos la otra noche en «Gómez Cardaña», tendido, después de una larga jornada de campo y toro, pensamos que había cumplido ciertamente su palabra.

CELESTINO FERNANDEZ ORTIZ

CLINICAS

**PARA PLAZAS DE TOROS,
PISCINAS Y EMPRESAS**

Aparatos de anestesia por gases; Respiración artificial; grupos de esterilización; Quirófanos; Instrumental quirúrgico. Confíe su instalación a una casa experimentada, solvente y económica.

Solicite presupuestos. Damos referencias de los mejores y más importantes de España.

LA CASA DEL MEDICO

Atocha, 113 (frente Facultad)

Teléfonos: 227 13 51, 227 98 39, 227 40 13

MADRID - 12

LOS RETRATOS DE BELMONTE



Una primera versión del Juan Belmonte de la juventud. Es uno de los sensacionales dibujos de Daniel Vázquez Díaz



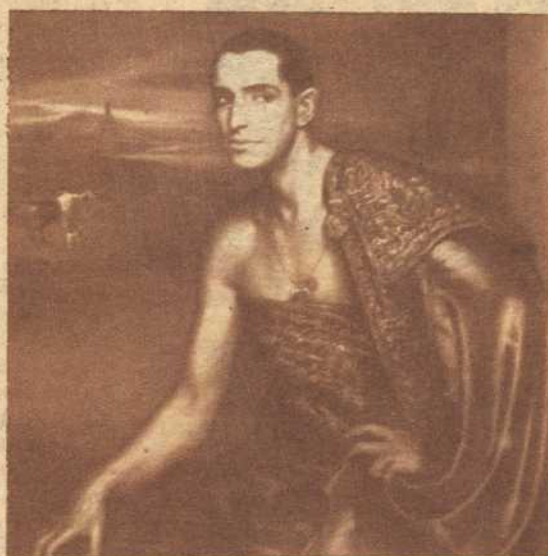
La maestría de Roberto Domingo —cúspide del impresionismo taurino— recoge en unos pocos trazos de pluma el gesto de cansancio del trianero tras una dura brega. Uno de esos momentos de desánimo del torero



La escultura encontró en Juan Belmonte un modelo ideal, una conjunción de líneas y planos más perfectos cuanto más estaban por hacer. Este busto está firmado por Antonio Illanes



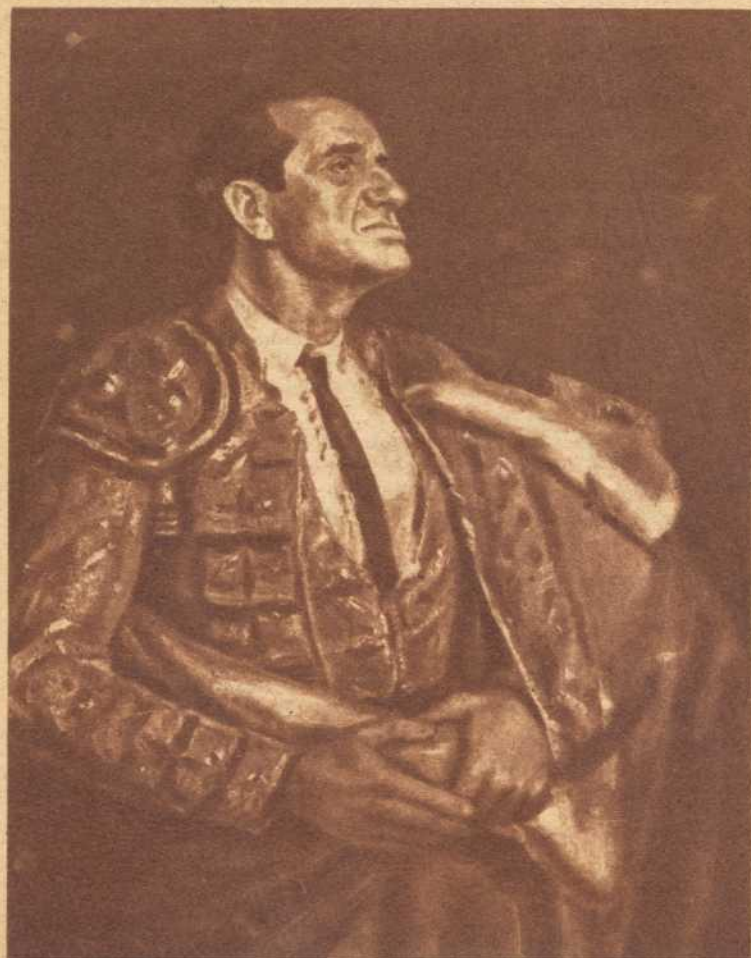
Juan Belmonte fue un tema tratado por Ignacio Zuloaga, con verdadera devoción de artista y de aficionado, con el gusanillo de la afición dentro. He aquí dos de las versiones realizadas



Con encuadre gitano, con visión muy personal, Julio Romero de Torres envuelve a Belmonte desnudo en un romántico capote de seda y oro



Una figurilla taurina firmada por el conde de Yeves y expuesta en Madrid en el año 1935. Se titula «La media verónica de Juan» y es muy expresiva



La pluma de Martínez de León —que parece tallar grabados en xilografía— deja su trazo indeleble en este dibujo de una clásica media verónica

Daniel Vázquez Díaz realizó en este cuadro de Juan una obra trascendental

Cuando nuestro compañero Santiago Córdoba entrevistó a Juan Belmonte, lo vio en esta forma singular



Ruano Llopis —maestro del cartel— recoge el gesto triunfal de Juan en una de sus tardes imborrables bajo el sol cegador de la alegre Andalucía

DE LA POBREZA A LA FAMA



1

TABLADA, EL ALTOZANO Y... ¡LA MAESTRANZA!



2



Textos:
F. NARBONA



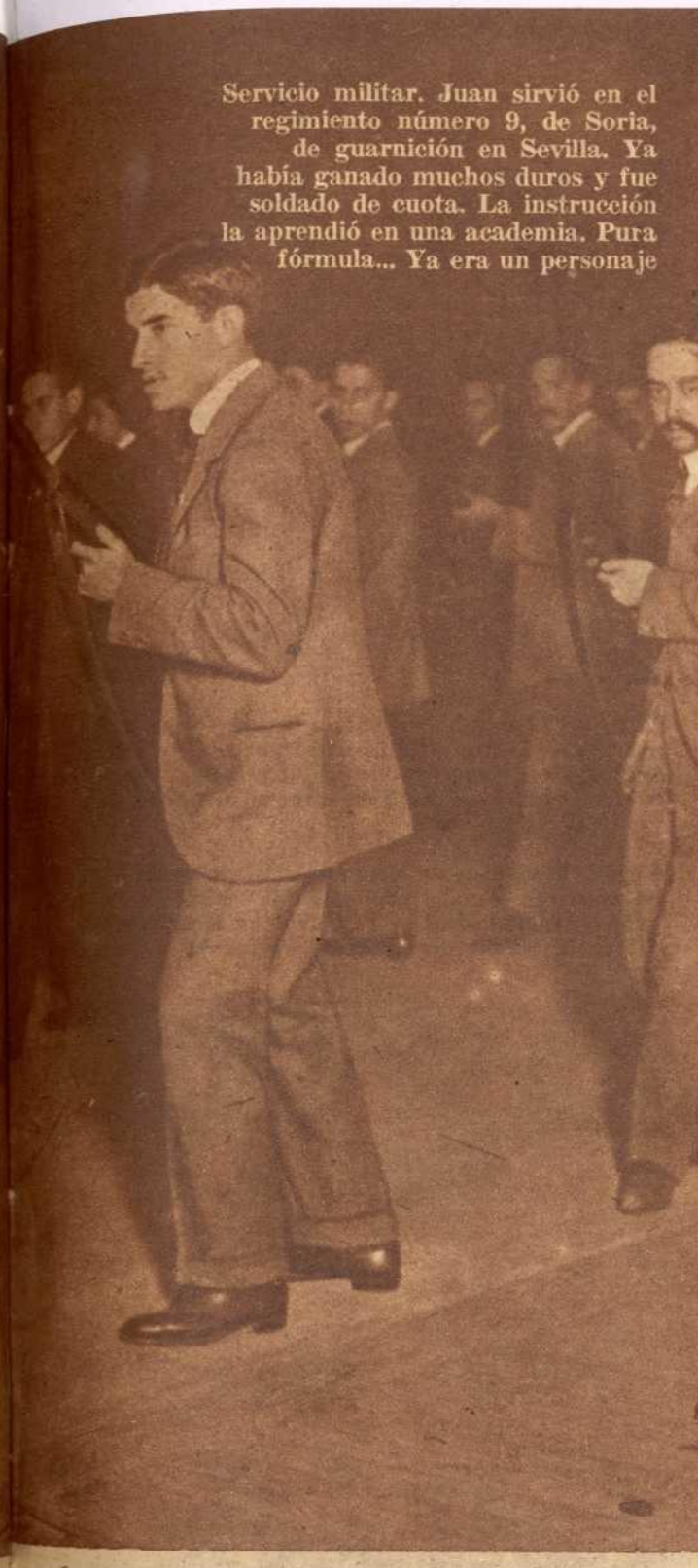
4

1.—Juan Belmonte, a los doce años. Una ilusión: Salir por esos mundos, a la conquista de la fama. Le hubiera gustado ser cazador de leones. Pero en esa época, el valor se probaba poniéndose delante de un toro. Noches abribeñas en los cerrados de Tablada, al otro lado del Guadalquivir. Toreo a la luz de la luna. Y en lontananza la fortuna. «Mas cornás da el hambre» que dijo él.
2.—Juan, aprendiz de torero, en el mercado de las mil picardías del Altozano de Triana. Ya había vislumbrado el triunfo. Podía presumir, junto a sus colegas, junto a «Riverrito», compañeros de andanzas y otros jóvenes aficionados trianeros.
3.—Uno de los primeros documentos gráficos de la vida de Juan Belmonte. La foto fue tomada en Arahal el día 24 de julio de 1910.
4.—Sevilla. La Maestranza. Había que dejarse matar... «si hacia falta». «Mátame, asesino, mátame.» Aquel fracaso no quitó de los toros a Juan Belmonte. Un año después su nombre se abriría camino hacia la fama.

Regresó a España, tras un viaje a Méjico. El ya famoso espada se trajo de «allá» dos perros chihuahas...



Servicio militar. Juan sirvió en el regimiento número 9, de Soria, de guarnición en Sevilla. Ya había ganado muchos duros y fue soldado de cuota. La instrucción la aprendió en una academia. Pura fórmula... Ya era un personaje



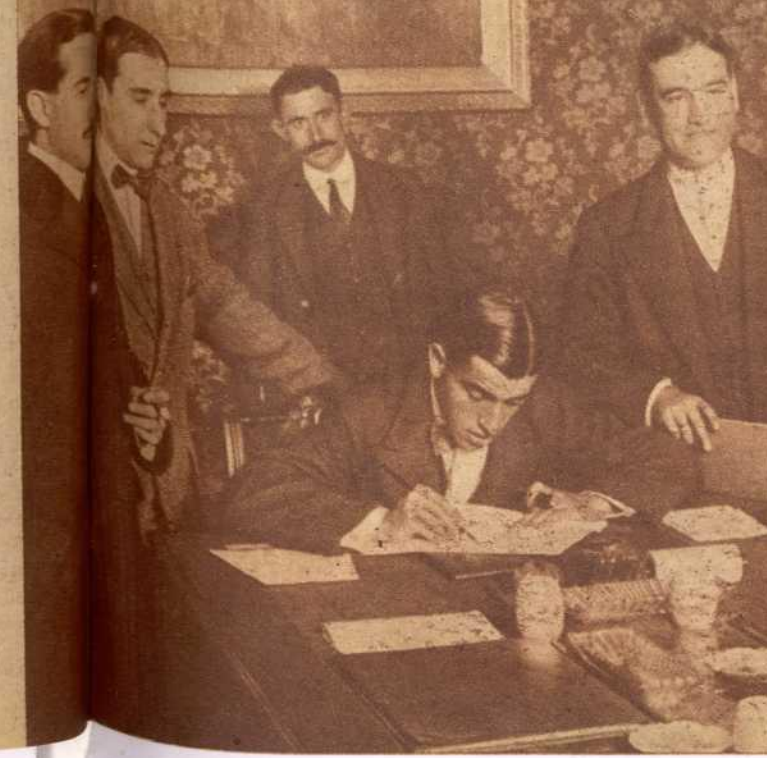
Méjico. Convertido ya en «doctor», rivalizó en los ruedos aztecas con Gaona y los más famosos espadas de aquel tiempo. Y vestido de charro, se retrata así... ¡Lo que pensarían sus amigos de Triana, cuando le vieran de tal guisa!

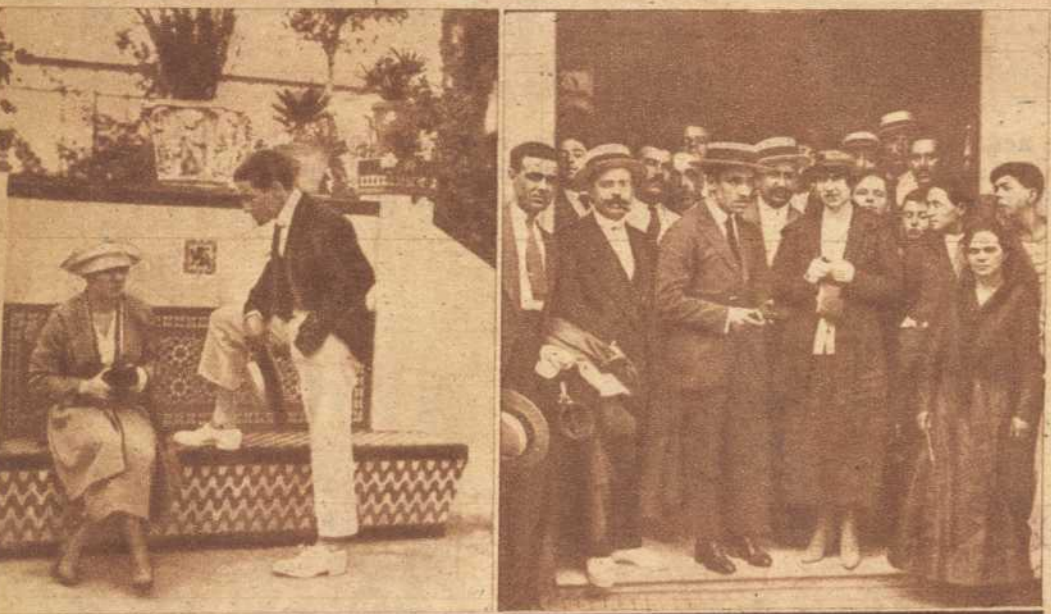


Una foto de Juan Belmonte, tomada en 1914. A esas alturas ya rivalizaba con José en los ruedos españoles. —Tertulia en el parque sevillano de María Luisa una mañana de feria. Con el torero, don Manuel Piñal, don Eladio Borbolla, don Daniel Herrera... —Belmonte fue, desde un principio, un torero intelectual. La gente de pluma gozaba llevándole a sus tertulias. Por eso no tiene nada de particular esta fotografía

Un contrato para Juan Belmonte. Entonces eran los toreros los que acudían a estas solemnidades. Juan fue el primero que cobró sumas astronómicas. Astronómicas para entonces. —Belmonte, en Méjico. Junto al «magüey», de donde sale el pulque, Rodolfo Gaona y el trianero contemplan la faena de un operario que extrae la pulpa. —Juan, figura popular. Y no solo en los ruedos, sino también en los campos deportivos...

SIGUE



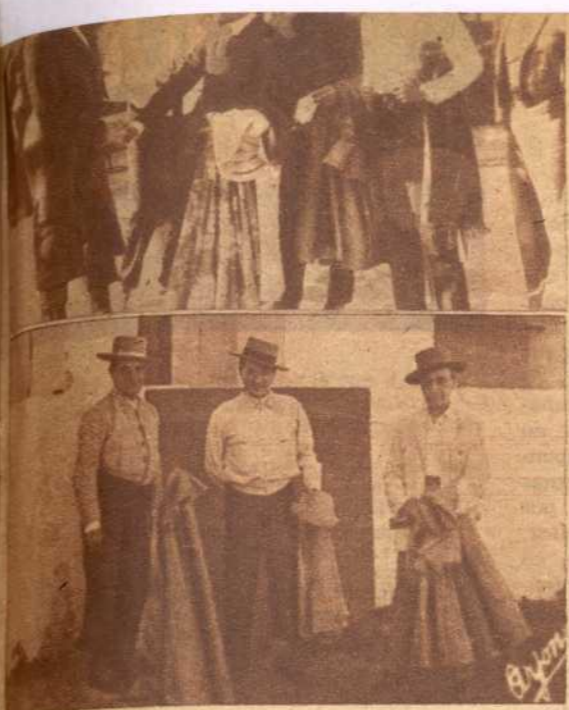


Puerto Rico. Tierra casi española todavía. Rumor de «guajiras» y nostalgias de España. En el Hotel Caribe, Juan recibe a los miembros más ilustres de la todavía floreciente colonia española de San Juan. — Juan Belmonte convaleciente. «El Guerra» había dicho aquello de «Hay que darse prisa...» Y, sin embargo, el trianero universal no moriría en la plaza... — Juan Belmonte llega a Cádiz con su mujer. Salen a recibirle los suyos, su padre, su madrastra, sus hermanos. Se casaron por poderes. El estaba por tierras de Panamá; ella, en su Lima natal. Belmonte no se hacía a la idea de una boda, con chaquet y marcha nupcial. Sentía rubor... «No estuve en mi boda, dijo en una ocasión. No he estado en los bautizos de mis hijas... Sospecho que ni siquiera voy a estar en mi entierro.» — Cuando Juan paseó a su esposa por Triana, sus amigos se hacían cruces... No se llevaba entonces la delgadez, sino las redondeces. Camaradas de aventuras, solían decir que Juan se había traído de América «una sardina». — Una visita del matrimonio a la Casa de Pilatos de Sevilla



Percance. Juan sufrió muchos a lo largo de su vida taurina. Tenía el rostro y la cara cruzados de cicatrices. Aquí aparece convaleciente de una cogida. A su lado está su padre... — Juan Belmonte y don Antonio Cañero.

Abuelo. Con Juan, su nieto (vean la prodigiosa muñeca del maestro). Pero... ¿continuará la estirpe de los Belmontes en los ruedos? — Belmonte, en el palco presidencial de la Maestranza. Con él, «Chicuelo» y Rafael.



Dos colosos... — Juan con su hermano Manolo y Pepe. Los dos fueron toreros. Admiraban a su hermano mayor. — Tentadero... Un cartel por el que hoy se pagarían millones: Juan, «Chicuelo» y Rafael Gómez «el Gallo». — En un partido de fútbol entre el Sevilla y el Betis, un partido a beneficio de la Cabalgata de los Reyes Magos, Juan hizo el saque de honor. — En la soledad del cortijo, caído ya la tarde, Juan se entrega a la lectura... El fuego arde en la chimenea. ¡Qué lejos están los malos tiempos, los peligros, los zarpazos de la vida...! (En ese mismo escenario pasó el viejo maestro trianero las últimas horas de su vida)

Homenaje a Juan, en Bilbao. Bodas de oro del Club «Cocherito». Con el trianero, el embajador don José Félix de Lequerica y los directivos de la entidad. — Una foto que tiene pocos meses... Fue, con ocasión de la visita de Katia Loritz al cortijo de «Gómez Cardañas». Juan, amable anfitrión, se asoma a la terraza de la placita para contemplar las faenas del tentadero. Hasta el último día de su vida, Juan anduvo a caballo por su finca, entre sus toros bravos. Los caminos de «Gómez Cardañas» no tenían secretos para él. La gente que allí trabajaba tenía para don Juan siempre una frase de cariño (F. Archivo EL RUEDO y Prensa Gráfica)



HA muerto Juan Belmonte y García. ¿Qué fue, qué significó Juan Belmonte? Yo no sabría definirlo; no sabría dar la medida de la personalidad sin par del trianero. Porque Juan Belmonte no fue solo un torero excepcional. Juan Belmonte...

Cuando María Antonieta quiso saber quién era Garat, preguntó al maestro italiano Sacchigi:

—¿Garat es buen músico?

—Señora, como músico, no es músico; pero es... la música misma.

Recordamos esta anécdota cuando tratamos de conocer lo que fue Juan Belmonte. El toreo mismo fue este hombre, cuya desaparición lloran hoy todos los buenos aficionados.

Para templar y mandar. Esto es el toreo. ¿Se hacía esto, todo esto, antes de aparecer en el firmamento taurino la estrella inigualable de Triana? No. Se mandaba a veces, se templaba en ocasiones y rarisima vez se paraba; pero la conjunción armónica de esas tres acciones, fundamento del arte de torear, no se habían dado en ningún torero hasta que, después de unos comienzos inciertos, por fortuna para él y para la afición breves, dio a conocer su personalidad Juan Belmonte.

Convendrá refrescar ideas a muchos aficionados. Parar no es, ni mucho menos, estarse quieto simplemente. Los pies, sí; los pies han de estar bien asentados en la arena; pero se ha de hacer girar sobre la cintura, sin retorcimientos, el tronco; se han de mover los brazos con gracia, rítmicamente, separándolos del cuerpo lo conveniente. Antes de Juan no se paraba al torear; se daban los lances encorvando el cuerpo, moviendo los pies sin medida ni pausa y procurando que el toro pasase lo más lejos posible del torero; si acaso, y por excepción, se paraba en contadísimos pases de muleta, nunca con el capote.

Templar, contra lo que comúnmente se cree, no es torear despacio. Templar es acomodar el ritmo del lance a la velocidad de la embestida. Claro que cuando el torero tiene clase y sabe mandar, acaba por hacerse obedecer por su enemigo y le obliga a embestir al ritmo que le impone con su capote o con su muleta; pero, en principio, es el torero el que ha de acomodar la velocidad de sus movimientos a la de las embestidas. Los toreros anteriores a Belmonte templaban, sin duda. Los buenos toreros, ya se entiende. Pero ninguno, ni antes ni después de él, dominó el temple como Juan.

Mandar es algo muy distinto de dar muletazos —o torear con el capote— aprovechando las querencias del toro y permitiéndole ir de un lado a otro acompañado del engaño. Para mandar es preciso obligar al toro a seguir un camino hasta el punto que la voluntad del torero imponga y no más allá.

El lector me perdonará que insista en esto tan conocido; el aficionado sabe que muy a menudo se olvidan estas tres verdades sobre las que se asienta el buen toreo; ese toreo que hasta Juan Belmonte estuvo falto por lo menos de uno de sus tres fundamentos básicos. Y he vuelto sobre ello porque, como queda dicho más arriba, para mí, y creo que para gran número de aficionados, Juan Belmonte —no importa repetirlo— fue mucho más que un torero excepcional; más, mucho más que una de las cumbres del toreo. «Joselito», el fabuloso torero de Gelves, tantas tardes compañero de cartel del trianero, fue un maestro que no

le cerró nunca el camino en su afán de perfeccionamiento ni a su anhelo de creación, y por eso —su maestría no le hubiera bastado— fue digno rival de Juan en la época más brillante de la historia de la tauromaquia.

Se ha dicho muchas veces que si Juan Belmonte paró más que ningún otro torero lo había hecho hasta entonces, fue porque su falta de facultades físicas le obligaba a ello. No creo preciso ensalzar las facultades físicas de un hombre que al filo de los setenta años montaba a caballo y acosaba reses en campo abierto; supongamos que en sus comienzos Juan no andaba bien de facultades; supongamos que no podía saltar la barrera ni salvar por piernas situaciones comprometidas. Admitido esto, no se da por bueno que el torero, solo porque no pueda correr y saltar, se defiende parando. Pero puede muy bien moverse, en muy poco espacio de terreno, mucho más de lo conveniente, y, en consecuencia, escamotear una de las tres virtudes fundamentales del toreo. No han faltado comentaristas que negaban, o poco menos, toda posibilidad técnica, que en tan talto grado poseía «Joselito», a Juan Belmonte novillero y aun al Belmonte de los primeros años de alternativa. Sitúese esta madurez del torero de Triana donde se quiera, pero el caso es que se reconoce en él esta virtud. Queda, y esto es lo más importante en Belmonte, su concepción artística. Juan tenía conciencia de algo que solo los espíritus muy selectos se imponen como norma de conducta. Juan sabía —y de esto dio pruebas hasta el fin de sus días— que el arte que no nace a cada instante es oficio, que es poco más que trabajo, todo lo digno, todo lo honroso que se quiera, pero no más.

Juan Belmonte creaba, creaba siempre. Una media verónica de Belmonte no podía ser de otro torero, pero ninguna era igual a otra suya. Errará quien diga que Belmonte creó un estilo de torear porque su arte estuvo siempre muy por encima de modos y formas. Tan grande fue su toreo, que ha podido ser estudiado después, aplicándole fórmulas geométricas cuando todo lo que hacía se basaba en la inspiración, en el sentimiento.

No había pasado la época de la poesía cuando Juan llegó a los ruedos. La poesía era —dejemos para otra ocasión analizar qué es ahora— palabra, imágenes, ideas, sentimientos y emoción. El torero tenía su palabra en su capote, en su muleta y en su espada, y su medio de expresión en la manera de interpretar las suertes. Si despojásemos al toreo del arte, de la poesía, quedaría reducido a un episodio sangriento y brutal. Juan no menospreció nunca el aliento poético y procuró que el público, su público, percibiera este don en su constante quehacer artístico.

Hasta Juan Belmonte, el toreo había sido lucha defensiva del hombre con una fiera, a la que había que abatir a fuerza de habilidad y majeza. A partir de Juan, los valores estéticos y artísticos adquieren importancia y tienen más categoría que los conocimientos técnicos y los alardes de valor. Belmonte es un torero valiente, pero está por encima, muy por encima, de los valientes. No; no sabremos encasillar como torero a Belmonte, posiblemente porque su personalidad escapa a toda definición; posiblemente porque, como queda dicho, Belmonte fue mucho más que un torero incommensurable; porque fue el toreo mismo.

B. B. S.

50.000 PESETAS COBRABA EN BARCELONA BELMONTE POR CORRIDA

Cuando los otros matadores ganaban solo diez mil u once mil

APENAS me informé de la muerte de don Juan Belmonte, el "Pasmó de Triana", me pongo en comunicación con el popular empresario de la Plaza de toros de Barcelona, don Pedro Balañá.

Telefónicamente y con su amabilidad característica, accede al diálogo.

—¿Tuvo usted mucho contacto con don Juan Belmonte?

—No mucho, esa es la verdad. Nuestros contactos en la zona taurina tuvieron lugar en 1927 y en 1934, cuando volvió, de nuevo, a los ruedos.

—En Barcelona, ¿le rodaron bien las cosas?

—Hubo de todo: muchos éxitos y también desgracia. Por ejemplo, en 1927, toreando ganado de Vicente Rico, y alter-

nando con Curro Puya, recibió una tremenda cornada. Se la propinó el toro "Temido", retirándose, con esta corrida de los ruedos.

—Don Pedro, ¿cuánto le pagaba usted a Belmonte?

—Verds: cincuenta mil pesetas por corrida. Ten presente que esa cifra era muy crecida, entonces. Los buenos toreros se cotizaban, en su época, a diez mil, once mil o todo lo más, dieciocho mil pesetas. El que yo pagase a don Juan Belmonte cincuenta mil pesetas representa la importancia que él tenía para nuestra fiesta. En cuanto a la exclusiva que tenía con él don Eduardo Pagés, comprendía veinticinco mil pesetas corrida.

—¿Qué sentía usted por Belmonte?

—Enorme admiración y respeto hacia su persona. La noticia de su fallecimiento me ha conmovido profundamente. De quien yo era y soy muy amigo es de su hijo, Juanito Belmonte. Jamás tuvimos unas palabras de más en su época de matador. Tan amigos éramos que él se empeñaba en que le acompañase en su gira taurina por América.

Termina nuestro diálogo expresándome su profundo dolor por la pérdida de un hombre, que estando vivo, había entrado en las fronteras del país de la leyenda y de la mítica.

R. M.

DECIAN que él se encontraba a sus anchas recostado en el zócalo de mármol de los ventanales de Gayango, escuchando lo que le contaba su compinche «Riverito», su ahijado Miguel «el Potra» o la última lotera, joven y morena, salida al palenque de las calles sevillanas.

Luego dijeron que estaba como en la gloria —cuando ya Gayango era solo recuerdo de tiempos con alféceres provisionales que venían con permiso, y del «cabaret» Castilla-León en las puertas del Parque de María Luisa— en su tertulia de Los Corales, donde seguían junto a él «Riverito», Miguel y la lotera.

Pero yo, desde una tarde de primavera del año pasado, sé que eso no era cierto. Donde Juan Belmonte se encontraba a sus anchas y estaba como en la gloria era en los cerrados, en el gran salón, como el despacho de un prior, o en la plaza de tiente paredaña con el caserío de su «Gómez Cardaña». Aquello, desde el primer hincó plantado al borde de la cuneta según se viene de Sevilla y se va para Cádiz hasta el montecillo bajo que se incrustaba en los labrantíos, lo amaba más que nada, porque lo había comprado con sus pases naturales y sus medias verónicas, y también con aquella cornada de Murcia que no le impidió ir a torear mieras en la feria sevillana.

Nada se ama tanto como lo que cuesta noches de no dormir, sudores y sangre. Y no digo lágrimas, porque Juan Belmonte era un dios pagano de la estética, con rostro como para Fidias, que había cambiado el derecho al llanto por el deber de darse sin acabar de darse, de hablar para definir.

Juan, que fue insomne permanente en su estadía de «anarquista de San Jacinto», que había sudado lo suyo dentro del traje de luces desde aquella tarde valenciana con ochenta pesetas como honorarios por matar dos «galanes», y que había entregado toda la sangre precisa para conquistar el trono de máximo revolucionario de la tauromaquia, se sentía hombre pleno, andaluz con la gran aventura cumplida, cuando alguien le alababa la cal de su «Gómez Cardaña», el amarillo de las margaritas de su cerrado de los machos o la habilidad para arropar de su parada de bueyes.

Era un gran castellano, un señor de horca y cuchillo, en la dehesa que se gasta nombre de burgo de final del medievo y tierras fuertes para criar toros bravos de la sangre de Gamero-Cívico.

Ocho horas anduve entonces en torno a Juan Belmonte, señor de «Gómez Cardaña». Había tiente íntima. Su hijo Juanito, unos matrimonios de la aristocracia, Alvaro Domecq, su ahijado Miguel, un par de toreritos. En la tapia de la placita, los aficionados, aquellos grandes amigos de Juan, de los cuales «El Pasmó» se conocía su vida con pelos y señales. Y gozaba el castellano de «Gómez Cardaña» contándole a sus invitados cómo a aquel «maletilla», de morena barba cerrada, lo conocía Juan Belmonte y la república de torerillos de Andalucía la Baja con el apodo de «El Marqués».

—Es que el apellido de su madre es de esos que se escriben con un guión en medio. ¿saben ustedes?

Juan, sin dejar la leve pausa donde se pudiera incubar el comentario de alguno de los amigos presentes, abría su libretilla de tapas de hule negro y apuntaba que la erala número 84, «Cacerola» se llamaba, había sido buena en el caballo y con demasiado genio en la muleta. Cuatro garabatos en la hojilla cuadrículada y una voz del señor de la casa:

—«Rubio!» A ver si la coges pronto para curarla, que todavía tenemos que tentar cuatro más y la noche se echa ahora muy pronto encima.

Juan Belmonte daba toda la orden, pretendiendo que saliera de corrido de sus labios, pero deteniéndose por lo menos tres veces en los apeaderos de su tartamudez, que, como los trenes expresos, él pasaba de largo cuando a lo rotundo de la frase así convenía.

Ocho horas al lado de Belmonte, al que solo había visto torear en festivales. Me parecieron pocas. Como me hubieran pare-

BELMONTE, «GÓMEZ CARDEÑA»

cido poquitas otras tantas gastadas en conversar con José el de Gelves.

Para mí, el hijo de la señora Gabriela es algo así como el último gran profeta del antiguo testamento táurico, y el hijo del quincallero del mercado de Triana, una cosa muy igual al Bautista del nuevo toreo. Y con los profetas y los Bautistas siempre hay que estar a buenas.

Pero aquel Juan —inicial definidor de todo lo nuevo del toreo— que admiré como castellano de «Gómez Cardaña» se estaba cansando demasiado aprisa.

—Tengo aquí —la mano sobre el corazón se ponía— algo mucho más grave de lo que creen todos estos.

Y señalaba precisamente a los que, por razones de sangre o de amistad, más le idolatraban. El, aquella tarde de primavera por el aire y el verde de los pastizales y de invierno por el calendario, se encontraba a gusto hablando de toros y de amistad:

—En la plaza y con el toro dentro de ella siempre creí en las querencias —eso en lo que ahora se cree tan poco— y fui un incrédulo en aquello de los terrenos del hombre y los terrenos del toro. En el ruedo, el toro no tiene más terreno suyo que el que pisa con las cuatro pezuñas.

Le había encontrado gusto «Terremoto» Juan a salir a sentencia por frase. A la postre podía hacerlo, porque él era un señor de horca y cuchillo, que galopaba con toros andaluces hacia los olivares quietos vestido con un traje —bucólico— de luces, con el gusto de disponer la merienda de sus amigos los torerillos a la par que ordenaba la de sus invitados.

Porque Belmonte había encontrado placer —digo yo que serán cosas que nacen con la soledad y el mucho ver pasar la vida por todos los meridianos— en rematar, bien rematado como hacía con la media verónica para la tanda de lances, hasta los detalles mínimos y cotidianos.

Se hablaba de Ramón Pérez Ayala o de Sebastián Miranda, y el ama de llaves llegaba hasta la tertulia, situada de pie y en semicírculo al pie del retrato de Zuloaga, para decir con la mayor naturalidad del mundo:

—Señor, que hacen falta dos botellas de vino fino.

Juan paraba el diálogo, comenzaba a andar con aquellas piernas que parecían animadas más por resortes de acero que por músculos, tomaba un manojito de llaves y se iba hasta la despensa para que el vino no faltase a sus invitados.

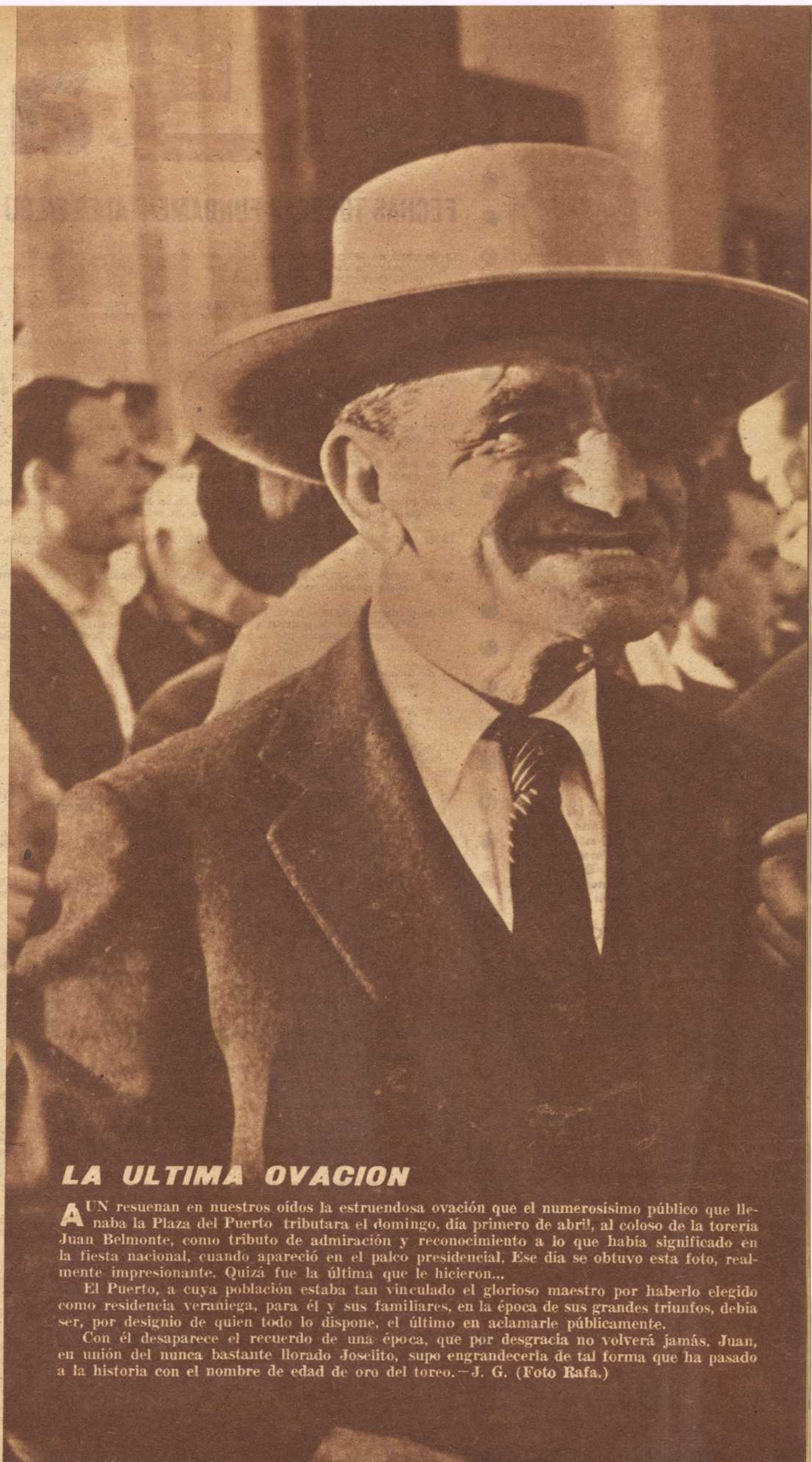
Cuando volvía, iniciaba otro relato, que ya habría tiempo de volver sobre el último artículo de Pérez Ayala o sobre el despiste más tierno de Miranda.

Fuera, los aficionados —la panza llena de vino blanco, chorizo y queso— se marcharon muy a cuentagotas. Se habían ido sin querer irse, porque todos sabían —ninguno mejor para esas sapiencias que «El Rubio» y «El Marqués»— que el castellano de «Gómez Cardaña», a la mañana siguiente, volvería a encerrar cinco o seis vacas, y que, al mediodía, Diego, el mayoral, tocaría a fagina con la sencillez que cualquier invitación tiene en los cortijos de Andalucía la Baja:

—Muchachos, esto es para ustedes.

En la puerta de la gafanía, sobre una mesa pingosa, una olla de patatas con carne y cinco cantos de pan esperaban sus huéspedes jóvenes. A aquella tropilla de nuevos «anarquistas de San Jacinto» que conocían a la perfección por qué Juan Belmonte —festejado por aristócratas, millonarios e intelectuales de todo el mundo— se portaba con esa hermosa fraternidad del «partirás tu pan con el que tiene hambre». No se les escapaba que aquel Juan Belmonte, «Pasma de Triana», antes de ser señor de «Gómez Cardaña», había pasado muchos años como uno cualquiera de ellos: con el hatillo de las muletas y los capotes astrosos, envueltos en el pañuelo de cuadradillos, al hombro, y con el hambre agazapada hasta en el último rincón de su anatomía.

GONZALO CARVAJAL



LA ÚLTIMA OVACION

A UN resuenan en nuestros oídos la estruendosa ovación que el numerosísimo público que llenaba la Plaza del Puerto tributara el domingo, día primero de abril, al coloso de la torería Juan Belmonte, como tributo de admiración y reconocimiento a lo que había significado en la fiesta nacional, cuando apareció en el palco presidencial. Ese día se obtuvo esta foto, realmente impresionante. Quizá fue la última que le hicieron...

El Puerto, a cuya población estaba tan vinculado el glorioso maestro por haberlo elegido como residencia veraniega, para él y sus familiares, en la época de sus grandes triunfos, debía ser, por designio de quien todo lo dispone, el último en aclamarle públicamente.

Con él desaparece el recuerdo de una época, que por desgracia no volverá jamás. Juan, en unión del nunca bastante llorado Joselito, supo engrandecerla de tal forma que ha pasado a la historia con el nombre de edad de oro del toreo.—J. G. (Foto Rafa.)



He aquí a Juan Belmonte en los años de su juventud torera. Es «Juanito Terremoto» cuando aún no sabe que está iniciando el Nuevo Testamento del Toreo que aceptará como dogma el suyo: «En la lidia, lo más importante es el acento que en ella pone el lidiador. Es decir, el estilo.»

Textos: DON ANTONIO

Caireles rumbosos, golpes de pasamanería de oro, traje de luces para la edad de oro



La

FECHAS TORERAS FUNDAMENTALES EN SU VIDA

- 14 de abril de 1892.—Nace Juan Belmonte García en la casa número 72 de la calle de la Feria de Sevilla. Hijo de José Belmonte y Peña y de su esposa, María de la Concepción García e Ibáñez.
- 17 de abril de 1892.—Es bautizado en la parroquia de Omnium Sanctorum, de Sevilla. Fueron sus padrinos Juan Belmonte Peña y Concepción Peña y Mancilla.
- 6 de mayo de 1909.—Actúa por vez primera vestido de luces —misérrimo y alquilado— en la Plaza portuguesa de Elvas.
- 24 de julio de 1910.—Interviene Juan Belmonte en una corrida mixta con dos becerros sin picar para él y cuatro de capea. Se celebró en Arahal y es la primera que celebra en España.
- 15 de agosto de 1910.—Debuta Belmonte en la Maestranza de Sevilla, alternando con «Bombita IV» y «Pilina».
- 26 de mayo de 1912.—Inicia Juan la serie de tres novilladas en la Plaza de Valencia, donde realmente comienza su carrera taurina triunfal.
- 21 de julio de 1912.—Debuta con picadores en la Maestranza, alternando con «Larita» y Francisco Posadas, y obteniendo un señalado triunfo.
- 12 de septiembre de 1912.—Mata seis novillos en San Sebastián, por cogida de Posadas, con el que actuaba mano a mano.
- 26 de marzo de 1913.—Se presenta en Madrid, alternando con Curro Posadas, y triunfa rotundamente.
- 16 de octubre de 1913.—Toma la alternativa en Madrid con toros de Bañuelos, con «Machaquitos» de padrino y Rafael «el Gallo» de testigo. La tarde transcurrió en constante bronca por lo pequeño del ganado y salieron al ruedo hasta once toros.
- 21 de diciembre de 1913.—Herido de consideración en Méjico por un toro de Tepeyahualco.
- 21 de abril de 1914.—Alterna con «Joselitos» en la apasionante corrida de Miura en la feria, a la que llegó resentido de la cogida de Murcia.
- 2 de mayo de 1914.—Alterna por primera vez en Madrid con «Gallito» y Rafael «el Gallo», y si «Joselitos» está admirable en el quinto, Juan está genial en el sexto.
- 25 de abril de 1915.—Faena memorable, cumbre, de Juan Belmonte en la corrida de Beneficencia, con un toro de Murube, en la Plaza de Madrid.
- 21 de junio de 1917.—Corrida memorable del Montepío, alternando con Rodolfo Gaona y «Gallito», en que hizo una histórica faena a un toro de Concha y Sierra.
- 20 de diciembre de 1917.—Debut de Juan Belmonte en la Plaza de Lima, en el Perú. Conoce a la que había de ser su esposa, con la que se casa por poderes. Pasa en América todo el año 1918.
- 2 de febrero de 1919.—Reaparece en España, torea 109 corridas y estoquea 234 toros.
- 15 de febrero de 1920.—Cogida grave en un muslo en Padrierno, la finca de don Argimiro Pérez Tabernero, al simular la suerte de matar con una vaquilla muy toreada.
- 17 de abril de 1920.—Reaparición en Sevilla en la feria. Toreó este año 68 corridas y estoqueó 140 toros.
- 5 de diciembre de 1920.—Inicia nueva temporada en la Plaza de Lima.
- 20 de febrero de 1921.—Mató, por única vez en su vida, una corrida de seis toros él solo. Los toros eran de la hacienda de El Olivar, en Méjico.
- 18 de abril de 1921.—Un toro de Santa Coloma le hiere en la boca, con una cornada de larga y enojosa curación.
- 12 de junio de 1921.—Reaparece después de esta cornada en Algeciras, lidiando ganado de Camero Cívico. Toreó este año 69 corridas. Al final marchó a Méjico; toreó varias corridas. No regresa a España en 1922, y en octubre de este año, tras unas actuaciones en Lima, decide retirarse.
- 9 de junio de 1924.—Actúa como rejoneador en Sevilla. Y decide volver a la profesión.
- 26 de agosto de 1924.—Toreando en Zumaya un festival organizado por Ignacio Zuolaaga, un becerro de Antonio Pérez Tabernero le da una gran cornada.
- 22 de octubre de 1924.—Temporada en la Plaza de Acho, en Lima.
- 31 de mayo de 1925.—Reaparición de Juan Belmonte en España en la Plaza de Alicante. Toreó 19 corridas esta temporada.
- 30 de octubre de 1927.—Cogida en Barcelona por un toro de Sánchez Rincón. Esta cogida le decide a retirarse de nuevo.
- 28 de octubre de 1934.—Gran triunfo de Belmonte en Madrid tras una ausencia del toreo de siete años.
- 22 de septiembre de 1935.—Última actuación triunfal de Juan Belmonte en Madrid.

Tauromaquía

de JUAN BELMONTE



Veinte años después. Cuando su figura, su persona, su toreo se han estilizado y hecho estatua. Plenitud espiritual en el ejercicio del arte

SIGUE

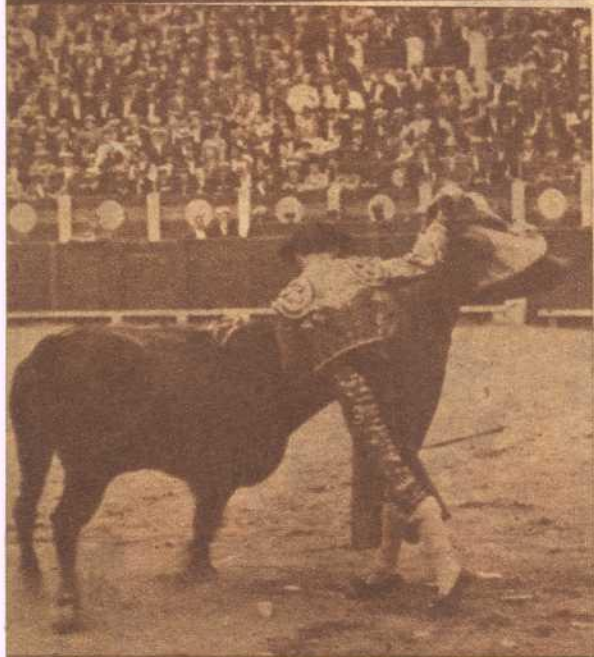


Torero antes del paseillo. Juan Belmonte espera, junto a «Palmita» que vengan los alguacilillos



ni
+
ni
—

Una foto siempre histórica y siempre añorada. Al contemplarla dictará Juan Belmonte a su biógrafo: «En aquel tiempo Joselito era un rival temible; su pujante juventud no había sentido aún la rémora de ningún fracaso; las circunstancias providenciales que le habían llevado gozoso, casi sin sentir y como jugando, al máximo triunfo, le hacían ser un niño grande, voluntarioso y mimado, que se jugaba la vida alegremente y tenía frente a los demás mortales una actitud naturalmente altiva, como la de un dios joven.»



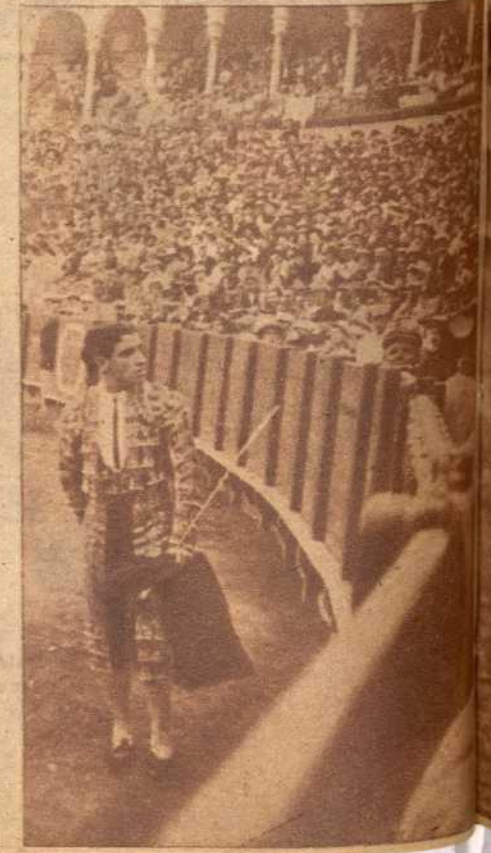
El último pastello de la vida torera de Juan Belmonte. Fue el día 29 de septiembre de 1935 en Sevilla y junto a él hicieron el paseo Cayetano Ordóñez «Niño de la Palma» y Manolo Bienvenida. El día 22 del mismo mes se había despedido de la afición de Madrid. — Evolución en el toro de capa de Juan Belmonte. Una verónica en que el compás al cargar la suerte es perfecto; la mano que torea va alta y el toro levanta la cabeza para seguir el engaño. — En la nueva verónica el compás sigue cargando con la misma majestuosidad, pero las manos van bajas. — Una actitud característica de Belmonte en la plaza



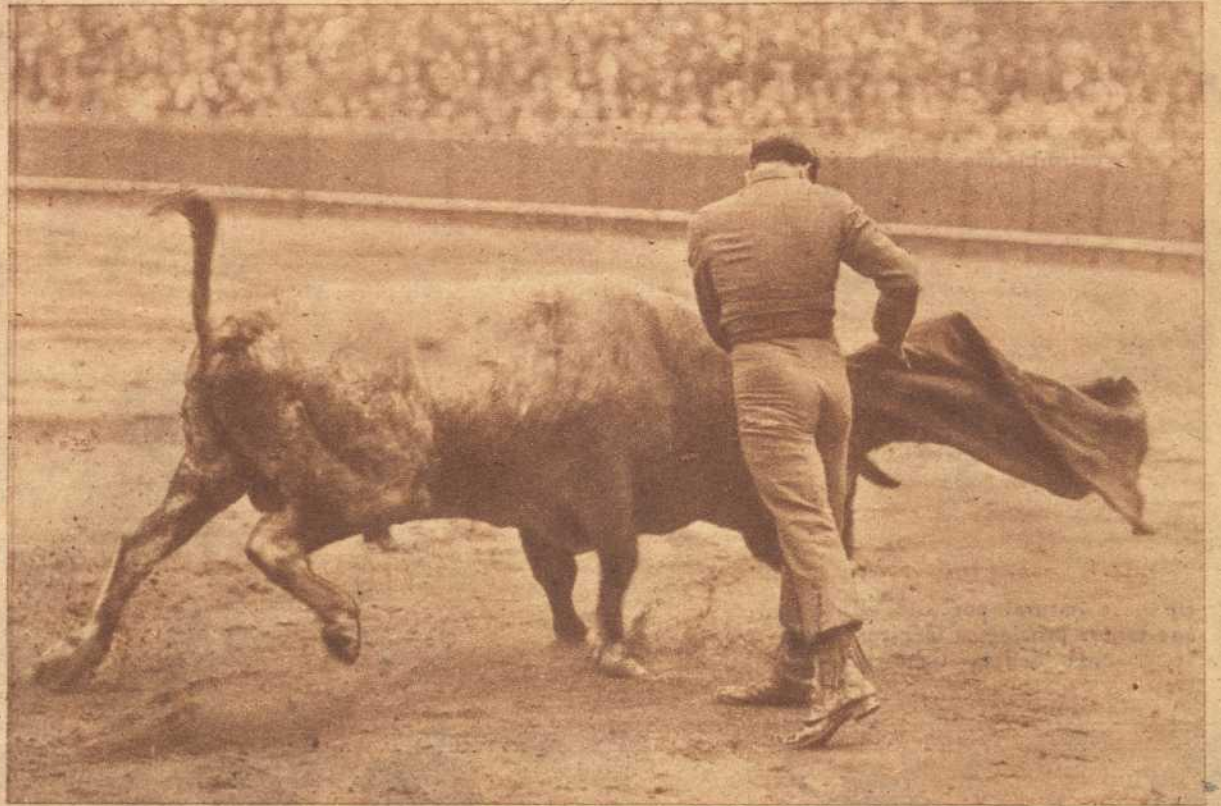
**LA TAUROMAQUIA
DE JUAN BELMONTE
(continuación)**

La media verónica del Belmonte juvenil y novillero. Con todo, el capote desplegado para el adorno ampuloso a toro despagado

El brindis. «Vaya por usía y por los distinguidos aficionados aquí presentes!» — Un poco de garbo para echar la montera por detrás

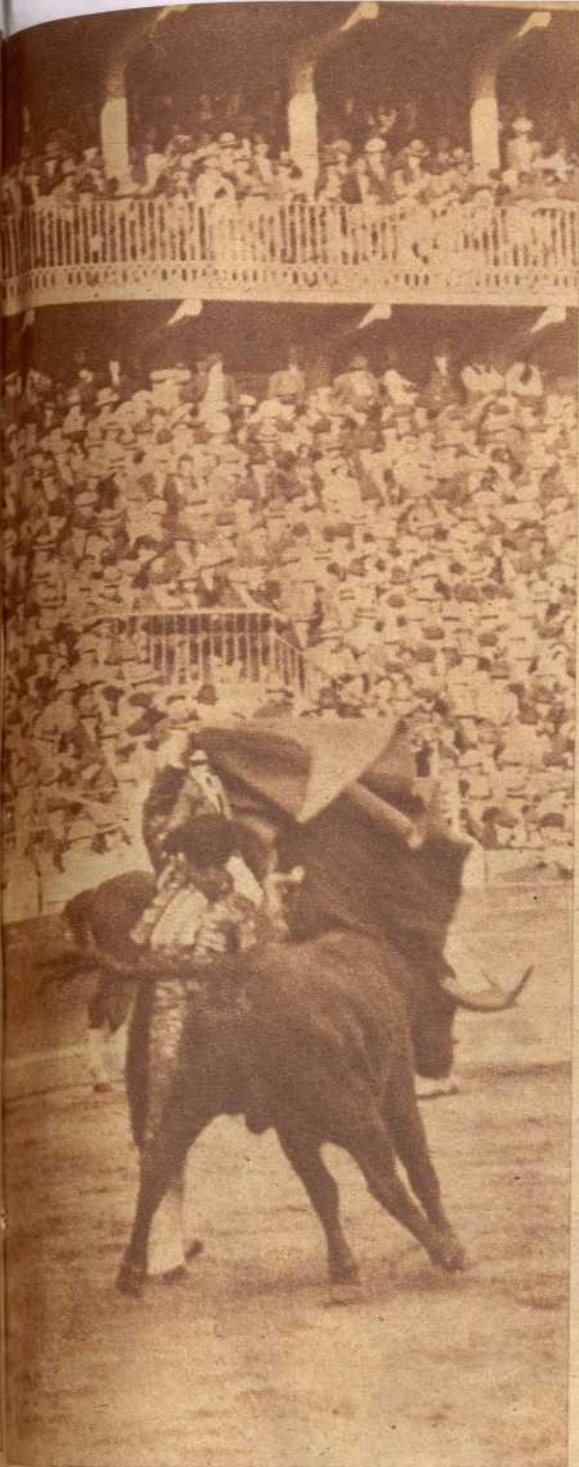
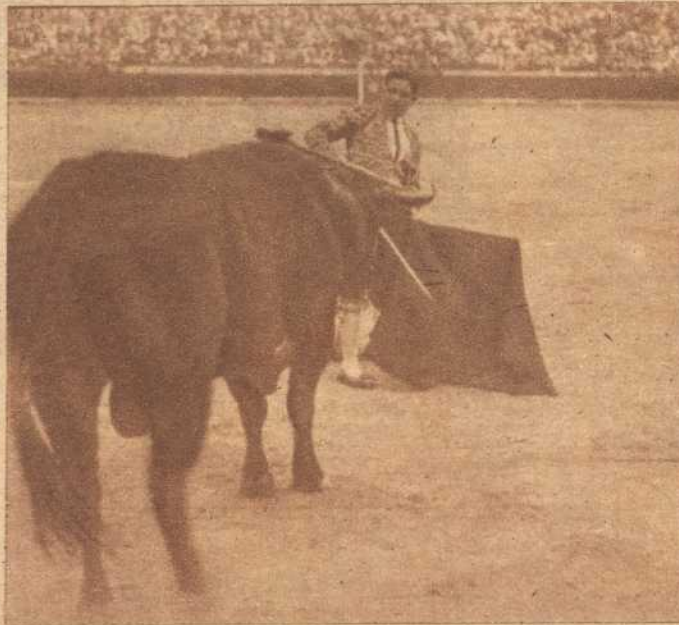


¡El prodigio! En otro lado damos la versión del ayudado por alto de Juan Belmonte. Aquí tenemos la más pura versión del ayudado por bajo. No puede haber nada más bello, más genial, más torero. Ni que reúna junto a la perfección técnica más exquisita la estética más depurada. ¿Qué importa que Juan esté sin traje de luces si la luz está en el pase y el toro — ¡el toro; el toro íntegro y de verdad! — está en el ruedo?



Citando para el pase natural...

Citaremos más cerca...



Un farol belmontino lleno de luz. Un lance propio de la dinastía. Eso no se ve hoy.

¡El natural de Juan Belmonte! Largo como un río, hondo como un mar... Chica la muleta, grande el corazón. No hubo quien lo mejorase



SIGUE



«No existen más que un toro y un torero—estimulando en planetaria masa— la lenta rotación de la faena».



Un pase natural por alto. Un pase que tantos problemas técnicos resuelve y tanta belleza tiene en Juan



El forzado de pecho. Despegadillo al principio porque el «galán» tiene mucho que torear y una carga de leña en la cabeza como para poner espanto en los ánimos más esforzados



Pero Juan mejora su terreno...

Y en la última estampa nos ofrece el forzado de pecho con una cercanía contemporánea y una longitud por la que pasará hasta el enhiesto rabo del toro que se acompaña al gran mulatazo. — Citando con la derecha. — Y nuevamente citando para provocar la pelea. Una pelea breve, justa, precisa, poderosa. — ¡El molinete! Una estampa típica, inconfundible, en que la emoción ganaba la batalla a la plástica. Pero las tertulias madrileñas se quedaban roncas contando y can-



Otro momento en que el garabato de oro se enrollaba el toro a la cintura y ponía nudos de emoción en las gargantas

LA TAUROMAQUIA DE JUAN BELMONTE (final)





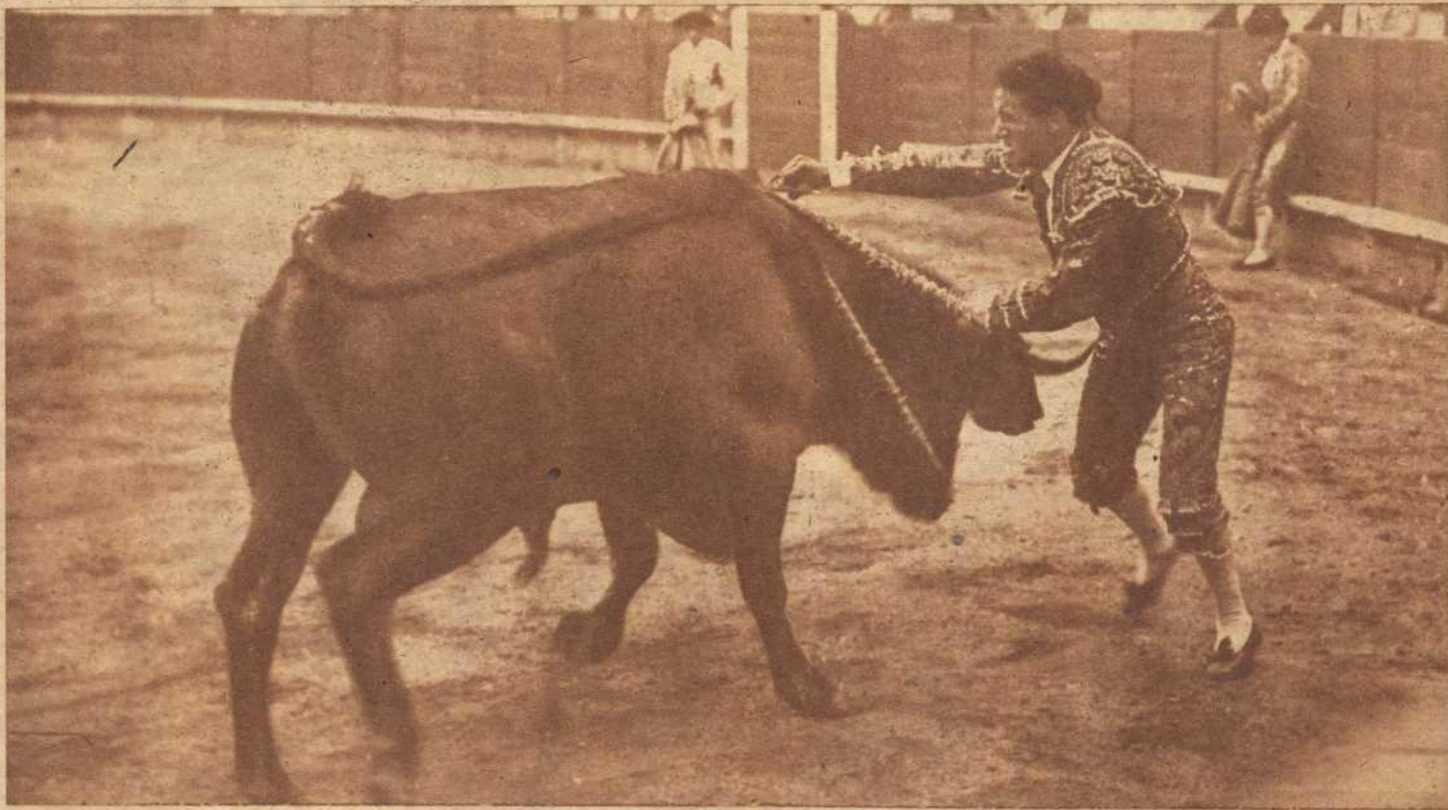
La fase final de la faena. Rodillazos, adornos, desplantes, tocaduras de pitón. Juan Belmonte hizo derramar lágrimas a don Eduardo Miura cuando éste se enteró de que el trianero había cogido el cuerno de sus toros por la mazorca. — Adorno para que aprendan los inventores de hoy. La muleta en el suelo, el torero de rodillas, el toro dominado, vencido por la muleta prodigiosa que lo tiene hipnotizado..., ¡aunque no ha abierto la boca!



Arrancando a matar. ¡Y no era su fuerte!



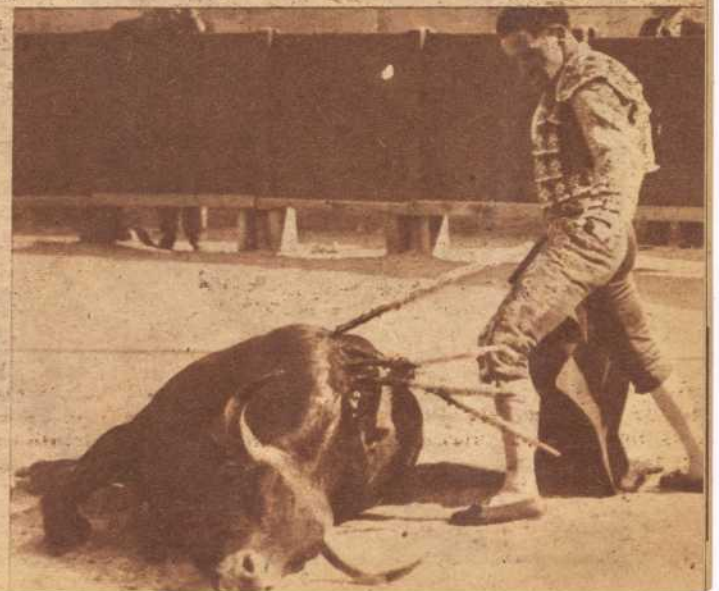
¡Derecho como una vela!



Llega Juan con la mano al pelo mientras salva con la muleta la terrible cornamenta

¿Estampa de plaza de toros, de circo romano, de fábula mitológica? En todo caso, modelo para un bronce perenne, inmortal. De Benlliure

tando los molinetes de Juan. En las astas del toro. En la misma cuna que, en este caso, era la cuna de un torero recién nacido pero que iba a dominar todo (Porque Juan, aun después de su definitiva retirada iba a seguir influyendo en la fiesta de los toros con el recuerdo de su ejemplar magisterio)



BELMONTE EN EL HOGAR

Juan se casó en América con doña Julia Cossío, una dama limeña. Contrajo matrimonio por poderes. Su vida hogareña no fue, sin embargo, obstáculo para que en los ruedos siguiera jugándose la piel. En la foto aparece Juan con su esposa y su hija mayor en su casa



JUA
AC
Occu
da
A p
L cas
com:
del ilu
pnda
a Mad
-Aq
-in-
-Esta e
algo, l
Aque
solos e
lamos
gráfica
bre qu
me im
a lo la
volví a
comun
el día
naje d
Abra a
adelant
llevado
-Yo
-Ser
ánimo.
-Sí,
mis bu
fue de
Al ll
fiado d
excusa
fia qu
Belmon
-Se
Márqu
cólogo.
me he
Pues d
dicen:
la razón
que no
Yo he
diciend
ca que
no hay
-Oig
taros?
-Col
pven-
empez
la mil
-A
niquen
-Yo
partida
-Jul
pmitar
-Yo
otra er
-¡E!
-En
-¡Y
-En
toreo y
al púb
-Us
paso n
-En
sobre
costabe
forzarí
-¡N
-Po
que to
una co
dríd y
Bueno.
tidario
porque
café. Y
fuerzo
que lle
todo s
nada d
todo n
-Su
muy c
-Po
el pun
jaba u
much
-¡L
-¡Y
-¡R
en el l
-Re
ré en
que ac
cuerc
Ason

JUAN, ESE HOMBRE QUE ACABA DE MORIR...

Ocurrente e irónico, se preciaba de darle la razón a todo el mundo

A primera vez que hablé con Juan Belmonte fue en la casa de Sebastián Miranda, allí donde habíamos de coincidir en tantas ocasiones, gracias a la amabilidad del ilustre escultor. Porque la casa de Sebastián Miranda era la casa de Belmonte casi siempre que venía a Madrid.

—Aquí se encuentra a gusto —nos decía don Sebastián— porque no me ocupo de él. Cuando viene, le digo: «Esta es tu casa. Haz lo que quieras. Cuando necesites algo, lo pides y en paz.»

Aquel día el escultor bajó a su estudio y nos dejó solos en un salón-biblioteca. Allí, mano a mano, charlamos más de una hora. El pobre Zareo obtuvo acta gráfica de aquella mi primera conversación con el hombre que acaba de morir. Juan Belmonte me impresionó; me impresionó lo que decía y cómo lo decía. Después, a lo largo de los años, fueron muchas veces las que volví a su lado. Siempre tuve la suerte de encontrarle comunicativo, ocurrente, irónico, gracioso. Pero quizá el día que le vi más contento fue cuando vino al homenaje de «El Gallo». Le descubrí en la terraza de El Abra al mediodía. Me senté a su lado. A modo de saludo adelantado, adivinando sin duda la intención que me había llevado a él:

—Yo creo que esto de Rafael ha caído bien.

—Será un éxito —corroboré, seguro de festejar su ánimo.

—Sí, porque la gente no le olvida. Yo, que me pasé mis buenos ratos con él en Sevilla, lo sé. Y es que Rafael despierta la simpatía popular.

Al llegar aquí se presentó Antonio Márquez, acompañado de unos amigos. Antonio saludó a Juan y le pidió excusas por sentarse aparte para hablar con la compañía que traía. Inmediatamente que se separó Márquez, Belmonte me confió:

—Seguro que esos señores que se han sentado con Márquez son hombres de negocio. Yo presumo de psicólogo. Y el caso es que tengo fama de inteligente. Si me he creado fama de inteligente. ¿Sabe usted cómo?... Pues dando la razón a todo el mundo. Y cuando se van, dicen: «¡Qué inteligente es este Belmonte! ¡Me ha dado la razón!» Porque ¿quién no cree en su fuero interno que no es inteligente y está en el secreto de la razón? Yo he dado la razón hasta a Hemingway. Por eso va diciendo tantas cosas buenas de mí. Bueno, a las únicas que no doy la razón es a las mujeres, porque a esas no hay manera de llevarlas la corriente.

—Oiga, Juan: ¿qué piensa ahora cuando va a los toros?

—Como uno tiene la idea de Fausto, de querer ser joven siempre, pienso que me haría ilusión volver a empezar; pero inmediatamente se me presentan en fila los mil toros que tendría que matar, y eso me aterra.

—A pesar de los años transcurridos, los aficionados siguen hablando de usted con verdadera pasión.

—Yo creo que la pasión es la época. Muchos que eran partidarios de tal o cual torero defienden ya la época.

—Juan, a usted mejor que a nadie se le puede preguntar esto: ¿qué es torear?

—Yo siempre distingo en el toreo una cosa técnica y otra emocional.

—¿En qué consiste la técnica?

—En parar, templar y mandar.

—¿Y lo emocional?

—En el sentimiento interior que se pone al realizar el toreo y que, generalmente, es lo que más se transmite al público.

—Usted pisó terrenos hasta entonces vedados. ¿Le supuso mucho esfuerzo hacer la revolución?

—En realidad, ahora que de vez en cuando reflexiono sobre aquello, vengo a caer en la cuenta que no me costaba ningún esfuerzo. Me salieron bien las cosas sin forzarlas; esto es, sin atropellar la razón.

—¿Nunca atropelló la razón?

—Pocas veces. Cuando esto ocurría me convenía de que todo salía peor. Ahora me ha hecho usted recordar una cosa graciosa. Estaba metido en el abono de Madrid y pasaban corridas y no me salían las cosas bien. Bueno, pues un día vino una comisión de amigos partidarios para decirme en serio que no podía seguir así, porque no estaban dispuestos a tolerar las «chufas» del café. Y les dije: «Creo que lleváis razón. Haré un esfuerzo.» Llegué a firmar el compromiso en un papel que llevaban. Hice el esfuerzo en la primera corrida y todo seguía igual. A la siguiente, sin acordarme para nada de aquel documento y sin atropellar la razón, salió todo mejor.

—Sus faenas eran indescriptibles, arrolladoras, pero muy cortas; apenas daba diez o doce pases. ¿Por qué?

—Por picardía por mi parte. Consistía en aprovechar el punto culminante de entusiasmo del público. Si dejaba uno que se enfriase el ambiente, después costaba mucho más trabajo volver a calentar los tendidos.

—¿Le emocionaban los aplausos del público?

—Ya lo creo! Soy muy emocional.

—¿Recuerda una de las tardes que más se emocionó en el ruedo?

—Recuerdo perfectamente la primera corrida que toreade en Madrid después de la desgracia de José. Notaba que aquellos aplausos no eran para mí solo. ¡Era el recuerdo!

—Asombrosa lección. Yo creo que en estas declaraciones



Juan Belmonte, con nuestro compañero Santiago Córdoba

nes de Juan Belmonte se condensa la base y el fundamento de su toreo. Hoy, al desempolvar aquella conversación de la Gran Vía, adquieren sus palabras valor testamentario.

A los pocos días de esta entrevista encontré a Juan en la plaza de Canalejas. Iba solo. Su paso por la calle despertaba la misma curiosidad y admiración que cuando era el «pasmado» de Triana. «¡Ese es Belmonte!», exclamaba la gente, y todo el mundo volvía la cabeza para seguirle con la mirada. Nos saludamos.

—¿Qué hay, Juan?... ¿De paseo?

—Ahora que ya es uno viejo, ¿a que no sabe usted qué es lo que más me distrae? Pues se lo voy a decir: ver chicas guapas por la calle. Y para esta labor me gusta ir solo.

—Entonces le dejo.

—No, hoy ya me he cansado de andar. Me voy a casa de Sebastián.

—¿Tiene usted medio de locomoción?

—Pararé un taxi.

—Yo le llevo, si quiere.

—Pu..., pu..., pu..., pues me hace usted un favor.

—Encantado.

Subimos al coche. Al arrancar me recomendó:

—Si no le importa, vamos despacito.

—No tenga usted cuidado, que soy de los conductores que no le echan amor propio al volante.

—No, no se lo decía por eso. Es que despacito podemos seguir contemplando a las mujeres.

El viaje, lento pero seguro, fue feliz; feliz por las graciosas ocurrencias con que me fue obsequiando por el camino hasta la avenida de la Moncloa. Recuerdo que una de las cosas que me contó fue la siguiente, no se me olvida: «Domingo Ortega es estupendo. El otro día tomé un taxi y, al pagar la carrera, el taxista le reconoció y le dijo: "Ha sido para mí un honor haberle tenido por cliente, señor Ortega." Bueno, pues no sabe usted la literatura que le echaba después a aquello el gran Domingo, porque este hombre le encuentra filosofía a todo.»

La última vez que hablé con Juan Belmonte fue en el entierro de Gregorio Corrochano, en el cementerio. Cuando dábamos el pésame a los hijos del maestro de la crónica taurina, Juan Belmonte venía a mi espalda.

De pronto noté un golpecito en el hombro. Nos saludamos. Me tomó del brazo para llevarme aparte del grupo que había acompañado los restos del amigo.

—Oiga usted, Córdoba, eso de las corridas del Líbano ha sido un éxito, ¿verdad? Cuénteme, cuénteme... Y se lo conté. Al enterarse que a los libaneses no les había gustado ver cómo zarandeaban los toros a los caballos arguyó:

—Sí, en el Oriente es donde de verdad el hombre es el mejor amigo del caballo. Por eso yo creo que el éxito sería montar corridas a base de rejoneadores, y si son rejoneadoras, mejor, ahora que hay tantas. Este criterio lo vengo sosteniendo desde hace mucho tiempo, pero no solo con vistas al extranjero, sino para España. Y si se hace con toros en puntas, formidable.

Juan Belmonte seguía viviendo en torero. Y ha muerto en su cortijo, entre sus toros. No podía ser de otra manera...

Doloroso silencio de Pérez de Ayala

JUAN Belmonte y los intelectuales. La negra noticia de su muerte reactualiza nombres y hombres que se funden con la vida del genial torero trianero. Porque Juan Belmonte ha sido el torero que inspiró a las plumas más ilustres y sabias de la mitad del siglo que vivimos. Juan Belmonte fue amigo de los hombres más importantes del campo del arte: escritores, artistas, músicos, periodistas... Juan Belmonte ha sido como torero y como criatura humana un sujeto literario fenomenal. Hoy, al evocar la figura excepcional de este famoso español, surge al primer plano de la actualidad belmontina el nombre de un escritor eminente, cuya existencia va íntimamente asociada a la historia del mejor de los toreros: Ramón Pérez de Ayala. Por tanto, era obligado llamar al teléfono 259 53 31.

Cuando esperábamos oír la voz del autor de «Tigre Juan», una voz femenina nos dice:

—Soy la esposa de Pérez de Ayala.

—Perdone, señora, pero nosotros desearíamos hablar

SIGUE



Tertulia en el estudio de Sebastián Miranda. Con Belmonte y «El Gallo», Camba, Corrochano y Díaz-Cañabate

JUAN, ESE HOMBRE QUE ACABA DE MORIR... (Viene de la pág. anterior)

con don Ramón. La muerte de Juan Belmonte nos obliga a molestarle. Solo queremos recoger unas palabras de su gran amigo.

—Ya le han llamado algunos periodistas y no ha podido ponerse al aparato porque está impresionadísimo. Pero espere un momento.

—Escuche, por favor. Ramón no puede hablar. Está apenadísimo. Me ruega que le disculpen. Cuando pasen unos días, con mucho gusto les recibirá. Es que, ¿saben? —nos comunica en tono confidencial—, anoche nos enteramos de lo del pobre Juan y se lo ocultamos a mi esposo. Pero esta mañana ya no hemos tenido más remedio que decirse, y ha sido un golpe muy duro para él. Aún no se ha repuesto de la tremenda impresión que le ha producido. Así que perdónenle, que de verdad no puede hablar.

—Muchas gracias, señora...

Don Ramón Pérez de Ayala no ha podido decirnos hoy nada de Juan Belmonte. La fatal noticia le ha dejado sin habla. El silencio a veces es más elocuente

tan ligada a la del verdadero revolucionario del toreo. —¿Cómo se ha enterado de la muerte de Juan, don Sebastián?

—Por la madre de Juanito. El domingo por la noche —explica— regresó de Sevilla Juanito y me dijo que en una faena de acoso le había cogido una vaquilla y le había dado un fuerte golpe. Al poco tiempo de llegar de Sevilla su hijo le avisaron de Sevilla para que volviese. Y unas horas después me llamaron para darme la fatal noticia.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Juan?

—Hace pocos días, cuando vino a la agonía de Julio Camba. Almorzó conmigo varias veces. Estuvo tres días en Madrid. Le acompañé a Barajas para despedirle. La última frase suya fue esta: «Bueno, Sebastián, pues ahora te toca a ti, que ya estás camino de las "tablas". ¡Lo que es la vida!

—¿Y recuerda usted la primera vez que vio a Juan Belmonte?

—En el café de Fornos, la víspera de su debut en la

mi, la amistad constante y creciente, llena de generosidad y bondad.

Lágrimas de Pastora Imperio

PASTORA Imperio, un nombre triunfador en la época triunfal del torero Juan Belmonte. A Pastora se le escapan unas lágrimas al hablar de Juan Belmonte.

—¡Cuántos recuerdos se agolpan en mi cabeza en estos momentos! —exclama esta mujer, que también fue la primera en lo suyo.

—Recuerde a Juan Belmonte en esta hora triste, Pastora.

—Recuerdo que cuando vino a Madrid a tomar la alternativa, nos hicimos una fotografía en mi camerino del teatro Romea Juan, Curro Posada y yo.

—Usted tuvo con él buena amistad, ¿no es cierto?

—Sí. Muy buena amistad. Le admiraba como hombre y como artista, que era incommensurable. Estoy triste, muy triste. Cuando me he enterado de su muerte he recordado toda una vida.

—¿Le vio usted torear mucho?

—Poco. Pero no necesitó verle más que una vez para saber que era un torero de lo más grande que ha existido.

—Eran muy amigos Rafael y él, ¿verdad?

—Como hermanos. Juan admiraba a Rafael y Rafael no sabía dónde poner a Juan. Después de retirados, les gustaba mucho reunirse para hablar de cosas suyas. ¡Cuánto disfrutaban en aquellos coloquios!

Aparece «Gitanillo de Triana», yerno de Pastora. «Gitanillo» alcanzó los tiempos de Juan, y hasta toreó con él. «Gitanillo» también está triste por la muerte del genial maestro. «Gitanillo» no dice más que esto:

—Con Juan ha muerto el toreo...

La perfección de Belmonte y el recuerdo de Vicente Pastor

VICENTE Pastor, el torero de Embajadores, es uno de los pocos espadas supervivientes de la época de oro del toreo. Vicente Pastor ya sabía de las amarguras y de las alegrías de la profesión cuando irrumpió en los ruedos el coloso de Triana.

—Estoy muy impresionado. Anoche me acosté, como tengo por costumbre, a las diez de la noche, y en la cama oí el «parte» de Radio Nacional. Cuando dijeron: «Juan Belmonte ha muerto», me quedé como el niño que se asusta. Me costó mucho trabajo conciliar el sueño, porque pensando en él y en toda aquella vida de nuestra juventud era difícil dormir.

—¿Qué pensaba, don Vicente?

—Que se ha muerto muy pronto, a pesar de sus setenta años. Merecía disfrutar mucho más la gloria que había ganado en las plazas. Era un buen amigo y fue un gran compañero. Yo siempre me llevé muy bien con él fuera y dentro de los ruedos.

—¿Le recuerda como torero?

—Cuando toreaba me asustaba, sobre todo en sus principios, porque le cogían los toros muy frecuentemente. Yo siempre estaba al cuidado.

—¿Recuerda usted la primera vez que se vieron en el patio de cuadrillas?

—Fue en Méjico, el año 13. Belmonte, Gaona y yo componíamos la temporada mejicana de aquel año. Después, en España, toreamos casi todas las ferias juntos, hasta el año 18, que yo me retiré.

—¿Cómo juzga usted al torero Belmonte?

—Como todo el mundo, porque creo que en esto sí que no hay disparidades: como un revolucionario del toreo. Por eso se dijo: «Hasta Belmonte y desde Belmonte.» El y Joselito formaron la pareja más grande del toreo, cada uno en su estilo.

—¿Usted era joselista o belmontista?

—Yo era de José. José era un torero más largo. Juan, más perfecto.

—Y en la Plaza, vestido de luces, ¿cómo era Juan?

—Siempre estaba contento. En el ruedo nos limitábamos a hablar de las condiciones del toro que acababa de morir. Pero en su conversación era como un chiquillo.

—¿Cuándo tuvo usted la primera noticia de Juan Belmonte torero?

—Hombre, pues por «Bombita». Recuerdo que venía aquí, al Circulo, y nos decía: «Hay un muchacho que, como no le pase nada, tiene unas condiciones de torero tan grandes que va a ser gente en el toreo.» Y nos hablaba del temple que le echaba, porque le había visto en un tentadero de Miura. Claro, esto era mucho antes de que viniera a Madrid de novillero. Y ya ve, no le conocí hasta que no le vi a mi lado vestido de luces en Méjico, cuando toreamos con Gaona, ya de matador de toros, porque aquella tarde nos llevaron a la Plaza en el mismo coche. Era la primera vez que veía a Belmonte. Juan iba cantando unas bulerías, y yo decía para mí al verle tan alegre: «A medida que este vaya toreando corridas, ya se le irán quitando las ganas de cantar en estos momentos.»

—¿Le veía con alguna frecuencia después de retirados ya ustedes?

—No con mucha frecuencia, pero sí coincidimos bastantes veces.

—¿De qué hablaban entonces?

—De toros, apenas. El siempre me decía: «¿Cómo te conservas, Vicente!» «¿Cuántos años tienes?», y yo siempre le contestaba: «Trece más que tú, Juan.» En fin, que estoy pasando un día muy amargo. ¡Qué pena! Sí, se ha muerto antes de tiempo.

Vicente Pastor tiene hoy la voz más apagada que de costumbre...



Belmonte, con Vicente Pastor, llegan a Madrid tras una brillante temporada en Méjico

que las palabras. Y en esta mañana del lunes, cuando la noticia de la muerte de Juan Belmonte es comentario popular, don Ramón, en la paz de su casa, guarda silencio por el amigo perdido...

La última estancia de Juan Belmonte en Madrid, evocada por Sebastián Miranda

EL ilustre escultor, el gran amigo de Juan Belmonte, está conternado. La trágica noticia de la muerte de Juan ha aplanado a este hombre, cuya vida está

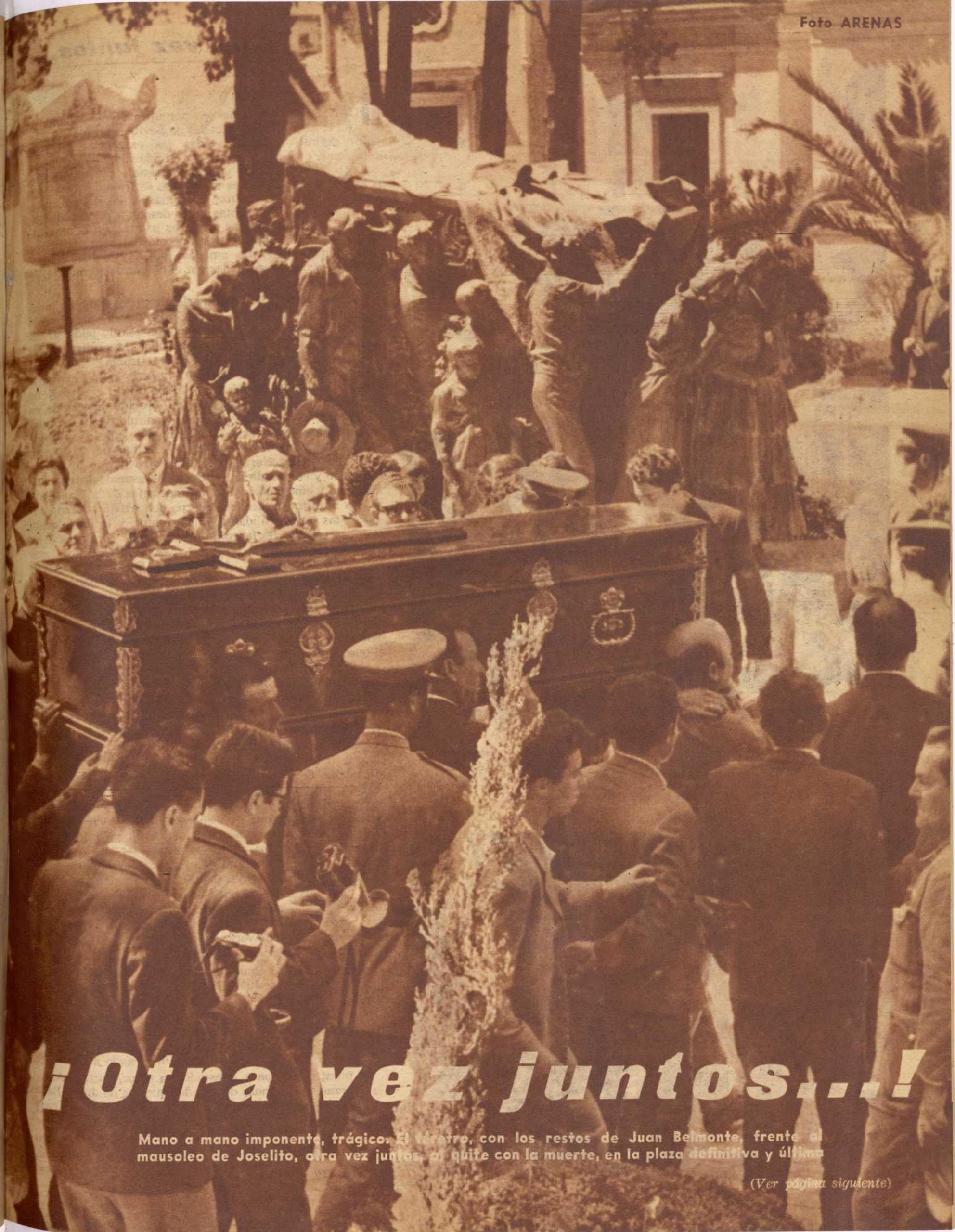
Plaza de Madrid. Llegó al café y se sentó a mi lado. Desde aquel momento nos hicimos amigos. Con nosotros estaban los contertulios de costumbre: Ramón Pérez de Ayala, Julián Casfiedo, Romero de Torres... Lo traje a nuestra reunión un muchacho que era medio apoderado suyo, un tal Angel Brandy. Fue el año 13.

—¿Cuántas estatuas le hizo usted, maestro?

—Tres. Pero no me salieron muy bien; únicamente la última, la del grupo con Villabragima y Domingo Ortega, parece que no quedó mal.

—¿Qué admiraba usted más en Juan Belmonte?

—Pues, hombre, si uno piensa en el valor humano, en su corazón gigantesco... Lo más extraordinario, para



¡Otra vez juntos...!

Mano a mano imponente, trágico, el terrero, con los restos de Juan Belmonte, frente al mausoleo de Joselito, otra vez juntos, al quite con la muerte, en la plaza definitiva y última

(Ver página siguiente)



Al fondo, viuda del mayor de sus hijos, la Plaza de la Maestranza, desierta. Los restos mortales de Juan Belmonte hicieron rugir los goznes de la Puerta del Príncipe. Un emocionado alto ante las rejas. El pueblo rodea con devoción el cuerpo del artista, adorado como en las tardes cálidas de sus triunfos. En la foto inferior, su mujer e hijas y familiares íntimos lloran y rezan (Fotos Arenas)



JUAN Belmonte ha pasado por última vez, a hombros de la afición, por las calles de Sevilla, camino del descanso definitivo. Contra todas las exigencias del rito, rompiendo con las normas de la circulación, Juan, muerto, ha pasado revista, en postrer homenaje multitudinario, a los lugares entrañables en los que se fraguó y creció su gloria: la Real Maestranza, las aguas sabias del río, Triana, la Macarena... ¡Cuántas veces desde un remoto día del año 1913, en que oyó las primeras palmas, en el amarillo albero, el júbilo popular y la devoción al héroe bordaron de emoción estas rutas amadas, que hoy le han gritado con el corazón, estremecidas por el horror de su muerte, en último adiós!

Pocos hombres extraordinarios llevaron como Belmonte, con sencillez absoluta, una gloria de la que el tenía conciencia plena y exacta. Huraño, en cuanto pudo, al halago público, opuso siempre el valladar de su displicencia —elaborado con material de cáustica ironía— a la pirotecnia de los aplausos. Pero el entusiasmo, el fervor, le rodeó siempre; le siguió como la sombra al cuerpo, y no ha querido faltar, ennoblecido en oración, encendido en lamento, a este último y extraño capítulo de la hermosa aventura de su existencia. Estaba previsto que a la salida de la iglesia del Sagrario —por entre el azahar tierno y fresco del Patio de los Naranjos— el féretro pasase al furgón funerario y emprendiese la marcha al cementerio, con solo un breve y emocionado alto ante las rejas de la Maestranza. La multitud reclamó el cuerpo del artista adorado como en las tardes cálidas de sus triunfos, y lo llevó, como preciosa carga, a lo largo de un itinerario de varios kilómetros, que la propia multitud trazó, con instinto —con los planes del corazón— bien certero. Este instinto fue el que irguió el negro féretro, con crucifijo de plata, en el Altozano, levantándolo al cielo, como una ofrenda, el que hizo rugir los goznes herrumbrosos de la Puerta del Príncipe —al fondo, viuda del mayor de sus hijos, la Plaza, desierta—; el que hizo la tristeza de esta Sevilla atónita; el que obró ese mano a mano imponente, trágico, de colocar el féretro frente al mausoleo de Joselito —Juan y José otra vez juntos, al quite con la muerte, en la Plaza definitiva y última.

Pocos hombres grandes han sido enterrados con menos carácter oficial y público. Su entierro ha sido popular, que es bien distinto. Popular en la presencia y en la esencia, en el gesto y en el corazón, desde el telegrama del aficionado de Alicante, que firma, como si jalease una corrida, «un admirador», hasta la profusión de flores y coronas. El duque y el peón, el torero y el aficionado, mujeres y hombres, formaron en esta manifestación de despedida al ídolo, que nadie había siquiera convocado y que ha tenido, para todos —por espontáneo fenómeno de conciencia—, el carácter fatal de que algo más que un hombre y que un torero se nos iba. Se iba para siempre —acababa de enterrarse— la edad de oro de la Fiesta, la plenitud ya perdida, que Belmonte encarnó, con José y con Rafael, que también dieron su último paseo a hombros de la afición, en primavera, cuando sangran —formidable símbolo— los geranios y los claveles.

Este empuje, como una furia, que ha tenido el multitudinario entierro de Juan, acertó a expresarlo, allí en el campo santo, resignado, Juanito Belmonte: «Hay que conciliar la seriedad y la puntualidad que estas ceremonias requieren con los deseos del pueblo.» Otro aficionado dijo más: «Juan vivió arrollando las reglas. Arrolló las del toreo. Y así, contra toda regla, ha llegado aquí.»

A nuestro lado pasa, cojeando, ya torpe, lloroso, Amalio Cabezas, el fiel mozo de espadas que fue de Juan. Reza en silencio, mientras suenan las paletadas sobre la caja mortuoria.

A él nos unimos para pedir a Dios para Juan, para su gloria limpia y redonda, la acogida eterna.

¡¡ANTONIO MEDINA!!

Esto dicen los cronistas de Madrid:

«ANTONIO MEDINA: Buena faena en el sexto, y repite el domingo.

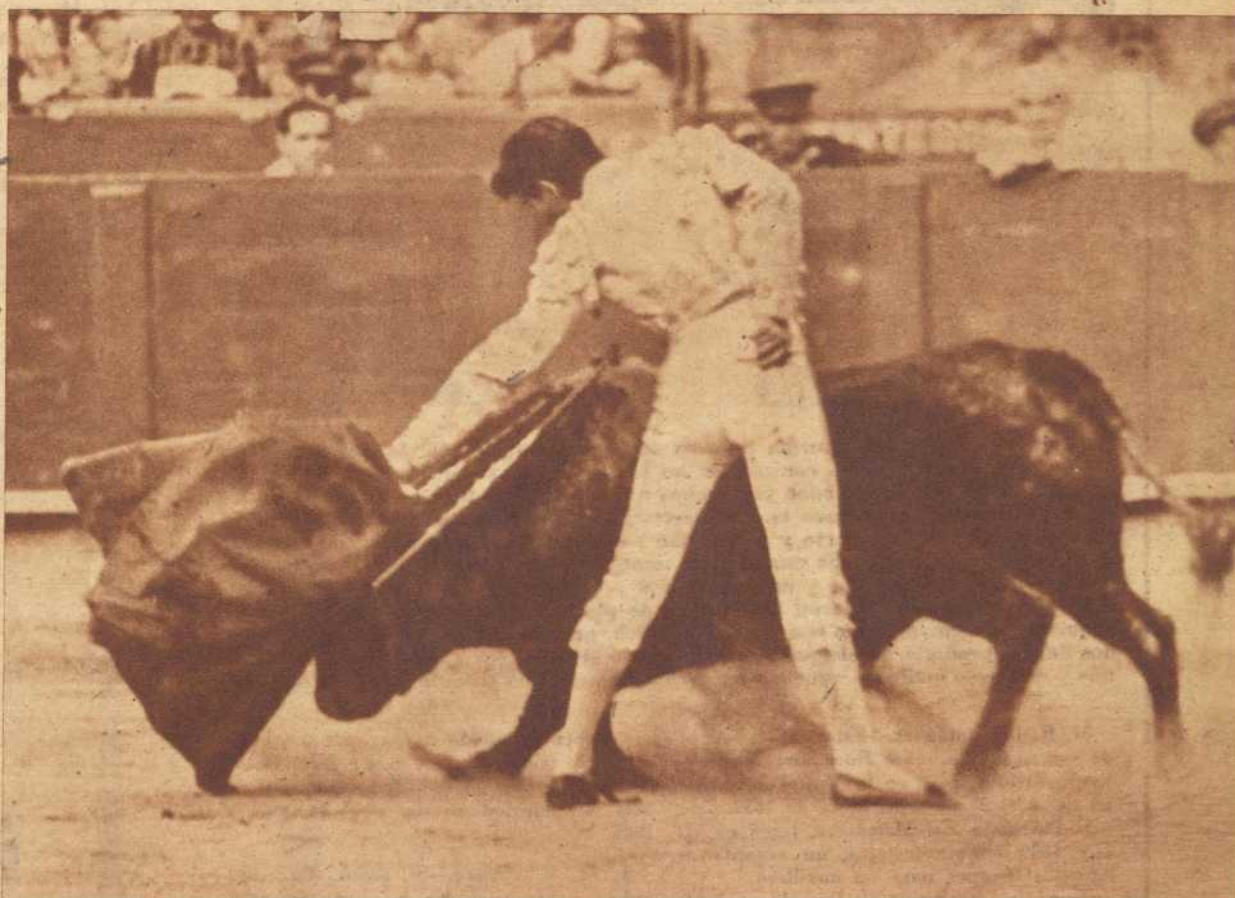
»El trasteo entró fuerte en el público cuando Medina, con cite de largo, provocó la embestida para torear al natural. Tres tandas del muletazo fundamental del último tercio daban la vuelta al festejo.» (Carvajal, en «Pueblo».)

«Un final brillante para el fino muletero que es Antonio Medina, que, según me dijeron, fue del Sanatorio de Toreros a la Plaza... Metido en el terreno del toro, cargando la suerte en los pases, clavando los pies y dejándose rozar la pierna por los pitones para templar y mandar, los remates con el de pecho, hicieron estallar el entusiasmo, y toda la faena tuvo mando y majeza, pues fue muy torera. Faena que confirmó la fama de Medina.» (Pepe Almar, en «Informaciones».)

«Y cuando toro y torero polarizaban la atención general, Medina modeló una larga serie de derechazos — qué mal suena este aumentativo ante la dulzura de su muñeca torera —, prologó de nuevo naturales tan naturales y tan armoniosos, divididos en tres tandas, que fueron rubricadas siempre por el pase de pecho... Y terminó el festejo con vuelta triunfal y entusiasta al ruedo para Antonio Medina, novillero favorito entre la afición madrileña.» (Alardi, en «El Alcázar».)

«El lapidario, el que convirtió el diamante en una joya, fue el malagueño Antonio Medina... "Pintalosa" mantuvo su poder. Y por ello es mayor el mérito del torero. Que si forjó una obra de arte necesitó poner en juego un corazón valeroso. Y así lo bonito y lo emotivo caldearon la tarde... Medina borda el toreo. Y "Pintalosa" va y viene, viene y va tras los vuelos de la franela. La Plaza es un torrente de aclamaciones.» (Rafael de Vega, en «Madrid».)

«No vale exagerar, pero digamos que Medina apuntó buen estilo, lo cual apuntar es... Hay reposo en su labor y regusto en los paladares.» («K-Hito», en «Dígame».)



«La faena que realizó Medina estuvo esmaltada de valor, saber y emoción, ya que el enemigo que tenía delante no era de "pasa, torito", sino un señor toro. El diestro, tras unas dobladas eficaces, cuajó a continuación unas series de redondos con la diestra y otras de naturales con la zurda, modelos de aguante y gallardía torera.» (Guillermo, en «Marca».)

«"Reunión de toro y torero." Se dejó torear a gusto por Antonio Medina, por serenísimos redondos, repetidas tandas y por impecables naturales, empalmadas series, entre los vitores de la gente ante la feliz conjunción del bravo toro y el sobresaliente torero.» (Curro Castañares, en «Ya».)

te torero.» (Curro Castañares, en «Ya».)

«Al final, Antonio Medina se dio cuenta que su enemigo, a pesar de la puya de cruceta, era de los de pases, y se hartó de "pasarle" con la derecha y con la izquierda.» (B. B. Remacha, en «Fiesta Española».)

«Antonio Medina se hartó de darle pases, tan pronto con la derecha como con la izquierda.» (Antonio Díaz-Cañabate, en «ABC».)

«Aires de Ronda tiene su muleta.» (Curro Fetén, en La Voz de Madrid.)

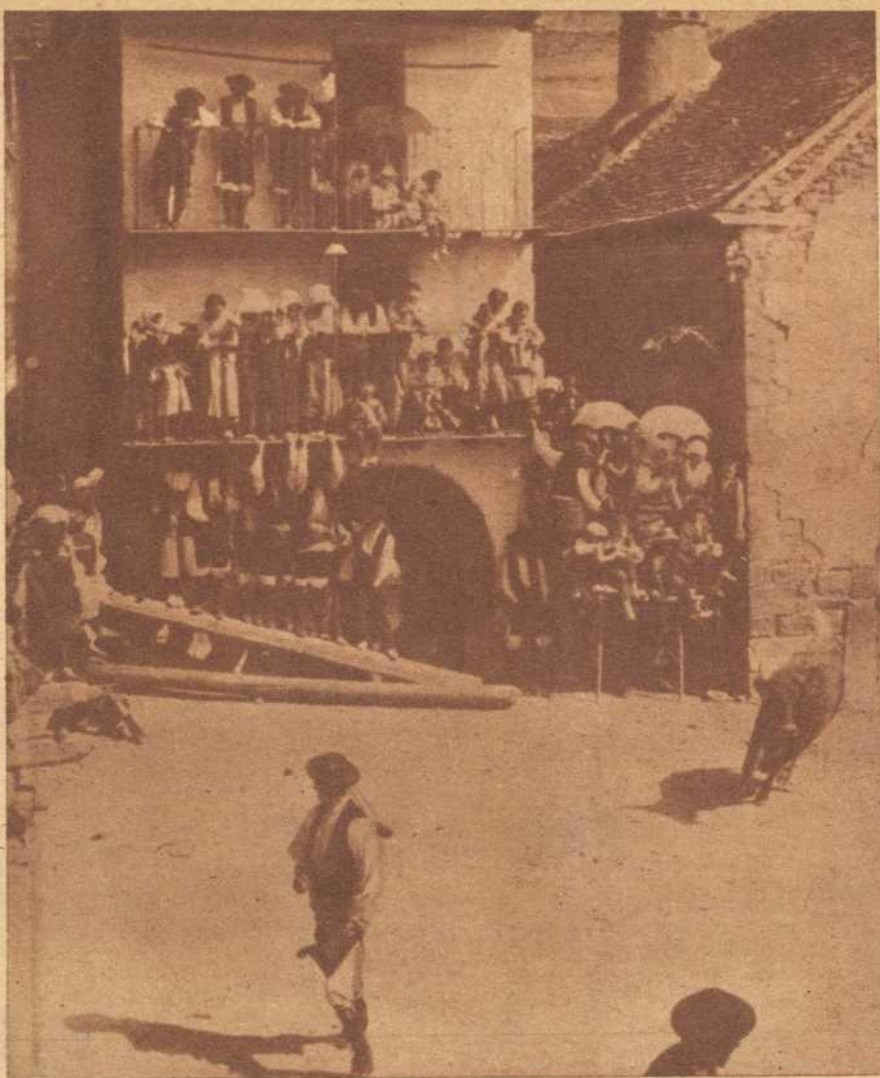
ESTO DICE LA CATEDRA DE MADRID: «DOS VUELTAS AL RUEDO»

Y ESTO DON LIVINIO STUYCK: «¡¡CONTRATADO PARA EL PROXIMO DOMINGO!!»

¡¡ANTONIO MEDINA, pese a quien pese, sigue adelante!!

Consultorio Taurino

APUNTES BIOGRAFICOS DE «EL MANCHAO», MATA-DOR DE TOROS (TOREO SESENTA NOVILLADAS EN 1886. MURIO POBRE Y LOCO).—JOSE AMUEDO TOMO LA ALTERNATIVA.—UNA ANECDOTA DE «MINUTO» Y SU PROFESOR. — JUANITO BALANA REJONEO EN ABARAN (MURCIA) EN LA FERIA DE 1950. — FELIX ROBERT, TORERO FRANCÉS, TUVO QUE QUITARSE EL BIGOTE PARA CONFIRMAR LA ALTERNATIVA



He aquí una fotografía taurina poco menos que insospechada. La pregunta de un lector hecha a nuestro consultorio ha hecho que la recordáramos. Es en la Plaza principal de Ansó, hace ya muchos años..., de cuando las sombrillas eran de uso corriente, de cuando la luz eléctrica era una novedad, cuando los ansotanos vestían calzón corto y se cubrían con aquel sombrero duro con adorno de buena boria de seda, de cuando los hombres corrían delante de la fiera sin perder el porte de buenos y enteros mozos y cuando las ansotanas vestían sus fabulosos trajes que hicieron las delicias de pintores tan finos de percepción y exquisitos de gusto, como Sorolla y Viladrich, que los dos estuvieron enamorados de ese prodigio de elegancia que han sido siempre los trajes de las ansotanas y del recio estilo de aquellos baturros. He aquí una singularísima fotografía

M. R. D. Santander.—Estamos de acuerdo con su amigo, señor Rocamora. El diestro madrileño, pues en la capital de España nació el 21 de septiembre de 1857, Tomás Parrondo «el Manchao», toró en el año 1886 sesenta festejos, un récord en aquellos tiempos para un novillero.

Tomó la alternativa en Barcelona el 24 de septiembre de 1889, teniendo como padrino a Fernando Gómez y García «el Gallo», que le cedió el toro «Golondrino», de pelo retinto, de don Baltasar Palomar.

«El Manchao» fue una de los novilleros más famosos de su época, alcanzando en sus años de esplendor grandes éxitos en los principales cosos de España, toreando mucho en la Plaza de Sevilla.

En 1887 empezó a declinar su estrella, marchando a Méjico, en donde permaneció hasta su regreso a España para hacerse matador.

Una vez doctorado, el diestro madrileño embarcó para América, permaneciendo varios años en Méjico, La Habana y Venezuela.

Regresó a España en 1895 sin facultades físicas, renunciando a la alternativa para torrear en contadas ocasiones como novillero.

Falleció, pobre y loco, en un mísero cuarto de la calle del Ave María, de Madrid, el 15 de abril de 1900.

OTROS DATOS

—Sus padres, que gozaban de buena posición, quisieron que cursara una carrera. Pero pudo más en Tomás su afición a los toros.

—Dio sus primeros pasos toreros en la placita de los Campos Elíseos, de Madrid.

—No llegó a confirmar la alternativa.

—Debía su apodo a que una parte de su rostro tenía un color más acentuado.

—Fue uno de los novilleros que gozó de más popularidad en los años de 1882 a 1886.

A. M. V. Huesca.—Sí, señor. En Ansó hubo, y creemos que las seguirán celebrando, capeas. Claro que no fueron nunca tan tumultuosas, tan «animadas» como en los pueblos de la ribera del Ebro, por ejemplo.

A. A. d. T. Melilla.—Sí, señor. Está en lo firme don Baldomero Díez en lo que dice en su obrita «Breves biografías de matadores de toros». Desde luego, José Amuedo tomó la alternativa en Tarragona el 3 de junio de 1923. Fue padrino de la ceremonia Saleri II, y testigo, Camará III. Se lidiaron toros de Albarrán.

No actuó en Madrid como matador de toros.

M. L. C. Valencia.—Por lo que dice usted en su carta, señor López, la anécdota de Enrique Vargas «Minuto» y su maestro de primeras letras, la recoge en una de sus obras nuestro admirado compañero «Don Ventura», que tuvo a su cargo este CONSULTORIO cerca de trece años. Se la ofrecemos:

Siendo ya matador de toros, «Minuto» dedicó una fotografía suya al que había sido su maestro de primeras letras, en la cual estampó esta dedicatoria: «A mi querido y admirado maestro, don Fulano de Tal, a quien le debo el saber escribir.» El maestro se indignó, como es natural, al leer aquello, y le dijo:

—¡Pero hombre! ¿Yo te he enseñado a escribir admirado con h?

un novillero portugués que actuó en algunas novilladas en España. De matador de toros, nada.

J. O. O. Sevilla.—¿Nos escribe usted desde esa capital para preguntarnos cuántas escuelas taurinas hay en Sevilla?

¡Señor Ortiz, un poquito de formalidad!

A. S. V. Orense.—Sentimos mucho defraudarle con nuestra contestación, señor Sánchez, pues ella le dará a entender que perdió usted la apuesta.

Félix Robert (su verdadero nombre era Pierre Cazenave) recibió la alternativa en España, concretamente en Valencia, el 18 de noviembre de 1894, de manos de Fernando «el Gallo».

¿Que fue Félix Robert un gran torero?

«Minuto» fue un torero con muchos amigos. Vean lo



Enrique Vargas (Minuto)

Caricatura de Sam...

¿Quién se lo ha contado a usted, amigo? Lea, lea esta semblanza sobre el diestro francés:

"Aunque se quitó el bigote este torero francés, ha sido y será lo que es: junto a los toros un zote. Nada sabe de capote; con la muleta no es nada; pero da cada estocada, baja, contraria o torcida, hasta el puño colocada."

Otro error de usted. Confirmó la alterativa en Madrid el 2 de mayo de 1899 con toros de Conradi, actuando de padrino y testigo, respectivamente, «Minuto» y «Bonarillo».

Antes de la corrida tuvo que quitarse el enorme bigote que lucía.

En el año 1900, el bigotudo matador francés marchó a Méjico, en donde se dedicó a empresario, conquistando una fortuna.

Falleció en Marsella el 19 de enero de 1916.

No dio usted una en el clavo, amigo. ¿O es que nos quería examinar?

P. B. Villarrobledo (Albacete).—A continuación le damos los datos que nos interesa de la ganadería de don Jesús Sánchez Arjona y Velasco:

Divisa: Verde y plata. Señal: Horca en ambas orejas.

Procedencia: Don Gonzalo Santos Diego; posterior, reses de Sánchez Fabrés.

La antigüedad de esta vacada data del 12 de abril de 1952, en cuya fecha se lidiaron en Madrid cinco novillos de don

Jesús Sánchez Arjona y uno de Cembrano, para Manuel Navarro «Navarrito», el mejicano Manuel Márquez y el venezolano Joselito Torres.

Asistieron a este festejo, con el que se conmemoraba la festividad del Sábado de Gloria, el rey Simeón de Bulgaria, que presenció la novillada acompañado de su abuela, la que fue reina de Italia, desde el palco de la Diputación. Los tres matadores brindaron la muerte de sendos novillos al rey.

M. G. A. Valladolid.—Está usted equivocado, señor nuestro. El matador de toros mejicano Jesús Córdoba ha toreado en España muchas corridas.

La corrida de la inauguración de la temporada del 1900 en Madrid tuvo lugar el 15 de abril, Pascua de Resurrección, actuando en ella como espadas don Luis Mazzantini, Emilio Torres «Bombita» y José García «Algabeños».

Se lidiaron seis toros del señor duque de Veragua.

El matador de toros Angel Pastor no era de Toledo, sino de Ocaña.

M. P. S. Toledo.—La corrida del Corpus de esa capital la torearon en el año 1952, Aparicio, «Litri» y Lozano (Pablo), lidiándose toros de doña María Teresa Oliveira, que estuvieron bien presentados, aunque desmerecieron mucho.

Aparicio cortó la única oreja concedida: «Litri» fue ovacionado en su lote, y Pablo Lozano, ovacionado y cumplió.

Las otras dos preguntas que nos hace en su atenta carta han sido contestadas a otro señor recientemente.

que dijeron del torero ilustres críticos de su época

Voy a ser breve y sencillo.
 El que no aprende a Minuto,
 si no está bien, es un bruto.
 I no sé más!
 Sobaquillo

No hay en la esfera del mundo,
 desde Canton a Corfu,
 un minuto como tú,
 que no valdrá, sin segundos
 que se lasenar

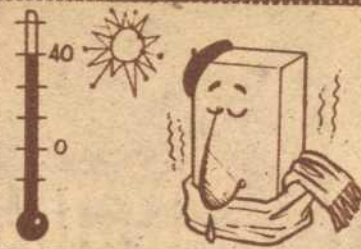
A Minuto
 Cuando te vió delante
 de un toro en los pitones,
 tanto la mar inquietante
 de todas las envueltas...
 y los palmadas y gritos
 admirando tu valor...
 ¡Oh por los segundos!
 (lo mismo que un segundo)
 Gil Parrado

En las cosas de los toros
 nunca hay que buscar la lógica
 a la manera Minuto
 que el que da la hora.
 Angel R. Chaves

Como se ve
 en el clima se pone patita
 y en cuanto inglorios
 se libran los cantares...
 Palabras muy pocas, palabras muy bonitas
 Le viene a Minuto, lo poco usual
 de un minuto digno, muy claro
 un clima muy grande
 ¡Oh los toros que tienen segundos
 Repetir y saber
 Don Medardo
 Madrid a 2 de Diciembre 1965.

A Minuto
 Como estaba en tus tiempos
 más de veinte segundos a
 mí, como como torero
 tiene más toros que un lustro
 Estrada Minuto
 (N.N.)

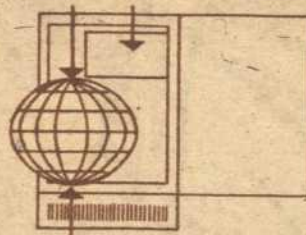
A Minuto Parjal
 Si hay algún caso de bruto
 que sigue por el tiempo el oro,
 él dirá, pues no diré,
 viéndote matar un toro
 lo que da de ti, un Minuto.
 El Sastre del Campillo



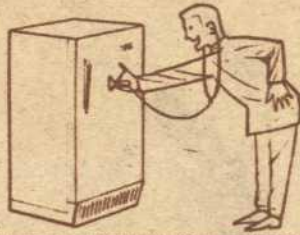
HIELA a
 40 GRADOS
 de temperatura
 ambiente



a igual tamaño
 MAYOR CAPACIDAD
 del congelador



TRES ZONAS
 de frío gradual
 dentro la nevera

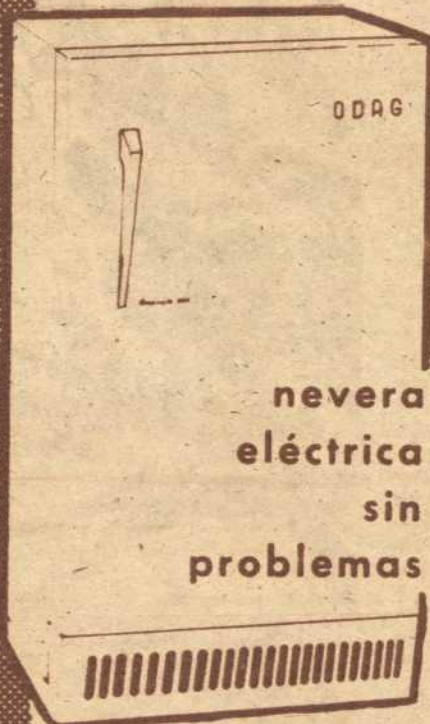


SIN VIBRACIONES
 SIN RUIDOS



SIN AVERIAS

pregunte a quien tenga una



REVELATION 130
 10.696⁰⁰
 HOLIDAY 90
 7.996⁰⁰
 RECORD
 6.794⁰⁰

nevera
 eléctrica
 sin
 problemas

ODAG

LA NEVERA ELECTRICA IDEAL
 calificación máxima obtenida por mayoría pública absoluta en el
 1.º SALON NACIONAL DEL HOGAR Y LA DECORACION

El temple de aquellos hombres

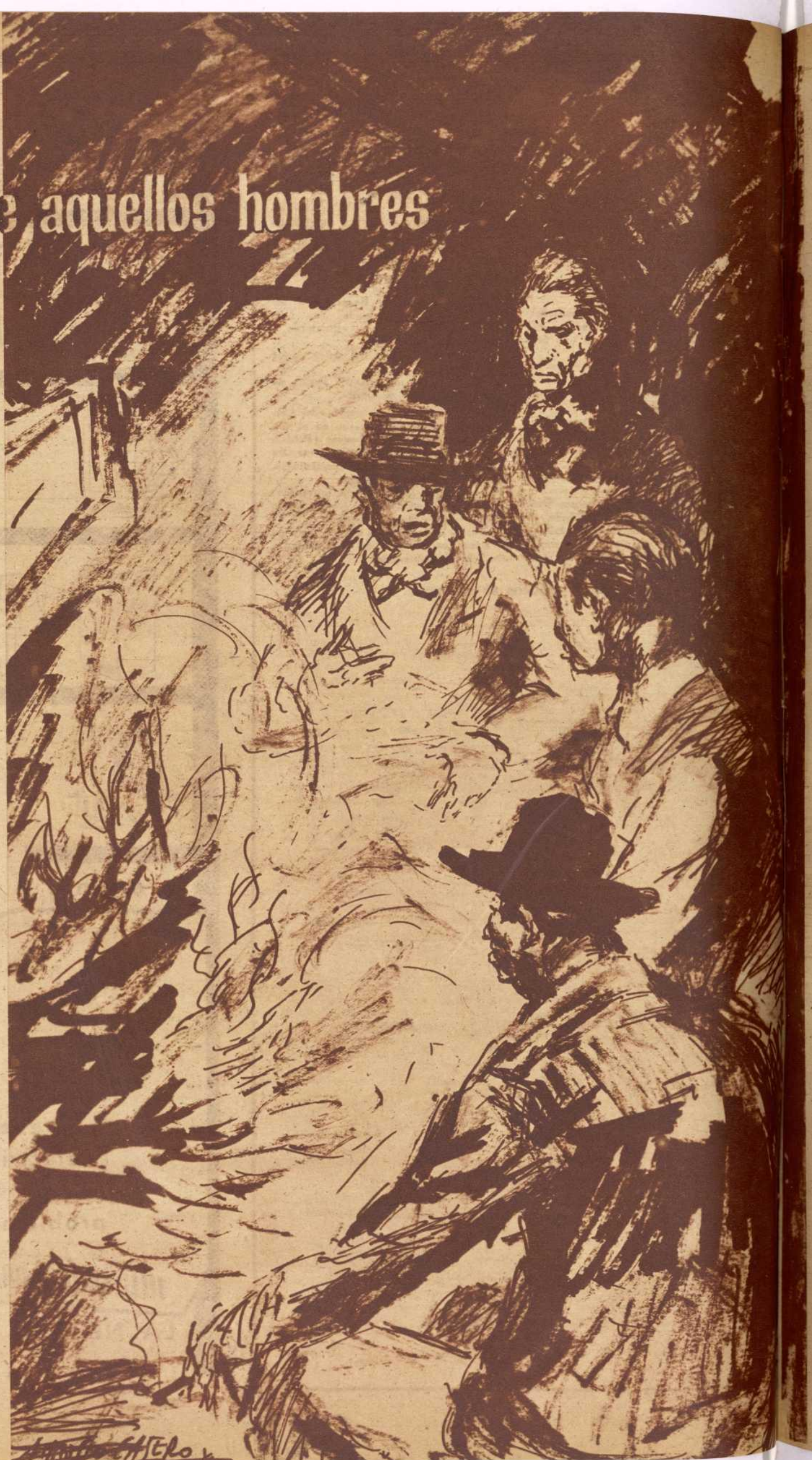
«AQUELLOS hombres» eran los ganaderos de antaño, para cuya entereza de carácter, el mayoral guardaba todas sus admiraciones. A lado de ellos, los criadores del día —con las honrosas excepciones de rigor— eran ná, ná..., lo que se dice ná. En apoyo de su tesis nos contó aquel día episodios casi increíbles. No siempre salía en ellos el toro, pero siempre se vela el ganadero.

Recuerdo perfectamente la ocasión. Era un día de la víspera de San Silvestre; la mañana se había deslizado bajo el signo de un «calabobos», frío e implacable. Al dar de mano, buscamos asilo en la casilla de los vaqueros; en ella, el propio mayoral, en menos que canta un gallo, organizó una lumbrada a modo. La alegre caricia de la chamarasca secaba rápidamente nuestras mantas estriberas y las perneras de los pantalones. Cada uno de nosotros se envolvía en su propia niebla, como la ciudad de Londres. Y nos retamos como tontos, al comprobarlo.

Incausable interlocutor, como derivación de los comentarios meteorológicos del momento, nos había referido por centésima vez aquella horrorosa tormenta de un quince de mayo, una de cuyas manifestaciones fue el rayo que le cayó a mi bisabuelo, matándole el caballo. Después habló de aquel completo día de agua cuando «Frascueto» convidó a los vaqueros de casa en la taberna de Alpedrete, los cuales fueron despedidos por haber dejado los bueyes solos; a propósito de lluvias, refirió una vez más el gesto de don Vicente cuando quiso acabar con la feria de aquella importante capital porque, a última hora, le negaron la subvención. Todo ello, ya muy sabido de vosotros mis amables lectores, por lo cual pasamos como sobre ascuas y no es alusión a la fogata.

La inquietud del humo y el temblor de la llama ponían un poco de fantasmagoría en el oscuro recinto, y al conjuro de las expresivas semblanzas del mayoral, por encima del lumbrero pasaban las sombras vagoosas de los ganaderos antiguos. Salí a relucir nada menos que don José Rafael Cabrera de Angulo, dueño de una de las cuatro ganaderías fundacionales, que en su época de apogeo, hacia 1825, fue algo así como el capitán de los criadores de reses bravas de la Andalucía Baja. Era grande de España, a título personal, y poseía las mejores cualidades. Ahora le vemos a la puerta de su vivienda, sita en la calle Ancha de Utrera. Está despidiendo nada menos que a Su Majestad el Rey.

—Camino de la Isla San Fernando, «El Deseado» decidió hacer noche en casa de Cabrera. Al efecto despachó un correo de gabinete, el cual, con el caballo casi reventao, previno a don Rafael de los deseos de Su Majestad. Supongo que el famoso ganadero recibiría la noticia, por un lado con satisfacción, y, por otro, con ciertos temores, pues Fernando VII era caprichoso, de humor desigual y de salidas bruscas. Afortunadamente, todo se deslizó como una seda. Sólo faltaba ya trastear al último minuto. El Rey se había sentido madrugador y, mientras su servidumbre hacía los preparativos para continuar el viaje, se avino a contemplar las particularidades de aquella casa de labrador ricachón y pode-



roso. En la caballeriza hizo grandes elogios de un caballo tordo rodado, por cuyas venas, más que correr, galopaba la sangre morisca. Y en el mismo momento de darle a besar su mano, dijo al ganadero de sopetón: «Cabrerá, como recuerdo de mi estancia en tu casa, me debías ofrecer como regalo el caballo árabe que acabamos de ver.» La contestación fue súbita: «Lo siento, señor; pero mi interés por poseer ese jaco supera al vuestro. Además, yo le cuidaré mejor, quiero decir más personalmente, y, sobre todo, que a mí me hace mejor avío que a vos.» El Rey se cogió la barbilla con la mano, con aire pensativo. Ahora era él quien se sorprendía... ¿Qué era aquello? ¿Una falta de respeto? ¿Un grito de rebeldía? ¿Un gesto digno de un gran señor? Se inclinó finalmente a esto último, porque debió pensar, cuerdamente, que es mejor reinar sobre hidalgos patriotas que no presidir una cuadrilla de adulones y serviles. Se despidió secamente... y siguió su camino. Apenas traspuso la comitiva, don Rafael picó espuelas y tomó rumbo contrario. Toda la tarde andó entre sus espantados toros berrendos, coloraos y sardos, estando encimita de ellos. No sé por qué —pensaba— me siento hoy más valiente que nunca.

Ahora pasa ante nuestros ojos don Antonio Miura, el viejo, uno de los mejores jinetes que ha habido en España. A pie era muy corriente; pero, puesto en la montura, se transfiguraba; algo así como le pasó toreando a Belmonte. Como se dijo de una reina, podía mandar con eficacia porque sabía hacer que todos le obedecieran ciegamente. Los criados le trataban con cordial respeto y no discutían jamás sus órdenes, ya que lo que él decía, no sólo se podía hacer, sino que el mismo lo ejecutaba, si llegaba el caso, a la perfección. Muchas veces le decía a un vaquero: «No me gusta nada como tienes a tu caballo. Toma el mío y, dentro de unos días, los descambiaremos, cuando el tuyo esté en debida forma.» Don Antonio no va solo; esta vez le acompañan su sobrino, don José Polera, y Tomás el mayoral. Han salido del caserío de «Cuartos a las tres de la tarde del día 12 de mayo de 1884. Van hacia la Isla.

—Don Antonio, que miraba y remiraba el campo por donde iba, vio que en un cercado unos hombres luchaban a brazo partido con un toro, al cual habían echado una maroma al testuz. La sogá daba luego varias vueltas a un árbol grueso. El bicho era grande, gordo, bonito, fino, de cuernos acapachados y pitones afiladísimo. Pertenecía al marqués de Gandul, según después se supo; se llamaba «Mosquito», tenía siete años y era de media casta. Don Antonio se apeó del caballo de un salto y dijo: «Voy en ayuda de esa gente.» Un muchacho llamado «El Alcalareño» tiraba del rabo del toro hacia arriba y en su derecha y no conseguía tumbarlo, para después ligar sus patas y echarle a un carro con rumbo al matadero. «Así no harás nada —le dijo—; mira, esto se hace así.» Tiró del rabo hacia abajo y de lado y el bicho dio un terrible mugido de dolor. Hizo un esfuerzo supremo y... se rompió la sogá. El resultado fue coger a don Antonio, y, sin que nadie pudiera evitarlo, darle una paliza soberana, con destrozo de la ropa y, por fin, lanzarle contra una pared, lo cual le privó del sentido. Después de sangrarle en la Venta de Guadaira, a las once de la noche, ya en su casa, no había recobrado el conocimiento, por lo cual se llegó a temer por su vida. Afortunadamente, todo pasó y del lance quedó memoria para siempre en una lámina de La Lidia. Días después, con su sobrino, comentaba la cogida. Decía Polera: «Yo vi materialmente cómo el cuerno se hundía en su vientre...» «No te has fijado en el cardenal que tengo aún? A propósito, di que me traigan el chaleco que llevaba puesto aquel día, porque se me está ocu-

riendo una cosa.» Le trajeron la citada prenda y él rebuscó en los bolsillos, hasta encontrar una onza en el más bajo de la derecha. «Yo recordaba este detalle y... fijate.» En plena cara, Carlos III había recibido el pitonazo. Una vez más pudo decirse con justicia: «La Providencia al quite.» Don Antonio regaló la onza, como recuerdo, a su hermano Eduardo (que nació veinticuatro años después que él y murió también veinticuatro años más tarde) y como en esa casa son tan respetuosos con todo lo que suponga un recuerdo, estoy seguro de que ahora tendrá la moneda en su poder el actual don Antonio Miura, por ser el hijo mayor de don Eduardo.

Después paso imaginativamente por la casilla don Juan Carreros, vestido, como siempre, de charro, esta vez había desaparecido la abierta sonrisa de su simpático semblante y, en vez de empuñar la garrocha, llevaba la escopeta montada, como si fuera cazando en mano.

—Carreros tenía una gran dehesa, que servía preferentemente para alojamiento de las vacas, las cuales encontraban en ella su mejor careo. Pero —siempre tiene que haber un pero, porque nada hay perfecto de tejas abajo— por dicha finca pasaba una colada, o mejor dicho un cordel de 25 varas. Don Juan no podía impedir el paso de las gentes y de los ganados; mas como la posesión estaba cerca de mampostería, a la entrada y a la salida del cordel existían en la tapia las correspondientes talanqueras, que allí llaman «angarillas» para conciliar el derecho de todos, ya que con ellas la finca seguía estando cerrada y las molestias del caminante —abrir y cerrar— eran bien pequeñas. Sin embargo, todos los días venían a la casa a dar la novedad de que las vacas se habían salido porque alguien se había dejado la talanquera abierta. En un día suelto, admitía el hecho disculpa, por que podía tratarse de un descuido. Pero... ¡todos los días!... El ganadero se malició que ese alguien era siempre el mismo y puso a un chiquito para vigilar con el mayor disimulo. Pronto le vino la criatura con el soplo. Era el causante un vecino del pueblo inmediato, que pasaba por allí casi con hora fija y al cual, cuando otro individuo le recriminó su fea acción, contestó de malas formas: «Si se salen las vacas, que se salgan y que se fastidie el amo Carreros.» Este montó en cólera y al día siguiente salió con su escopeta y, como si fuera cazando en mano, se hizo presente en la talanquera a la hora de marras. No tuvo mucho que esperar. Llegó el individuo en cuestión bien arrebolado en la anguarina y montado en su borrico. Se apeó del mismo, abrió de par en par la puerta. Entró a la caballería llevándola del cabestro. Cerró de nuevo, e incluso colocó un cantito, para más sujeción de las hojas... «Buenos días, don Juan.» «Buenos los tenga usted; creí que se iba a dejar sin cerrar la angarilla.» «No, señor, porque sus vacas de usted son muy bravas y podían salirse y originar un estropicio. Quede con Dios.» «Que El le acompañe, y ¡buen viaje!»

Carreros llegó a la casa y ordenó que avisasen a los mamposteros para empezar al día siguiente la construcción de una doble tapia, con objeto de permitir el libre paso por la colada, sin menoscabo de la tranquilidad de las vacas. Y dijo a sus familiares: «Sí, porque si ese hombre me dice, en mis barbas, que no le da la gana de cerrar la puerta, con el humor que yo tenía, le suelto un tiro a bocajarro y me pierdo para siempre... He visto los movimientos que ha tenido que hacer y... ¡caramba! Creo que tiene razón en protestar el que protesta. No se pueden poner puertas al campo, y menos a las vías pecuarias.»

LUIS FERNANDEZ SALCEDO

ALFREDO SANCHEZ

TORERO HONDO, LARGO Y COMPLETO
¡COLOSO DEL TERCIO DE BANDERILLAS!

A quien beneficiará el Nuevo Reglamento



Así torea ALFREDO SANCHEZ, templando y mandando, la muleta cogida por el medio y toreando con el centro de la misma, los pies bien firmes en la arena, sin trampas ni trucos..., sino con la verdad del toreo

APODERADO:

D. Rafael Garcia A.

Marqués de Zafra, 39 - Tel. 255 45 23 - MADRID-2



ILUSIONES.—Cabalgando a hombros de la Fama, que empieza a lanzar su nombre, Antoñito Bienvenida —un chaval que alterna el toreo y el colegio— sale de la Plaza de Zamora el día de su primer festejo que toreó

VEINTE AÑOS DE ALTERNATIVA DE ANTONIO BIENVENIDA

El pasado sábado día 7 se celebró en un típico restaurante el homenaje que la afición de España tributó a Antonio Bienvenida al cumplirse —el día 9 de abril— el vigésimo aniversario de la alternativa tomada por el veterano y joven matador. Dicha ceremonia se celebró en la Plaza de Madrid con toros de Miura, y fue Pepe Bienvenida el padrino de su hermano.

El homenaje —al que asistieron cerca de mil aficionados— fue una cordial demostración de las amistades y admiraciones que el diestro despierta. En las conversaciones, brindis, discursos y ovaciones quedó bien patente el destacado lugar y la huella que Antonio ha dejado en el toreo contemporáneo y en la afición taurina.

DESDE Zamora nos envía don Pedro G. Somoza una carta de adhesión al homenaje a la que adjunta documentos gráficos de la primera actuación de Antonio Bienvenida en los carteles como becerrista en un festival. De ella son estos párrafos:

«¿Reuerda usted? Creo que fue la primera vez que se vio en un cartel de toros y fue un triunfo apoteósico. Vinieron a verle desde Madrid María Palou y Felipe Sassone, y de Salamanca, don Graciliano Pérez Tabernero...»

«Toreó aquella tarde unos becerotes ya muy cuajaditos y anchos. Eran sus compañeros Alejandro Montani, un chiquillo peruano a quien protegía su padre de usted, y Paquito Cuadrado. Montani llegó a matador de toros. Paquito es de aquí, de Toro, y en Toro ha acabado, pero antes acabó su carrera de odontólogo, ha llegado a alcalde, y de alcalde sigue...»

Recuerdos simpáticos de juventud —casi niñez—, que se prometía esplendorosa. La promesa se hizo realidad. Antonio ha sido torero, esencialmente torero, y torero grande. Con alternativas, con altibajos, aplaudido a veces, discutido otras, en el cenit de la fama o en la lucha contra un veto, siempre Antonio ha sido importante, siempre ha sido admirado.

Queremos simbolizar la cara y cruz del torero en estas fotos, que lo muestran a la salida a hombros el día de su primera becerrada, y en la dramática secuencia de la grave cogida de hace cuatro años en el San Isidro madrileño.



REALIDAD.—La fama torera de Antonio Bienvenida ha sido pagada a precio muy costoso. Las ilusiones del chiquillo alternaron con las realidades de la dura vida torera. He aquí una secuencia de la grave cornada que Antonio sufrió en la tercera corrida de la feria de San Isidro de 1958 toreando un toro de Juan Cobaleda. La cogida se produjo por accidente. El toro iba admirablemente toreando cuando el pitón quedó enganchado en el forro de la chaquetilla.

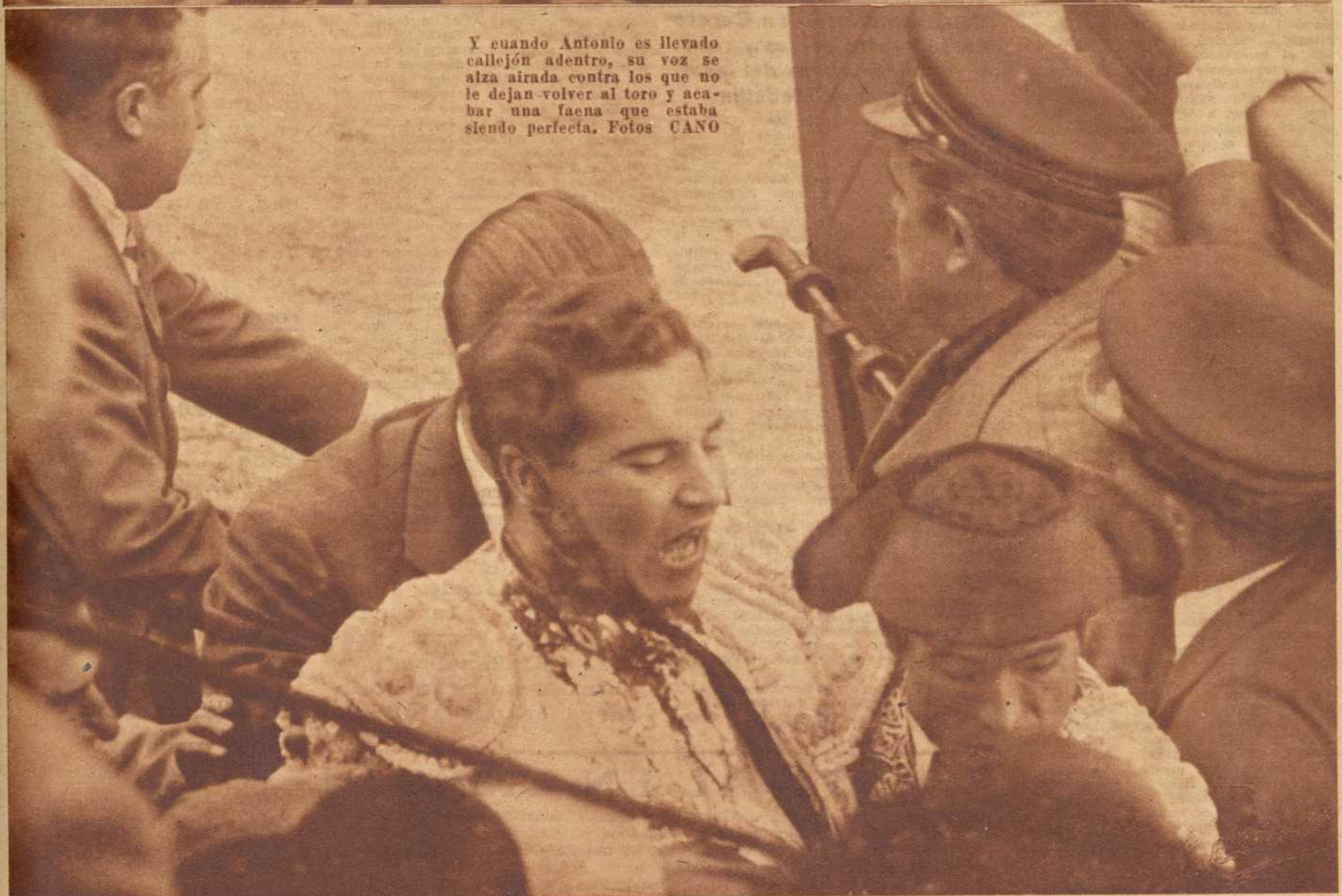
Esto derribó al espada, sobre él que fue el toro. La herida fue impresionante y —pronto se vio— gravísima. El matador, en el suelo, apenas podía reaccionar



Medio desvanecido, aturdido por el esfuerzo hecho para intentar —lleno de esta— volver al toro, es recogido por su hermano Juan, que saltó a la arena. — Pronto la sangre, escandalosa, empezó a dejar su dramática huella sobre el oro del traje de luces. Pero Antonio no se daba por vencido



Y cuando Antonio es llevado callejón adentro, su voz se alza airada contra los que no le dejan volver al toro y acabar una faena que estaba siendo perfecta. Fotos CANO



PERU

Japón juega su baza taurina.—El novillero nipón Mitsuya actúa en Acho y prepara viaje a España

LIMA, 1. (De nuestro corresponsal.)—Pocas veces se ha visto en el viejo coso de Acho entusiasmo igual durante una faena de un novillero que el que presenciámos esta tarde durante la asombrosa lidia que dio el joven «Nisei» al sexto novillo de la tarde. Aclaremos que «Nisei» se les llama aquí a los hijos de padre y madre japoneses nacidos en el Perú.

Y es que hacía muchos años que el paciente público limeño que, domingo a domingo, asiste a esta clase de festejos no había tenido el placer de paladear una faena tan completa, tan artística y sin alardes descontrolados de valor. Seis fueron las veces que el japonés se pasó el astado por la faja en unas verónicas lentas, valientes y artísticas; su remate fue de escándalo y el público, de pie, lo aclamó. Pero donde nos asombró de verdad fue toreando al natural, pues sus pases fueron asombrosos. Lástima que con la espada nos diera un mitin con todas las agravantes del caso. El «Nene» siempre sale a cumplir. Cortó la oreja en su segundo. Rogelio Cervantes, un valiente a carta cabal, nos asombró una vez más con su valor y su enorme voluntad para agradar al respetable. Matando tuvo su día. Dos estocadas formidables dieron fin a sus enemigos, a los cuales les cortó las dos orejas. Bregaron con oculto toda la tarde Félix Rivera y «Angeíllo». «Mitsuya» salió de la Plaza a hombros hasta la calle. ¡Si mata con acierto este «Nisei»!

EL PARODI

VENEZUELA

Girón y Camino dieron una gran tarde en Caracas

CARACAS, abril 1. (Exclusivo para EL RUEDO.)—La expectativa para este mano a mano entre Curro Girón y Paco Camino ha superado la del pasado domingo. Desde una hora antes de comenzar el espectáculo los tendidos aparecían íntegramente ocupados. Se recaudaron 400.000 bolívares, números redondos.

Los toros de Santín, importados de Méjico, volvieron a evidenciar la necesidad en que se hallan aquellas ganaderías de refrescar su sangre. Cómoda, bien apañada y aceptable de lámina. Pero, desgraciadamente, sus cualidades de lidia no dieron el juego requerido.

En el reparto de toros fue Curro Girón el más afortunado. Tuvo a su favor el único noble astado del encierro y con él levantó calor en la Plaza. Se hizo aplaudir en un quite, banderilleo entre aplausos y ligó naturales y redondos durante la faena que, rematada con una certera estocada, le valió la primera oreja. En su segundo, que también banderilleó con acierto, aguantando y cejándose ver, reiteró con toda clase de pases su dominio. Mató de media lagartijera y le fue otorgada una oreja. Dio tres vueltas al ruedo. En el quinto, que rindió mejores condiciones de lidia que el anterior, Curro siguió batallando. Colocó dos pares y redondeó una faena larga. Atracándose de verdad, sepultó hasta la empuñadura el estoque. Dobló el toro sin puntilla y se llevó dos orejas, con salida a hombros cuando terminó la corrida.

Cargó Paco Camino con el peor lote. Pero no crean ustedes que este grave inconveniente lograra impedir que las atonadoras ovaciones no llegaran a presidir toda la actuación del gran lidiador sevillano. Con sus tres enemigos —enemigos de veras!— Camino ha hecho una clara y auténtica demostración de lo que es torear, torear en el sentido de poder y mandar en el toro con incalculable ciencia taurínica y defender las dos únicas y reclusas verdades que tiene el toro: la verónica y el pase natural.

Excelente la faena del segundo, que huía a todo trapo y al que Camino tumbó de una estocada en la yema, ¡a volaplé neto! Excelentísima la del segundo, tan espléndida y arrebatadora, que se destaca con alto relieve como expresión del más clásico toreo y con dimensiones de artista grande, maravilloso, de gracia auténticamente torera y auténticamente sevillana. Perdió las dos orejas por pinchar y tener que repetir con desacierto la suerte suprema. En el que cerró plaza, ¡aquél quite por chicuelinas estuvo engalanado con la risueña arqui-

AMERICA



Una novedad auténtica: Gheisas en el ruedo. No para actuar, sino como nota grata de saludo a su compatriota Mitsuya, que iba a torear. Homenaje de la mujer japonesa al guerrero que va a cumplir una misión caballerescas

tectura de los patios sevillanos! Luego, la alegría de este toro tuvo una brusca decadencia al final. Pero como estaba en vena el artista, los naturales y la inspiración del muletero de Camas volvieron a resplandecer en las cortas arrancadas del quedadote animal. Terminó con una gran estocada, que bastó para hacer que el manso mordiera el polvo del arenal. Y se le tocó una última ovación por el vivo recuerdo que habían dejado las maravillosas faenas.

ANTONIO NAVARRO

COLOMBIA

Sigue la racha de «Joselillo de Colombia». — En Cereté cortó cuatro orejas y rabo, y salió a hombros del mano a mano en Medellín.

MEDELLIN, Abril, 1 de 1962. (De nuestro corresponsal.)—La corrida del mano a mano «Joselillo de Colombia» y Pepe Cáceres, suspendida el 25 de marzo, se ha celebrado esta tarde en La Macarena. Pero ayer, el matador colombiano, que se ha recuperado de la cornada sufrida en Bogotá, durante la temporada anual, actuó extraordinariamente en la Plaza de Cereté, alternando con Manolo Zúñiga y el mejicano Anselmo Liceaga. Se registró lleno, lidiándose ganado de don Miguel García Sánchez «el Socorro», que resultó bravo.

«Joselillo» tuvo dos grandes actuaciones, anotándose un éxito al cortar las dos orejas de su primer enemigo, y dos orejas y rabo en el cuarto de la tarde. Manolo Zúñiga destacó en el quinto al que cortó una oreja. El mejicano Liceaga cortó una oreja igualmente. «Joselillo» salió a hombros de los «capitalistas».

Los hermanos Hernán y Ernesto Gutiérrez Arango, propietarios de «Dosgutiérrez», han enviado un encierro con fuerza para el mano a mano de Medellín. Los toros cumplieron apenas con los montados.

A su primer enemigo, «Joselillo de Colombia» le ha hecho una faena reclusa, poniéndose de manifiesto sus dotes de lidiador. Bronco el bicho, supo del dominio muleteril del diestro, quien después de notable sujeción usa la diestra con templanza a los compases de la música y las ovaciones. Tres tandas ligadas y abrochadas con los de pecho. No hubo acierto a la hora de la verdad. Vuelta al ruedo.

Subió de tono en el tercero, al que lanzó donosamente con nutridos aplausos. Su quite, por saltilleras, muy vistoso.

Con la flámula inició con la zurda cuajando los naturales clásicos sin ayudarse con la espada. Dos tandas magníficas que arrancaron los aires del pasodoble y los gritos consagratorios de «Torerol, ¡torerol!» Usó la diestra encadenando los pases y rematando con los verdaderos forzados. En el mismo sitio donde la inició allí mató, a la usanza de las antiguas «faenas en el tercio». Pero esta vez la mala suerte se enseñoreó con el diestro quien, a un extraño de la res, pinchó en hueso. Repitió, y tuvo necesidad de usar el verduguillo tumbando al segundo golpe. La multitud aplaudió. Dos vueltas.

Y con el quinto volvió a armar el alboroto. Usó la diestra y porfió sobre la zurda regalándonos gran coraje al cruzarse con el astado que prodigaba oleadas y quería coger. Allíó la faena con los afarolados, los de costadillo en cadena y las manoletinas muy prietas, pasándose el bicho a dos dedos de la faja. No había terminado su labor cuando los blancos pañuelos le saludaban en los tendidos. Una cosa quiere el público y otra, la mala suerte del espada. Tan valiente y buen matador hubo de entrar tres veces cuando la res tornó a la defensiva. Pero el público, loco de entusiasmo ante la hombría del diestro, se tiró al ruedo paseándolo en triunfo. Al final se lo llevaron por las calles de la ciudad hasta la redacción del periódico «El Colombiano», en unión de su paisano Pepe Cáceres, regresándose luego hasta el hotel donde se han hospedado.

De este mano a mano «Joselillo» ha sido el triunfador, pues su alternante Cáceres se ha mostrado frágil en sus dos primeros toros, decidiéndose al final a jugarse el tipo en el que cerró plaza, escuchando música, pero perdiendo las orejas por la indecisión a la hora de la muerte. Como una vez dijo: «La muerte se me volvió un complejo.»

PEPE ALCAZAR

MEJICO

EL VIENTO ESTROPEA LA CORRIDA EN «EL TOREO»

MEJICO.—Décimoséxta de la temporada. Fuerte viento. Lleno. Toros de La Punta. Bravos. «El Ranchero», bien en su primero. Buena estocada. Ova-

ción, oreja, vueltas. En el cuarto, dominador. Mal matando. Joselito Huerta, valiente. Desacertado estoque. Pitos. Quinto, faena valerosa. Cogida sin consecuencias. Mal matando. Pitos y palmas. Paco Camino peor lote; muleta estuvo muy toreado, dando pases por bajo, muy suaves, con doblones bien rematados. Su inteligente labor muleteril fue rematada con una buena estocada, que mereció aplausos en amplios sectores y protestas de los «hueristas». En el último dibujó con la capa excelentes verónicas. Con la muleta estuvo breve porque el viento y las malas condiciones del toro no le dejaron hacer faena. Pinchazo y estocada.

VELAZQUEZ CORTA OREJAS EN ACAPULCO

ACAPULCO.—Buena entrada. Toros de Guayabe. Buenos. Antonio Velázquez, ovación, orejas, rabo y vuelta en su primero. En el otro, ovación. Olivares, cumplió en ambos. Palafox, valiente en su primero. Vuelta. Sexto, aplausos.

CORRIDA MIXTA EN TIERRA BLANCA

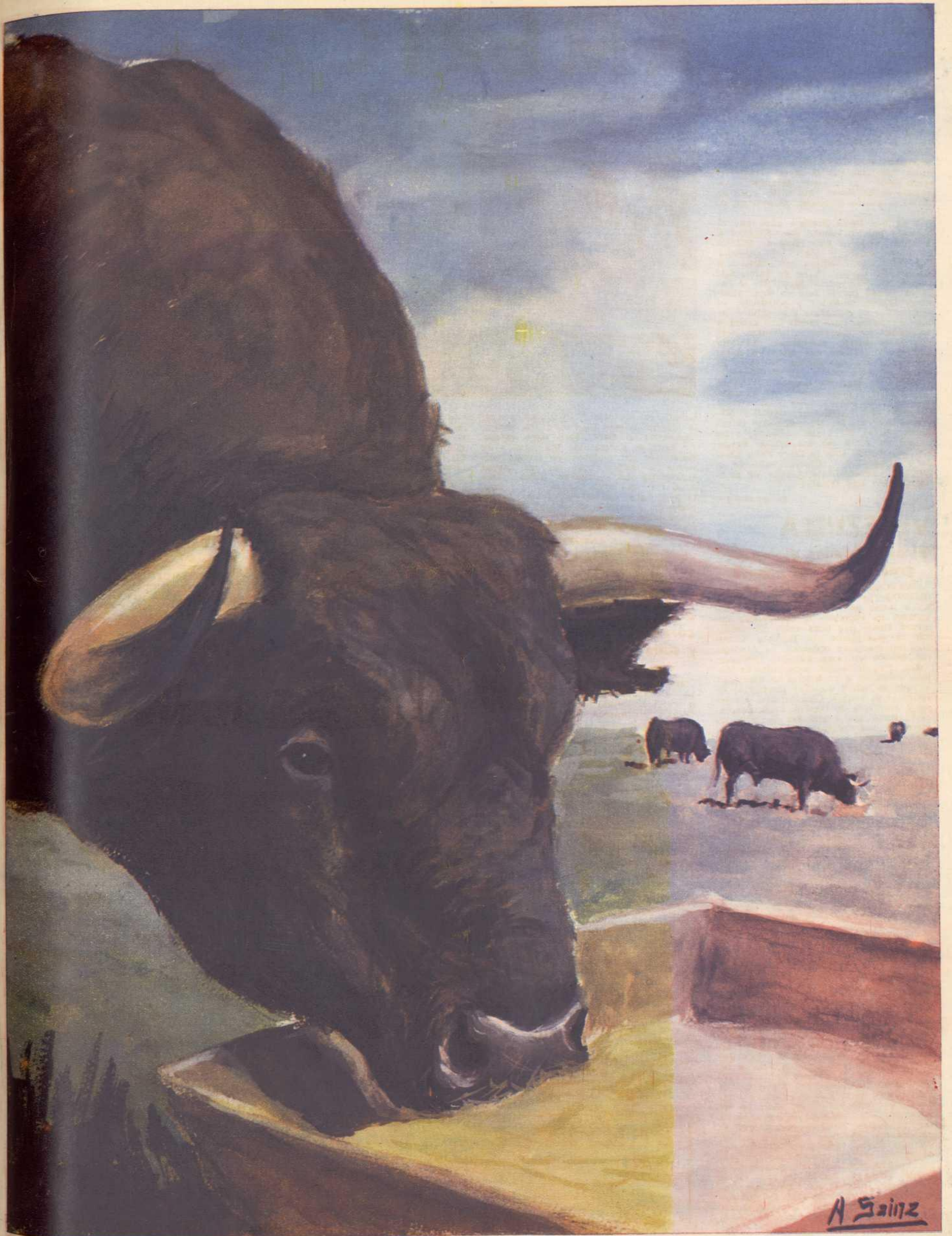
TIERRA BLANCA.—Entrada regular. Corrida mixta. Ganado Quiriceo, bravo. Gallardo, matador colombiano, ovación y vuelta en el primero. Y ovación, oreja y dos vueltas. Hugo Aguilera, novillero, aplaudido en sus dos novillos.

GANADO MANSURRON EN CIUDAD JUAREZ

CIUDAD JUAREZ.—Mala entrada. Novillos Xaxay, mansurrones. Contreras y El Silverio, valientes. Fueron aplaudidos.

FESTIVAL EN LISBOA

LISBOA.—Festival en Campo Pequeno, a beneficio del Orfanato de Santa Isabel. Novillos de Diego Paavanha. «Litrí», aplausos y salida al tercio. Manolo Vázquez, bien con capa y muleta. César Girón, aplaudido. Gregorio Sánchez, vuelta y salida al tercio. Jaime Ostos, vuelta y salida al tercio. José Julio, ovacionado en banderillas y muleteo. Salida al tercio.



A Sainz



JOSE
VALENCIANO
96